

A red heart-shaped tree with a ladder leaning against its trunk. The tree is made of a textured, red material, possibly wood or metal, and is set against a dark blue background. The ladder is made of a similar material and is leaning against the right side of the tree's trunk. The text "El amor no pide permiso" is written in white, cursive script across the heart-shaped canopy of the tree.

*El amor
no pide
permiso*

A.M. Silva

El amor no pide permiso

Segunda entrega: La historia de Helena y José

A.M. Silva

Título original: El amor no pide permiso

Serie Cuando Dejes de Huir (Segunda entrega: La historia de Helena y José)

© Copyright 2016 A. M. Silva

© De la imagen de la portada, CCO <http://www.ellenkirwan.com> /Pixabay

Primera edición: abril, 2016

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Agradecimientos

Gracias a Antonia, mi cuñada, por creer en mí y por animarme a seguir adelante.

A Paco y a Pablo, mis amores, por su apoyo incondicional.

Gracias también a Lector Cero, principalmente a Montse Martín, mi correctora, por su profesionalidad y por sus sabios consejos. Eres la mejor.

Y finalmente, gracias a todos los lectores que me acompañan en esta gran aventura.

Índice:

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Sinopsis](#)

Capítulo 1

El impresentable de mi exmarido, Roberto, me ha citado en su casa con carácter urgente. Y yo estoy histérica por no tener ni la más mínima idea del porqué de nuestra reunión, él no ha querido adelantarme nada. Estoy segurísima de que para hablar de los niños no es, ya que pasa mucho de los días de visita que le corresponden. Tampoco creo que quiera aumentarme la pensión. Nunca le ha importado que yo no tuviera lo suficiente para sufragar los gastos de la casa. A lo mejor es eso, ahora que sabe que yo he heredado una buena suma de dinero querrá dejar de pasarme la manutención. Para Roberto todo se resume en dinero.

Todavía no entiendo cómo he podido dejarme llevar por su chantaje emocional, no tenía que haber aceptado su invitación. Como tampoco tenía que haberme casado con él. Y lo que es peor, ¿cómo he podido estar casada con él durante casi seis años? Debía de estar bajo la influencia de un conjuro maligno para pensar que lo amaba y que era una mujer afortunada por tenerlo como marido. ¡Puaj!, qué idiota he sido. Suerte que se me cayó la venda, al final tendré que agradecerle el haberme humillado y reído de mí delante de su secretaria; de lo contrario, a saber cuántos años más hubiera estado viviendo esa farsa.

Llevo un buen rato mirando mi armario sin saber qué ponerme. Finalmente me decanto por un vestido negro, elegante y discreto, no quiero que él piense que estoy intentando impresionarlo. Al mirarme en el espejo me quedo contenta con el resultado. Cojo el bolso y las llaves de mi nuevo coche, y me despido de mis tesoros. Aún me cuesta acostumbrarme a mi nueva vida, ahora ya no tengo que contar monedas. He pagado todas las facturas que estaban pendientes, he contratado a una chica para que me ayude con las tareas del hogar, y he comprado el coche de mis sueños. Todo esto gracias a la generosidad de mi hermana, que ha decidido renunciar a su herencia y la ha repartido entre mamá, los niños y yo.

Nuestra madre estaba muy disgustada con las constantes negativas de Alicia para ir a visitar a nuestro moribundo tío, y la cosa se complicó con su muerte. Ella no aceptó que Alicia fuera nombrada su única heredera, no después de tantos años de total dedicación por su parte, y desde ese día se ha ido distanciando de nosotras. Solo espero que el dinero no sea el culpable de su indiferencia.

Estoy delante del lujoso edificio de Roberto y ya llevo varios minutos con el dedo en el telefonillo, pero no soy capaz de apretar el botón. No debería de haber venido. Tras pensar unos segundos más, hundo el dedo.

—Roberto, soy Helena, abre —le digo en tono frío.

Tomo el ascensor hasta la octava planta, respiro hondo y llamo a su puerta. La abre al instante y me quedo impresionada con su aspecto. Está ojoso, lleva barba de unos días y parece estar más delgado.

—Hola, entra. Estás muy guapa —me dice en tono baboso.

—Gracias. —No puedo devolverle el cumplido, porque si no tendría que decirle «y tú estás hecho un desecho», pero calladita estoy más guapa, ¿verdad?

—¿Con quién has dejado los niños?

—He contratado a una ayudante, se llama Eva, y cuando lo necesito se queda el fin de semana —le digo sin muchas ganas de continuar con ese diálogo sin sentido, mejor vamos directo al grano—. ¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme?

—Ven. Vamos a comer primero, mientras tanto me vas contando cómo están los nenes. Echo de menos la rutina diaria que teníamos.

No me está gustando para nada el rumbo que está tomando esa conversación. Lo sigo hasta el comedor y lo ayudo a terminar de poner la mesa. Comeremos *Risotto alla Parmigiana* hecho por Roberto, siguiendo una receta familiar de mi fallecida exsuegra, era italiana. Procuero mantener la calma y le cuento las últimas peripecias de nuestros hijos. En el transcurrir de la cena lo miro atentamente y no soy capaz de entender cómo diablos he podido pensar en algún momento que él era guapo. Tiene el pelo lacio y sin estilo, la nariz es demasiado grande y los labios demasiado finos, y, ahora que lo miro bien, tiene unas orejas espantosas, parece un *gremlin*. ¡Dios!, tengo que contar hasta diez para no empezarme a reír.

—Cuéntame, ¿cómo te va la vida? —le pregunto por curiosidad, sofocando así la imagen que estaba construyendo de él en mi cabeza.

Nos dirigimos al salón y espero atentamente su respuesta. En el fondo tengo curiosidad por saber si todavía sigue con su secretaria. Antes de que recuperara la razón, y después de haberme enterado de su traición, Roberto me convenció de que ella le daba lo que, según él, yo no le proporcionaba. Me hizo sentirme insignificante e inútil, además me acusó de no apoyarlo en sus proyectos profesionales, mejor dicho, en sus ambiciones. Roberto es farmacéutico colegiado y actualmente trabaja como director general en uno de los almacenes de distribución de fármacos más importantes de España. Su meta es hacerse con el cincuenta por ciento de la empresa cuando se jubile uno de los socios propietarios.

—De mal en peor... —me dice con voz baja y se aproxima peligrosamente.

Me aparto y, por un instante, me inunda una insana satisfacción. No soy mala persona, pero Roberto me ha hecho demasiado daño.

—Te extraño. Quiero recuperarte, quiero recuperar a mi familia —me dice y me coge de la mano.

Me libero de su toque, y siento como si me quemara la piel. No sé qué diablos hago aquí todavía.

—Lo siento, Roberto, pero en mi vida ya no hay cabida para ti. Lo nuestro se ha acabado definitivamente.

Cierra los ojos y cuando los abre su mirada es de dolor y arrepentimiento. Sin embargo, no pienso suavizar las cosas, no voy a pasar la mano en su cabeza por pena, eso es lo que hay, él se lo ha buscado. Ahora es demasiado tarde para el arrepentimiento.

—Tienes que darme otra oportunidad, yo te sigo queriendo. Te juro que me arrepiento mucho del daño que te causé. Jamás debí de engañarte y humillarte como lo hice —me dice e intenta atraerme a sus brazos.

Me levanto, casi saltando, por el respaldo del sillón. Ni muerta voy a permitir que me bese.

—Roberto, nada volverá a ser como antes, yo he cambiado, tú has cambiado. No puedes querer recuperar algo que ya no existe. Creo que es mejor que me vaya. Adiós.

Cojo el bolso y me dirijo a la salida. Justo cuando mi mano está a punto de tocar el picaporte, él me sujeta fuerte por el brazo.

—Estás con otro, es eso, ¿verdad?

—No, no estoy con nadie, pero eso no es de tu incumbencia. Suéltame, me estás haciendo daño —le digo, y su mirada me asusta.

—Estás muy equivocada, no te voy a dejar salir así de mi vida. Me merezco otra oportunidad y tú me la vas a dar.

—Estás delirando, yo no te voy a dar otra oportunidad. Y es mejor que me sueltes antes de que empiece a gritar.

Procupo soltarme de su agarre y en el forcejeo me caigo encima del mueble del recibidor, rompiendo el jarrón de cerámica con el brazo. ¡Joder!, cómo duele, ¿me lo habré roto?

—Helena, lo siento. Por favor, perdóname. No era mi intención hacerte daño. —Me coge por la cintura y me ayuda a ponerme de pie—. Deja que te mire el brazo.

—No me toques y mantente alejado de mí. Lo digo en serio, Roberto. La única cosa que tenemos en común son nuestros hijos, y por el bien de ellos olvidaré lo que acaba de pasar. Adiós.

Antes de que consiga abrir la puerta, Roberto la bloquea con la mano.

—Siento que te hayas caído, pero no me voy a dar por vencido. Te voy a recuperar, Helena. Volveremos a ser una familia. —Me sonrío, aunque ahora su mirada es sombría.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, ¿quién es este hombre que tengo delante de mí?

—¿Me puedes abrir la puerta, por favor? —le digo con voz firme, no quiero que él vea lo amedrentada que estoy.

Él clava sus dedos en mis mejillas, atrayendo mi boca hacia la suya. Y me besa con brutalidad. Siento arcadas cuando un sabor metálico me inunda el paladar, no lo soporto.

—Esto es para que no te olvides de que eres mía, Helena. Te voy a demostrar que soy digno de tu perdón.

—Pues vas por mal camino con esa actitud —le digo en un hilo de voz.

Me abre la puerta y tardo una fracción de segundo en reaccionar, estoy paralizada por su inesperado comportamiento. Mi cerebro recupera sus funciones y salgo lo más rápido que puedo de su piso. Mi corazón late acelerado y mis piernas parecen de goma, me cuesta llegar hasta la seguridad del ascensor. Una vez dentro, me desplomo en el suelo. El dolor que siento en el brazo se quedó en el olvido tras procesar sus últimas palabras. ¿¡Que soy suya!?! ¿¡Que quiere recuperarme!?! Está loco si cree que voy a volver con él. Ahora que he recuperado mi libertad, que he abierto los ojos y me he dado cuenta en qué tipo de mujer me estaba convirtiendo, jamás volveré con él, ni que fuera masoquista.

Hago el camino de vuelta a casa como una autómeta. Mi mente está reproduciendo una y otra vez lo sucedido. Roberto nunca ha tenido esa actitud posesiva conmigo, nunca jamás ha tenido celos. Al revés, pasaba de mí y me trataba como a un mueble desechable. En los años que hemos estado juntos no ha hecho más que criticarme e intentar cambiar mi manera de ser que, según él, era ordinaria. Y ahora me viene con ese cuento de tercera. Se creará que soy la misma ilusa de siempre, menuda sorpresa se llevará.

Entro en casa y me recibe Eva con su sonrisa acogedora.

—Hola, Eva. ¿Cómo están los niños? ¿Se han portado bien? —le pregunto.

—Hola, estaban un poco revoltosos, pero luego se calmaron. Han comido bien y ahora están echándose la siesta.

—Gracias, Eva, eres un sol —le digo con sinceridad.

Me sonrío agradecida y me escruta con su mirada.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—No te preocupes, Eva, estoy bien. No te entretengo más, sé que estás loquita por ver a tu novio.

—Bueno, entonces me voy. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes, Eva. Que tengas un buen fin de semana. —Le brindo una sonrisa y la acompaño hasta la puerta.

Paso por el dormitorio de mis tesoros y los encuentro durmiendo serenamente, parecen dos angelitos. Me emociono al ver sus caritas, serenas e inocentes. Doy un besito a cada uno y voy a mi habitación. Tengo que echar un vistazo a mi brazo.

Me desnudo y exclamo de dolor cuando llevo el brazo hacia atrás para desabrocharme el sujetador. Me miro en el espejo y quedo impactada con el enorme hematoma que va desde el hombro hasta el antebrazo. Se ve muy feo y todavía se va a poner peor, con lo blanquita que soy mañana estará negro. Tendré que inventar una excusa para eso, porque con el calor que está haciendo no hay la menor posibilidad de esconderlo con ropa de manga larga. Me fijo en mi labio inferior, hay una pequeña fisura y se ve un poco hinchado; creo que eso lo puedo solucionar con un parche para el herpes labial, nadie se dará cuenta.

He estado casada con Roberto durante seis años y no conocía ese rasgo de su carácter. Tal vez sea porque, durante todo ese tiempo, he sido completamente sumisa con él, hacía todo para complacerlo. Pero eso se ha acabado, jamás dejaré mis necesidades de lado para satisfacer a un hombre.

El brazo me duele horrores, pero, a pesar de la molestia que siento, aprovecho que mis tesoros están dormidos para hornear, no sin antes tomar dos pastillas de analgésicos. La cocina es mi pasión y cuando estoy nerviosa mi *hobby* se transforma en una necesidad. Decido empezar por las galletas con pepitas de chocolate, después haré magdalenas con relleno de mermelada de frutas. Tras dos horas y media de trabajo, y dos bandejas de galletas y una de magdalenas, me sorprenden dos personitas somnolientas y malhumoradas.

—Hola, mis amores. ¿Qué caritas son esas?

Me arrodillo delante de ellos y los como a besos. Al instante acabamos los tres revolcados por el suelo haciéndonos cosquillas y riendo a carcajadas.

—Déjalo ya, mami. No más... —protesta Sofia entre risas.

—A por mamá, Sofia. Hora de la revancha —dice Fabricio en defensa de su hermana.

Como una avalancha caen sobre mí y tengo sus manitas regordetas por todo el cuerpo.

—Me rindo, habéis ganado —digo entre risas, estoy mayor para eso—. ¿Qué os parece si merendamos y después nos vamos a la piscina?

—¡Yupi! —gritan los dos al unísono.

Pasamos la tarde jugando en la piscina y, como siempre, sacarlos de allí fue una verdadera batalla. Finalmente los tengo dormidos en sus camas. No es fácil ser madre de mellizos, sobre todo de dos tan despiertos como los míos.

Después de bañarme e hidratarme todo el cuerpo, decido seguir leyendo mi novela preferida. Al cabo de un rato cierro el libro y empiezo a fantasear con Gabriel Garko, actor que da vida al personaje y uno de mis elegidos para fantasear, de todos es el que más me pone. ¡Dios!, es perfecto, y su boca... Suelto un suspiro soñador y sonrío al pensar en mi *sucio* secretito y, no pudiendo resistir la tentación me levanto y voy en busca de mi caja roja del placer, que tengo guardada en un escondite secreto. Cuando se tienen dos niños pequeños y curiosos, una tiene que ser precavida; imagina si la encuentran y me preguntan para qué sirven esas cositas, me muero.

Paso los dedos por la suave tapa de terciopelo rojo y hago memoria

Todo empezó cuando me separé de Roberto. Raquel y Alicia me llevaron a un *sex shop* con la intención de hacerme reír un poco. Yo siempre he sido curiosa y había intentado varias veces introducir algún juguetito sexual en mi vida marital, tengo que decir que muy sutilmente, pero Roberto siempre había respondido de manera negativa, y algunas veces llegó a reprender mi comportamiento, haciendo que yo me sintiera sucia y vulgar.

Bueno, volvamos a lo que interesa. Estábamos curioseando por los pasillos cuando Raquel cogió una bonita caja forrada de terciopelo rojo, la abrió y me pidió que extendiera los brazos, la depositó encima de ellos y empezó a rellenarla con un montón de juguetitos que yo ni siquiera sabía que existían y, mucho menos para qué servían. Mi hermana y yo la mirábamos con la boca abierta, pero tengo que reconocer que en el fondo estaba excitada pensando qué hacer con todo aquello. Al final, cuando ya no había nada más en la caja, me miró con una sonrisa divertida, y me dijo: «Esta caja es para la nueva Helena, la que sabe lo que quiere, la que conoce cada

pedacito de su cuerpo y sabe lo que le gusta, la que no necesita a un hombre para tener orgasmos espectaculares, la que es fuerte y decidida, y la que jamás va a permitir que ningún hombre controle su vida». Y así ha sido desde este día.

Doy un repaso a todos mis juguetitos y cierro la caja. «Hoy no te necesito Gabriel», digo en voz alta y suelto una risita, «aquí mando yo». Sé que es un poco retorcido, pero no he resistido a la tentación de poner a cada uno un nombre, da más realismo a la fantasía.

Hoy me doy cuenta de lo insuficiente que era mi vida sexual con Roberto, una mujer nunca debería tener sexo con su marido por obligación, y yo lo hice muchas veces. En todas ellas me sentí como una muñeca hinchable, pensaba que tenía que tenerlo contento, porque de lo contrario buscaría fuera lo que no encontraba en casa. Qué equivocada estaba.

Capítulo 2

A la mañana siguiente me despierto con la pierna de Sofía en la cara, está al revés, es increíble cómo se mueve esa niña. Fabricio está al otro lado, con un mechón de mi pelo entrelazado en su mano. Los dos invadieron mi cama a las cinco de la mañana. Si uno se despierta y decide hacerme compañía en medio de la noche, ten por seguro que no viene solo. La complicidad que hay entre ellos es asombrosa. Con extremo cuidado para no despertarlos, me levanto. Y aprovecho ese ratito de tranquilidad para prepararme un café bien cargado, necesito cafeína extra para aguantar a estos dos todo el día.

Empiezo a pensar en Alicia, se la ve tan feliz, y Héctor bebe los vientos por ella. El amor que desprenden ambos parece de película. Después de verlos juntos, de ver cómo se miran, cómo se buscan todo el tiempo, me quedó claro que yo nunca había amado a Roberto. No la envidio, no obstante quiero un amor así. Quiero que alguien haga que mi corazón de un vuelco y quiero sentir mariposas en el estómago. Eso es, no me conformaré con menos.

Escucho el llanto de Sofía y, cronometrado, dos segundos después el de Fabricio. Adiós a la tranquilidad y a los sueños románticos.

—¡Hey! ¡Hey!, ¿qué está pasando aquí?

—Mami, Sofía me ha pegado una patada en la cara —se queja Fabricio entre lágrimas.

—Mentiroso, eres malo —dice mi valiente niña a su hermano—. Mami, Fabricio me despertó y tiró mi muñeca al suelo.

—Fabricio, tu hermana se mueve mucho cuando está dormida, seguro que no tenía la intención de darte una patada. Ahora, coge su muñeca y hacéis las paces. Y Sofía, pide disculpas a tu hermano, él no es ni mentiroso ni malo.

A mi niña le cuesta más, pero al final se chocan las manos, así me gusta.

—Bueno, ya que está todo solucionado, vamos a desayunar, hay galletas con pepitas de chocolate.

Enseguida están riendo y saltando sobre la cama, son tan lindos, los amo tanto. Estoy cien por cien segura de que Roberto se cruzó en mi camino únicamente para darme a estos dos angelitos. Los bajo de la cama y, después de llevarles al servicio, nos dirigimos a la cocina en una carrera para ver quién llega primero.

—He ganado yo —grita Fabricio emocionado.

—No, he ganado yo —dice Sofía cruzándose de brazos y haciendo un mohín.

—Habéis empatado, es que sois rapidísimos. No he podido con vosotros, me habéis ganado.

—Sííí..., somos más rápidos que mami, mamá es una tortuga —gritan los dos en completa sincronía.

Después de algunos minutos de calma, mi observador hijo me mira el brazo horrorizado.

—¿Qué te ha pasado en el brazo, mami? Te has hecho pupa —me pregunta con la boca llena de galletas.

—No hables con la boca llena, tesoro. Mamá se ha caído en la ducha, pero no es nada importante, es como cuando tú te caes jugando al fútbol y te queda un moratón en la piel, solo que el de mamá es más grande.

—¿Te duele, mami? —me pregunta Sofía.

—No, tesoro. No me duele nada, ¿ves? —le digo con una inmensa sonrisa en la cara y me toco el hematoma con el dedo.

—Voy a darte un besito para que se cure pronto —me dice Sofía con su dulce vocecita.

Me llena el brazo de besos y mermelada de fresa.

—Yo también te voy a curar con mis besitos —me dice Fabricio.

—Gracias, mis amores. Ahora estoy segura de que me curaré en un abrir y cerrar de ojos. —Los abrazo y mis ojos brillan emocionados, ellos son lo más importante en mi vida.

El día pasa sin muchos sobresaltos. Nos divertimos en la piscina, luego jugamos a Mario Kart Wii y, por cierto, me dan una paliza. De verdad no sé qué pasa con estos niños de hoy, creo que ya nacen con el gen de la tecnología incorporado. Ahora les tengo cansados y tranquilos viendo la tele, un respiro para mí.

Acabo de hablar con mi hermana y ella ha decidido pasar el día de mañana con nosotros. También traerá a su escolta, solo espero que esté tan bueno como el anterior. Así que decido dejar la comida preparada. Hmmm... a ver qué puedo hacer. Sé que a Alicia le encanta el salmorejo y me decido, además, por tortilla de patatas, croquetas de pollo y *nuggets* de pescado, a los niños les encantan. Bueno, voy a preparar también una ensalada de pasta, por si acaso.

Llevo un rato cocinando y tanto silencio no es bueno, salgo corriendo de la cocina con el corazón en las manos. Y al verlos me relajo, están sobre las alas de Morfeo. Sofia como siempre espatarrada y Fabricio con un mechón de su pelo entre sus deditos. Cojo mi móvil y les hago una foto. Durmiendo y en fotografía son todavía más guapos, suelto una risita, que mala madre soy. Los acomodo en sus camas, les doy una última mirada babeante, y salgo de la habitación dejando la puerta entreabierta.

Creo que tengo comida suficiente. Espero que al nuevo guardia de seguridad le guste lo que he preparado. Alicia estaba muy misteriosa, no ha querido darme ninguna información. Y conociéndola bien, sé que está maquinando algo.

Me despierto en medio de la noche, estaba teniendo un sueño erótico con un musculoso y sexi guardaespaldas de ojos color avellana y pelo castaño. Fue tan real... Tras varias tentativas para reconciliar el sueño, no me queda más remedio que recurrir a mi caja roja. Esta vez escogeré uno que está sin estrenar y lo llamaré José. «Muy bien José, muéstrame de lo que eres capaz. Veo que tienes potencial», digo en voz alta a mi nuevo «amiguito».

Después de un delicioso orgasmo vuelvo a dormir...

Estoy terminando de echar protector solar a los niños, cuando suena el telefonillo. Alicia ha madrugado. Le abro y le digo que se vaya yendo a la piscina, no tardaré en bajar, o eso espero.

—Mami, voy a mostrar a la tita lo bien que nado —dice Fabricio entusiasmado.

—Claro, tesoro. Pero antes estate quietecito para que te pueda echar la crema —le digo desesperada.

—Yo no quiero irme a la piscina —dice Sofia enfadada. Luego enciende la tele y se sienta en el sofá.

Lo que me faltaba, mi testaruda hija enfurruñada en el sillón.

—Tesoro, si no quieres entrar en la piscina no pasa nada, me quedaré jugando contigo en la tumbona. Trae tu bolsa de juguetes, ¿de acuerdo?

—No, prefiero quedarme aquí viendo la tele —dice con determinación.

Dios, dame paciencia, no sé a quién ha salido esta niña. Bueno, la verdad es que sí, sé perfectamente a quién salió esta cabezota, a mí.

—Sofia, nos vamos a bajar a la piscina ahora mismo, la tita Ali y a nos está esperando. Así que apaga la tele y recoge tus cosas.

Con resignación sigue mis instrucciones y coge su mochila, ella sabe perfectamente hasta dónde puede llegar, es más lista que el hambre. Cuando estamos entrando en la zona de la piscina, Sofia empieza a llorar y me pide que la lleve en brazos. Fabricio ve a su tía y sale disparado a su encuentro. Mi chiquitina está disgustada porque no sabe nadar y su hermano sí. Se quieren mucho, pero son muy competitivos entre ellos.

—Tesoro, ve con la tita, seguro que ella tiene una sorpresa para ti. —La dejo en el suelo y sale corriendo con su tía.

Un hombre alto y musculoso me llama la atención. Tiene hombros largos y fuertes, y su pelo es castaño, con un corte al estilo militar. Está para comérselo, o mejor para que él me coma a mí. Las comisuras de mis labios se arquean dibujando una leve sonrisa. Estoy perdiendo la cabeza, la falta de sexo me está empezando a trastornar, y hacer tanto uso de mi caja roja no hace más que dejarme con más ganas. ¡Virgen santa! Cuando se da la vuelta me quedo absorta contemplándolo, se parece al José de mi sueño. Mi hermana me saluda, sacándome de mi trance. Espero que ese no sea el nuevo guardaespaldas, ¿cómo lo voy a mirar a la cara? Si en lo único que puedo pensar es en un consolador azul llamado José.

—Hola, Helena —me saluda mi hermana con su sonrisa resplandeciente y su redondeada barriguita a la vista.

—Hola, princesa Ali. —Me encanta pincharla.

Percibo como tiene la mirada fija en mi brazo, hora de enfrentarme a su interrogatorio. Trato de mostrar tranquilidad, a fin de cuentas una caída en la ducha la puede tener cualquiera. Mi inocente hermana parece quedar satisfecha con mis explicaciones. Acto seguido llama a su escolta para presentármelo y está claro que no es otro que el incitador de mi último orgasmo.

—Encantado de conocerla —me dice mirándome fijamente.

Sus ojos son de color avellana, pero en un pestañear se vuelven verdosos... Su mirada es tan intensa que siento cómo mi piel se calienta.

—Igualmente —respondo con una voz ronca.

Mi cara se pone colorada en el momento en que pienso en cierto juguetito azul de nombre José y me entran ganas de reír. Dios, tengo que controlarme. Soy madre de dos niños pequeños, tengo que mantener la compostura. De repente su mirada se traslada a mi brazo y su cara se congela; sus ojos ahora son verdes chispeantes. No hay posibilidad de que él sepa lo que realmente me sucedió, ¿verdad? Me llevo la mano al brazo y digo:

—Me caí en la ducha. —Mi voz sale muy baja.

Me sigue mirando como si pudiera leerme el alma. Su cuerpo se tensa y cierra las manos en un puño. Asiente con la cabeza y se dirige a Alicia, intercambia algunas palabras y se va sin lanzarme una última mirada. No sé por qué diablos me duele su rechazo. Idiota, yo no te necesito, ya tengo a *blue man*. Seguro que él es más eficiente, nunca se queja y siempre está dispuesto. Hombres, ¿quién los necesita teniendo una caja roja del placer?

Paso toda la mañana mirándolo de lejos, no soy capaz de apartar la mirada. También le he pillado varias veces comiéndome con los ojos. Alicia, como siempre, en su burbuja de felicidad. Si ella pudiera imaginar lo que me pasa por la cabeza, seguramente se quedaría horrorizada.

Empiezo a fantasear con José, cómo sería tenerlo de pareja. ¿Estaría dispuesto a estar en un segundo plano y a compartirme con los niños? Porque está claro que mis hijos son mi prioridad. Cómo sería tenerlo en mi cama, despertar a cada mañana con él a mi lado. ¡Bravo, Helena!, se te ha ido la olla completamente. Creo que has tomado demasiado sol en la cabeza. ¿Tú crees que un hombre como este se fijaría en una mujer separada y con dos niños pequeños? ¡Cállate ya! Hay momentos que tengo ganas de estrangular a esa vocecita aguafiestas que no para de incordiarne.

Observo al *yogurín* de mi vecino desfilar delante de mí, con su cuerpo perfecto y un botellín de cerveza extrafría en la mano. En mi época de adolescente, los chavales no tenían esos cuerpos, de esto estoy segura. Él me mira de forma descarada y levanta la botella en señal de ofrecimiento, le sonrío de vuelta y se lo agradezco. Eso es, ya sé lo que necesito.

Dejo a los niños con Alicia y voy en busca de mi refrescante bebida. Me siento en la tumbona y disfruto de ese líquido dorado y frío que baja rodando por mi garganta. ¡Ahhh... qué gusto!

—¿Para mí no hay nada? —me pregunta José con una voz baja e insinuante.

Pego un salto y casi me caigo de la tumbona.

—Por Dios, ¿quieres matarme? —le digo recuperándome del susto.

—Lejos de mi intención, te quiero viva, muy viva... ¿No me vas a ofrecer algo de beber? —me dice con esa sonrisa canalla.

—Creía que estabas trabajando —le digo, pero sé perfectamente que él está burlándose de mí.

—Sí..., pero necesito hidratarme, necesito bajar un poco la temperatura corporal. —Me mira y sus ojos se vuelven verdes.

—Sírvelo tú mismo. Ahí tienes la nevera.

No pienso levantarme para servirle.

—Estoy acostumbrado a que mis mujeres me sirvan —me dice intentando esconder la risa.

—Pues va a ser que tienes razón, has sufrido una deshidratación cerebral. Y yo no soy una de «tus mujeres».

—De momento, cariño —me dice con la voz ronca. Coge la botella de agua, me da un repaso de arriba abajo y se va sin decir nada más.

Qué hombre más exasperante. Se creará que soy una de esas mujeres separadas y desesperadas por echar un polvo. Bueno, un poco desesperada estoy. No entiendo lo que me pasa cuando estoy cerca de él, nunca he actuado así. La verdad es que estoy molesta conmigo misma; su presencia me provoca una lucha entre lo que mi cuerpo quiere y lo que yo considero moralmente correcto. No quiero ser una de esas mujeres que están cada día con un hombre diferente, pero tampoco pasa nada porque yo quiera echar un polvo de vez en cuando. No me convertiré en una fresca, ¿verdad? Estoy hecha un lío. Mejor me quedo con mis fantasías, mis elegidos no me mienten, no me engañan y hacen todo lo que yo digo.

Ya son las dos y media, hora de almorzar, y decido sacar a los niños de la piscina. Le pido a mi hermana que les eche un ojo y voy a mi piso a por la comida. Cuando estoy entrando en el ascensor una mano fuerte y musculosa lo bloquea, doy un paso hacia atrás para hacer sitio y al levantar la mirada me encuentro con un par de ojos verdes chispeantes.

—¿Qué haces aquí? ¿No tenías que estar custodiando a Alicia? —le pregunto con brusquedad, todavía estoy molesta con él.

—No estoy solo, hay otro agente encubierto en la zona —me dice mirándome de arriba abajo.

De repente me siento desnuda y el cubículo del ascensor se hace más pequeño, me falta el aire. Él da un paso en mi dirección, su cuerpo está prácticamente pegado al mío. Puedo sentir su calor. El aire se calienta y se torna más espeso. Es tangible la tensión sexual que hay entre nosotros.

Miro hipnotizada cómo él desliza suavemente la lengua por los labios, dejando un rastro de humedad a su paso; mi corazón da un vuelco y mi vientre se contrae. ¿Qué diablos me está pasando? No soy capaz de pensar con claridad. Una fuerza superior a mi voluntad me impulsa a acercarme a él, estoy a punto de tirarme en sus brazos; por suerte, el ascensor abre sus puertas y rompe el hechizo que me mantenía prisionera de su magnetismo.

Él respira hondo y me hace una seña con las manos para que salga delante de él. Sinvergüenza, seguro que quiere mirar mi trasero. Pues que disfrute, sé que tengo un buen culo, redondo, firme y respingón. Y ese minishort que llevo no hace más que acentuarlo. Camino lentamente y muevo las caderas de forma insinuante, me detengo delante de mi puerta, la abro y nos dirigimos a la cocina en un completo silencio. No doy crédito a mi comportamiento, tengo que librarme de él lo más rápido posible. Esa no soy yo.

—¿Estás casada? —me pregunta sorprendiéndome.

—Estoy separada —le digo secamente.

—¿Ha sido él quien te ha pegado? —me pregunta con voz enérgica.

No sé cómo, pero se ha movido sigilosamente, ahora lo tengo pegado a mi espalda, recorriendo con sus dedos la longitud del moratón.

—No es asunto tuyo —le digo con voz trémula.

—Respuesta equivocada. —Me sujeta por ambos brazos y pega su cuerpo totalmente al mío. Respóndeme, ¿te ha pegado tu exmarido?

—No, fue un accidente. ¿Y a ti qué te importa? —le digo intentando zafarme de su agarre.

—Todavía no me importa, pero podría importarme... —me susurra al oído con una voz ronca.

Capítulo 3

A la mierda las convicciones. Quiero quemarme en el infierno, quiero dejarme consumir por este fuego que me quema las entrañas. Él coloca un brazo a cada lado de mi cadera, impidiendo así que me aparte. A continuación quita el pelo del hombro magullado, dejándolo expuesto, y deposita suaves y húmedos besos a lo largo de todo el hematoma. Mi respiración se acelera, se hace dificultosa. Las piernas se me aflojan y tengo que apoyarme en la encimera para no caerme. ¿Cómo puedo reaccionar así ante un hombre que acabo de conocer? Me gira el cuerpo con un movimiento suave. Y, sin dejar de mirarme a los ojos, desliza una mano por mi espalda hasta casi tocarme el culo. Estrecha el abrazo pegando su cuerpo al mío, haciendo evidente su dura y potente erección.

—¿Sientes lo que provocas en mí? —susurra en mi boca.

Gimo... y cierro los ojos. Balancea sus caderas y presiona su miembro contra mi entrepierna. Vuelvo a gemir. Enreda los dedos en mi pelo y tira de mi cabeza hacia atrás, exponiendo mi cuello a sus hambrientos besos. Llevo las manos a su culo y le pego todavía más a mí. Esto es una locura, ¿cómo puedo permitir que un extraño me haga esto, en mi casa, en mi cocina? Abandona el cuello y toma posesión de mi boca, sofocando cualquier pensamiento coherente que pudiera tener. Me coge por el culo y me hace pasar las piernas por sus caderas. Me estoy consumiendo en una pasión que jamás había sentido antes. La cocina está dominada por los sonidos de nuestros jadeos.

Me coge por la cintura y me sienta en la encimera. Su mano se desliza lentamente por mi vientre, quemándome la piel, hasta llegar a mi pecho. Pasa los dedos por encima de la tela del bikini y, con las yemas de los dedos, traza el contorno del pezón, hasta ponerlo duro e hinchado. Gimo en su boca... Él se aparta y me mira con una pasión devastadora, salvaje, haciendo que todo mi cuerpo tiemble de deseo, necesidad. Dios, ¿qué estoy haciendo?

—Por favor, para... Nos están esperando abajo con la comida —consigo decir con la poca lucidez que aún me queda.

—Te dejaré escapar porque estoy de servicio, si no te follaría ahora mismo —me dice con ese irritante aire de suficiencia.

—Estás muy seguro de ti mismo —digo irritada.

—No, cariño, estoy seguro de cómo tu cuerpo responde al mío. —Inspira profundamente—. ¿Sabes que puedo oler tu excitación? —Me dice con una sonrisa arrogante en la cara.

—Eres un grosero. Quitate de en medio para que me pueda bajar —le digo roja de vergüenza y molesta conmigo misma.

Me regala una sonrisa que me deslumbra por completo. A continuación me coge por la cintura con firmeza y me baja, restregando mi entrepierna sobre su miembro.

—Bajemos antes de que me arrepienta —me dice con voz ronca.

O antes de que me arrepienta yo, mi cuerpo está dolorido y anhelante.

Le digo que coja la nevera y la bolsa donde están los cubiertos y el mantel. Me mira con las cejas levantadas al comprobar lo grande y pesada que es la nevera. No le hago caso y sigo sacando táperes del frigorífico.

—¿Es que vas a invitar a todos los que están en la piscina para almorzar?

—No, tampoco es tanta comida. Y no estás obligado a comer si no te gusta —le digo sin querer reconocer que a lo mejor me he pasado un poquitín.

Me dispongo a poner la mesa y él gentilmente me ofrece su ayuda. Trabajamos en perfecta sincronía, como si llevásemos toda la vida haciéndolo. Llamo a los demás y con apetito empiezan a degustar la comida. Miro extasiada cómo José devora los platos que he preparado, no ha dejado ninguna croqueta para contar la historia, ni la fuente de salmorejo ha escapado, la ha rebañado con un trozo de pan. Es increíble cómo le cabe tanta comida y, lo más sorprendente, es que él no tiene ni una pizca de grasa, tiene un cuerpo de infarto.

—Veo que te ha gustado, al final no era tanta cantidad —le digo con una sonrisa de felicidad en la cara.

—Suelo tener buen apetito, y más aún cuando encuentro algo tan delicioso —me dice con malicia y sé perfectamente a qué se refiere.

Me cruzo de piernas y siento cómo el fuego del deseo me recorre el cuerpo. Le doy una última mirada y espero a que los demás terminen de comer para empezar a recoger y dejar todo impecable, porque no quiero problemas con los demás vecinos. Esa es una zona común y tenemos que pedir permiso para utilizarla, generalmente la usamos para celebrar los cumpleaños de los niños. Pero como en estos momentos somos tres o cuatro familias las que estamos aquí, miramos cada uno para el otro lado y hacemos lo que nos da la gana.

Después extendiendo una manta en el césped para poder jugar con mis amores. Tras un rato de juegos, extraño el silencio de mi hermana, y al mirar en su dirección la encuentro sumergida en un sueño profundo. Hago un gesto a los niños para que dejen de gritar y empezamos a hablar entre susurros, algo que nos provoca carcajadas. Alicia ni se inmuta. Mis angelitos no tardan en aburrirse y van en busca de aventuras, y ahora mismo quien las proporciona es José. Lo miro y noto agobio en su cara, sin embargo me hago la loca; y yo también tengo derecho a descansar.

Pasado un tiempo me apiado de él y los llevo a jugar a la piscina, aunque para entonces él ya había sucumbido al encanto de mis angelitos, estoy segura de que ha disfrutado. Y lo más sorprendente para mí fue ver como Fabricio estaba a gusto con él, me imagino que echará de menos la figura masculina de su padre. Roberto nunca ha conectado con los niños, siempre estaba ocupado o cansado. Imbécil, no sabe lo que se está perdiendo.

Sofía se acerca, liberándome de mis divagaciones.

—Mami —me dice con voz quejumbrosa.

—Hola, tesoro. ¿Qué te pasa? —pregunto y la envuelvo en su toalla morada de Monster High.

—Quiero mi muñeca —me dice y extiende sus bracitos para que la coja.

Mi niña tiene sueño, le pongo ropa seca y la acomodo en la tumbona. No tarda ni dos segundos en quedarse frita. Empiezo a recoger todo, creo que por hoy ya es suficiente. Hago una señal a mi hermana para que saque a Fabricio del agua. Y entre las dos no tardamos en tener todo listo. José me sorprende cuando se ofrece para llevar a Sofía, prácticamente me la quita de los brazos. Y así nos dirigimos a mi piso: José con mi niña en brazos y Fabricio a su lado, mirándolo con atención.

Cuando estamos casi llegando a los ascensores, Fabricio me deja patidifusa al preguntar a José si él sería el nuevo encargado de llevar a Sofía en brazos en lugar de su padre. José me mira esperando que yo le conteste, pero me atraganto y no soy capaz de decir una sola palabra. Por suerte, Alicia reacciona rápido, dando una satisfactoria contestación a la aguzada curiosidad de mi niño.

Al entrar en casa conduzco a José a la habitación de Sofía.

—Déjala aquí, esta es su cama —le digo quitando las almohadas y la colcha.

La acomoda con extremo cuidado y mi niña, como siempre, se espatarra, ocupando por completo toda la anchura de la cama. Empezamos a reír al mismo tiempo.

—Gracias —le digo sin saber que más decir.

—Ha sido un placer. —Me mira y sus ojos se vuelven turbios.

Sin aviso previo me pasa un brazo por la cintura y tira de mí, pegando mi cuerpo al suyo. Y, de la misma manera, invade mi boca con su experta y exigente lengua, explorando cada rincón, dejándome desfallecida y sin aliento.

—Esta vez te has librado, cariño. Pero puedes estar segura que la próxima vez que nos encontremos te follaré hasta que me pidas clemencia.

Me suelta y tengo que sentarme en la cama de Sofía para no caerme. Lo miro con la boca abierta intentando encontrar las palabras, aunque nada de lo que pueda decir será suficiente para expresar lo impactada y excitada que estoy. Antes de salir de la habitación me sonrío con esa sonrisa canalla y me hace un saludo militar. Me quedo unos minutos sentada en la cama, disfrutando de ese cosquilleo que recorre todo mi cuerpo. A continuación me toco los labios con la punta de los dedos, los tengo hinchados y suaves.

Fabricio entra en el dormitorio, trayéndome de vuelta a la tierra.

—Mami, mami, nuestro amigo se ha ido. Me ha dicho que soy un buen chico y que debo cuidar de mi hermana y de ti.

—Claro que sí, tesoro. Eres el hombre de la casa. Ven, dame un abrazo bien apretado.

Se sienta a horcajadas en mi regazo y me envuelve el cuello con sus bracitos regordetes. Me levanto y le apoyo sobre mi cadera, llevándolo conmigo hasta la cocina. José me tiene desconcertada, no sé qué pensar de él, ni tampoco soy capaz de entender lo que me hace sentir, y no estoy hablando de deseo físico. Eso lo entiendo perfectamente.

Entro en la cocina y encuentro a mi hermana fregando todos los cacharros.

—¡Hey! ¿Qué haces?

Dejo Fabricio en el suelo y le quito la esponja de las manos.

—¿Es que todavía no te han presentado al lavavajillas? —le pregunto y abro la puerta de mi electrodoméstico preferido.

—Es que me gusta refrescarme las manos con el agua fría —me dice y me sonrío de manera dulce.

Ya no tiene esa mirada de niña asustada. Es una mujer acorde con su edad, ha madurado en estos últimos meses.

—Bueno, si quiere puedes limpiar la nevera, o las ventanas, tú misma —le digo de guasa.

—Yo te ayudo, tita —interviene Fabricio, que como siempre está pendiente de todo lo que hablamos.

—Casi mejor me voy a casa, José me está esperando abajo. Dame un besito, tesoro. —Se pone a la altura de mi niño y lo colma de besos.

—Tita, ¿cuándo voy a conocer a mi primo?, ¿y cómo va a salir él de tu barriga? —pregunta Fabricio a mi hermana tomándola por sorpresa. A ver cómo sales de esta, guapa.

—Todavía faltan varios meses para que puedas conocerlo, tesoro. Y tu mamá te explicará cómo nacen los niños, la tita tiene que irse. Adiós, mi amor.

—Esta me la vas a pagar —le digo, y comienzo a prepararme para el interrogatorio que vendrá a continuación.

Antes de que se vaya, le pregunto:

—Mañana voy a llevar a los niños al parque acuático. ¿Quieres venir con nosotros?

—No lo sé, dependerá de cómo me despierte mañana, ya te llamaré si decido ir.

—De acuerdo. Cuidate. Tú sabes que me puedes llamar a cualquier hora que necesites.

—Ya lo sé, gracias hermanita, te quiero.

—Yo también, cariño. Adiós.

—Por cierto, si decides venir, estoy pensando en salir de casa sobre las once y media.

Cierro la puerta y al darme la vuelta me encuentro con un par de ojos marrones mirándome atentamente.

—Mami, ¿ahora me vas a explicar cómo nacen los niños? —Fabricio me pregunta con su aguzada curiosidad.

Muy bien Helena, muestra que eres una buena educadora y contesta a esa simple pregunta a tu hijo de cuatro años.

—Tesoro, el bebé va creciendo poco a poco en la barriga de la mamá, y cuando se pone demasiado grande, ya no puede seguir ahí dentro. Entonces la mamá irá al hospital y los doctores la ayudarán para que nazca el bebé —le digo con seguridad.

Espero que esa explicación sea suficiente para él

—Vale, entonces el bebé de la tita tiene que crecer hasta que su barriga esté así de grande. —Se ríe y escenifica la situación inflando los mofletes, y utilizando sus bracitos para abarcar la mayor circunferencia posible, demostrando así cómo se quedará la barriga de su tía.

—Eso es, tesoro. —Le sonrío y le acaricio el pelo.

Miro mi caja roja del placer y decido dejarla en su escondite secreto, a salvo de niños curiosos y entrometidos. Pienso en José, no soy capaz de quitármelo de la cabeza. Es un engreído, descarado y entrometido, pero también es guapo y sexi como el infierno. Y ya ni te digo lo bien dotado que está, lo he podido comprobar. ¡Oh! Y cómo lo he comprobado... Me estremezco y siento una palpitación en la entrepierna. Sé que no hay escapatoria. Sin embargo, él está muy equivocado, el que va a pedir clemencia será él. Una sonrisa maliciosa se dibuja en mis labios y me entrego a un sueño placentero.

A la mañana siguiente, me despierto a la misma hora de siempre, las seis en punto; mi reloj circadiano no se altera ni en vacaciones. Aprovecho y disfruto mis últimos minutos de paz y tranquilidad, luego toca un maratón en el parque. Estoy terminando de desayunar cuando mis dos tesoros se presentan en la cocina con sus bañadores puestos. Sofía lo tiene al revés, bueno, la iniciativa es la que cuenta.

—Buenos días, mis amores. Veo que tenéis ganas de diversión.

Me acerco a ellos y le doy un beso a cada uno.

—Buenos días, mami —me saludan a la vez.

Decido llamar a mi hermana, ya son casi las once y todavía no me ha dado una respuesta. Tras llamarla varias veces sin éxito, desisto. Seguro que está dormida. Al instante me suena el móvil, por fin.

—Hola, Ali. Buenos días. Creía que estabas durmiendo, ya llevo un rato llamándote.

—Soy yo, Helena. ¿Va todo bien? —pregunta mi ex.

—Hola, Roberto, creía que era mi hermana. Voy a llevar a los niños de excursión y estoy esperando su respuesta.

—Te llamaba justo para esto. Sé que no me corresponde este fin de semana, pero me gustaría mucho pasarlo con vosotros —me dice en tono lastimero.

Si por mí fuera, diría un «NO» rotundo, pero los niños merecen estar con su padre, y si él está dispuesto a participar en sus vidas, no seré yo quien se lo va a impedir.

—De acuerdo, pero date prisa. A las once y media saldré de casa —le digo.

Espero que el sacrificio merezca la pena.

Veinte minutos después de la hora prevista, aparece Roberto en taxi.

—Llegas con retraso —le digo. Odio que me hagan esperar.

—Perdona, mi coche ha decidido no arrancar, creo que es la batería —se justifica, y parece que lo lamenta de verdad.

—Bien. Vámonos, no perdamos más tiempo.

Abro el maletero y guardo su mochila, mientras tanto él saluda a los niños. Ellos se volvieron locos al enterarse de que su padre también venía con nosotros.

—¡Qué cochazo! Te habrá costado una pasta. ¿No me vas a decir cuánto dinero has heredado? —Lo miro con mala cara, no pienso darle ninguna explicación de mis finanzas.

—Papá, ahora somos ricos. Mamá me ha comprado un videojuego y un coche teledirigido —dice mi niño.

—Sííí... papi, tenemos montones de dinero. Mira, mamá me compró otra muñeca, ahora Daisy tiene una hermana y se llama Beth. —Mi entusiasta niña por poco no lo deja ciego, porque literalmente le metió la muñeca por el ojo.

Capítulo 4

Llevamos unas pocas horas en el parque y Roberto me tiene amargada, se comporta como si todavía fuéramos un matrimonio. Ni cuando estábamos casados se portaba así.

—¿No tenías un bikini más decente? Eres madre, tienes que cuidar la imagen que proyectas a la gente. —Lo miro indignada y respiro hondo antes de contestarle. Y cuento hasta veinte, no, mejor que sean treinta.

—Sí, claro. Tendré que proyectar una imagen perfecta como la tuya, ¿no? Nada de irme por ahí follando a todo ser viviente, ni hacer falsos viajes de trabajo, tampoco comprar regalos para «mis amiguitos» con el dinero de la cuenta conjunta. ¿Sigo o con esto te basta?

—Ya te he dicho que me arrepiento profundamente de haberte engañado. ¿Qué tengo que hacer para que me des otra oportunidad? —me pregunta con desesperación.

—Nada que hagas hará que volvamos a estar juntos. Tienes que seguir adelante con tu vida, como lo estoy haciendo yo —le digo intentando mantener un tono suave. Sé que estoy siendo dura, pero cuanto antes acepte la realidad, mejor para él.

—Quieres vengarte de mí, Helena, quieres que sufra lo mismo que sufriste. Pensé que eras mejor persona. —Me levanto con la intención de armar la de san Quintín, pero no merece la pena, él no merece la pena.

Es un caradura. Después de humillarme de la manera más cruel delante de su secretaria, tiene la desfachatez de llamarme mala persona. Si fuera mala persona le hubiera hecho pagar donde más le duele, en su bolsillo. Sin embargo, estaba tan trastornada por el dolor que firmé un acuerdo de divorcio por el que acepté recibir una pensión irrisoria.

Después de la discusión con Roberto, me voy al otro extremo de la piscina, no pienso estar cerca de él en lo que queda de día.

—Mami, ven. Mira las fotos que he hecho de Daisy buceando —grita Sofia, despertando la curiosidad de los demás.

Me dirijo a mi niña con una sonrisa orgullosa en la cara. Su belleza es tan llamativa que tiene a todos a su alrededor mirándola hipnotizados. Cuando estoy a dos pasos de ella, me detengo en estado de *shock*. No puede ser... esa cosa de forma rectangular, de aproximadamente cinco pulgadas, de color plata, y que está totalmente sumergida dentro del agua, no puede ser mi móvil.

—Sofía Martínez Berlanga, ¿qué has hecho? —Le cojo el móvil de las manos con brusquedad. Intento encenderlo y, por supuesto, no funciona.

—No te enfades, mami, la próxima vez prometo que te lo pido antes. —Empieza a hacer pucheros y sus ojitos se llenan de lágrimas.

¡Próxima vez! Dudo mucho que haya una próxima vez para este móvil, está muerto, ahogado por una niña de cuatro años. Las lágrimas empiezan a escurrir por su carita, seguro que por la expresión de mi cara ella sabe perfectamente que estoy a punto de explotar.

—Daisy estaba buceando y yo quería hacerle una foto como la que ha hecho Lucas a su dinosaurio. —Su voz sale trémula.

—¿Y quién es Lucas? —le pregunto para distraerme y no perder los papeles.

Me apunta con el dedito al incitador de semejante barbarie. Presto atención al niño en cuestión. Acaba de sumergirse en el agua y lleva en las manos una cámara acuática. La madre que lo parió. Vuelvo la mirada a mi niña.

—Sofía, deja de llorar —le digo con voz dura—. Tú sabes que has actuado mal, sabes perfectamente que no debes coger las cosas de los demás sin pedir permiso.

Sofía a esas alturas llora desconsoladamente. Levanto la mirada disimuladamente y me percató de que todos me están mirando con mala cara, seguro que debo de parecerles a los demás Cruella de Vil.

Me armo de toda la paciencia del mundo. Y le doy una charla sobre las diferencias que hay entre un móvil y una cámara sumergible. En el medio de la clase se unen varias cabecitas curiosas, entre ellas la de su hermano, que viene dispuesto a defender a su inocente hermana de la malvada villana.

Finalmente, tras un día de pena y ochocientos euros tirados a la basura, o mejor dicho, al fondo de la piscina, me encuentro de camino a casa, pero antes tengo que pasar por la casa de Roberto para dejarlo. Estoy deseando perderlo de vista.

—¿Puedes bajarte del coche un momento? Necesito comentarte algo. Por favor... —me pide con cara de perro abandonado.

Decido no decir nada delante de Sofía y Fabricio, y accedo a su petición.

—Soy toda oídos —le digo con impaciencia.

—Helena, perdona lo que te he dicho en la piscina, sé que estaba fuera de lugar, pero es que ya no sé qué hacer para que me des una oportunidad.

—Roberto, no sigas.

Es increíble las vueltas que da la vida. Hubo un tiempo en que habría dado cualquier cosa por escuchar una palabra de cariño de su parte, o que me mirara con deseo, pero este tiempo se ha agotado. Ya no me conmueve su demostración de cariño, al contrario, me molesta.

—No me voy a dar por vencido, Helena. Te voy a reconquistar —me dice, pero sus palabras no llegan a sus ojos, o tal vez soy yo que ya no veo nada ahí.

Si yo fuera tan mala persona como él dice, ahora mismo me estaría regocijando de él, lo pisaría y lo aplastaría como a un insecto. El día que lo pillé saliendo del hotel con su secretaria, creía que me moriría. Y cuando le fui a pedir explicaciones su reacción fue reírse en mi cara y humillarme de la manera más cruel que un hombre puede hacer, cuestionando mi valía como mujer y como madre. Sus palabras me dolieron más que su infidelidad y siguieron retumbando en mi cerebro muchos meses después de la separación.

Prefiero quedarme callada, creo que ya le he dejado claro cuáles son mis sentimientos. Entro en el coche y sigo mi camino sin mirar atrás.

Cojo mi móvil y lo miro con pesar, no creo que haya nada que se pueda hacer, salvo seguir pagando las doce cuotas que todavía me quedan. Tiro el móvil en la mesita de noche y empiezo a desnudarme. Cuando estoy desabrochando el sujetador, el telefonillo empieza a sonar como si alguien se hubiera olvidado de quitar el dedo. ¡Por Dios!, es que no tiene educación. Como me despierte a los niños, juro que bajo y le doy a quien quiera que sea una patada en el trasero.

—¿Qué quieres?, ¿es que no tienes educación? —digo en voz baja para no despertar a los nenes.

—Helena, abre, soy José.

—¿Qué haces aquí?, No me acuerdo de haber quedado contigo —le digo con una mezcla de sorpresa, excitación e inquietud.

—Abre, Helena, necesito hablar contigo —me dice, y noto un cierto grado de desesperación en su voz.

Necesito... necesito..., últimamente no hago más que escuchar esa palabra, ¿y lo que necesito yo?, ¿a nadie le importa? Le abro la puerta y voy a mi habitación a por una camiseta. Al volver lo encuentro apoyado sobre ella, está cabizbajo y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Una sensación de malestar se apodera de mi corazón. Alicia, Dios, por favor, que no le haya pasado nada.

—¿Qué está pasando?, ¿por qué estás aquí?

Levanta la mirada y mi corazón para de latir, sé con toda seguridad que le ha pasado algo a mi hermana.

—Lo siento, Helena. No he podido hacer nada para evitarlo. La han secuestrado —me dice apenado.

Tengo que apoyarme en la pared para no caerme. No, eso no puede estar pasando.

—Pero... ¿cómo ha sucedido?, ¿y tú qué hacías que no la estabas protegiendo?

—Han entrado en la casa por la noche y han utilizado los conductos de ventilación para drogarnos. Cuando la policía llegó, me encontraron atado a la cama y completamente grogui.

Lo escucho con atención, pero no soy capaz de asimilar lo que me está diciendo. El móvil... seguro que han estado llamándome toda la tarde para comunicarme lo que estaba pasando.

—Por favor, dime que tenéis pistas de su paradero, dime que ella está bien. —Me ahogo con las lágrimas, ya no puedo contenerlas.

Me siento en el sofá y José se sienta a mi lado, envolviéndome en un abrazo reconfortante y protector.

—Tenemos una pista y hay mucha gente trabajando para encontrarla. ¿Quieres que te lleve a su casa? —Me sujeta por la barbilla, girando mi cara en dirección a la suya, y me mira fijamente a los ojos.

—Te prometo que vamos a encontrarla, he puesto a los mejores especialistas que trabajan para mí en el caso.

Nuestras miradas están conectadas y veo cómo poco a poco van cambiando de apacibles a calientes, transformándose en una dolorosa necesidad. Su dedo sigue el recorrido de mis lágrimas, y al pasar el pulgar por mis labios... suspiro de placer, lo deseo. Dios mío, en qué estoy pensando.

Dejamos a los niños con su padre y nos dirigimos a la casa de Alicia. Al llegar allí descubro un impresionante despliegue policial. Un agente nos impide el paso y tengo que identificarme para poder entrar. José me pasa el brazo por el hombro, y ese simple gesto me infunde el valor para seguir caminando. Al entrar me encuentro con toda la familia de Héctor reunida en el salón. Eugenia es la primera en acercarse.

—¡Helena, gracias a Dios estás aquí! He intentado por todos los medios avisarte de lo que estaba pasando.

La abrazo y ella me narra todo lo que sucedió desde el momento en que Héctor llegó de viaje. Parece que han encontrado una pista y están trabajando en ella. Justo en este momento, Héctor se presenta en el salón completamente grogui y con una cara asesina. Tras hablar con su padre, me envuelve con sus brazos y ya no puedo contener las lágrimas.

Un policía de nombre Rafa, le explica a Héctor los avances de la investigación, y al instante su cara se transforma, tornándose pálida y sorprendida. Todo indica que el secuestro tiene algo que ver con su exnovia. Los dos salen apresurados del salón, dejándonos totalmente desconcertados. Dios, por favor, no permitas que le pase nada a Alicia ni al bebé. Necesito hablar con mi madre, ella no tiene ni idea de lo que está pasando. Me levanto y camino hacia la terraza para llamarla.

—Hola, mamá.

—Hola, Helena. ¿Qué tal estás? ¿Pasa algo con los niños?

—No, mamá, los niños están bien. Es Alicia, la han secuestrado, tienes que venir. Te necesito. —Mi voz se quiebra y apenas soy capaz de seguir hablando.

—¿Y cuándo ha sucedido?, ¿qué se sabe hasta el momento? —pregunta con indiferencia, como si se tratara de una persona desconocida.

—Por Dios, mamá, es tu hija. Mueve el culo del asiento y vente para acá, te necesitamos —le digo dolida y enfadada.

—No te consiento que me hables así, soy tu madre.

—Pues empieza a actuar como tal, yo soy madre y jamás actuaría así con mis hijos.

—Estoy en un crucero de vacaciones. Además, no hay nada que pueda hacer allí. Tú me vas informando de cómo avanzan las investigaciones, y lo único que puedo hacer es rezar para que la encuentren sana y salva lo antes posible.

Estoy que no doy crédito a sus palabras, esa no es mi madre, la han abducido unos extraterrestres y le han lavado el cerebro. Pues que se vaya a rezar con el diablo.

—Eso es, reza bastante, pero para ti, lo vas a necesitar. Adiós. —No pienso dirigirle la palabra mientras no cambie de actitud.

Tras un rato perdida en mis pensamientos, vuelvo al salón. Y al girar me choco con un pecho sólido y musculoso. No sé cómo consigue ser tan sigiloso, nunca lo veo venir.

—Todo el operativo se desplaza a Málaga, parece que tienen una pista caliente —me dice José con un tono de voz plano.

En este instante, y antes de que pueda asimilar sus palabras, Héctor sale apresurado de la casa, acompañado por su amigo Rafa y los demás policías.

—Héctor, ¿la han encontrado? —pregunto con la voz trémula.

—Tenemos una pista, Helena. Nos dirigimos a Málaga y mi familia también, ve con ellos. Te mantendré informada —me dice antes de entrar en un coche de policía y salir a toda pastilla, seguido por los demás operativos.

Estoy temblando, mi corazón está que se me sale por la boca. Dios, por favor, permite que la encuentren y que esté bien. José me envuelve con sus brazos y el calor de su abrazo me reconforta.

—¿Crees que la encontrarán?

—Estoy seguro de que sí, Rafa es muy bueno en su trabajo. Te llevaré a Málaga. Ven, vamos a despedirnos de los demás.

El viaje se hace interminable. Procuero visualizarla riendo y feliz, no lo soportaré si le pasa algo. Justo en este instante entra una llamada y José la contesta a través del sistema manos libres.

—Diga.

—José, la han encontrado, ella y el bebé están bien. Se la llevan al hospital, te diré a cuál cuando lo sepa.

—Gracias, papá.

—De nada, hijo. Gracias a Dios todo ha acabado bien. Te veo más tarde.

La pesadilla ha quedado atrás, mi hermana y el bebé se encuentran en perfecto estado. Llevamos tres horas esperando que se despierte, pero nada, ella sigue adormecida. Todavía estoy que no doy crédito, meses pensando que las amenazas de muerte que mi hermana estaba recibiendo eran de una organización criminal, para descubrir que el enemigo estaba dentro de casa. Es increíble la maldad que puede albergar un ser humano, creemos conocer a una persona, le entregamos nuestra amistad y nuestro cariño, y un día esta persona nos sorprende y nos muestra su naturaleza oculta, maligna.

He rechazado la invitación de Eugenia para quedarme en su casa, tenía la esperanza de que Alicia despertara. Ahora tendré que buscar un hotel para pasar la noche. Le deposito un suave beso en su frente y me despido de Héctor, que está que se cae de cansancio, pero no se mueve de su lado. Es conmovedor ver el amor que sienten el uno por el otro. Creo que si le hubiera pasado algo a mi hermana, Héctor no lo habría soportado.

Cuando me estoy acercando a la parada de taxi, escucho mi nombre. Me doy la vuelta y me sorprendo al encontrar a José.

—Hola. ¿Qué haces todavía aquí? —le pregunto.

—Te estaba esperando. Me imaginé que no tendrías adonde ir —me dice.

—No tienes por qué molestarte, pero te agradezco el detalle —le digo con una sonrisa sincera en la cara.

—No es ninguna molestia. Ven, tengo el coche aparcado en la otra punta. —Le sigo apresurada, porque cada paso suyo corresponde a tres de los míos.

Capítulo 5

En la otra punta es quedarse corto, su vehículo está prácticamente en otra galaxia. Al escuchar el sonido de desbloqueo de la puerta, suspiro de alivio. De reojo veo que tiene una sonrisa divertida en la cara. ¿Por qué siempre tengo la sensación de que todo lo que él hace es premeditado y con la intención de provocarme?—Estás un poco fuera de forma, ¡eh! —me dice y me guiña un ojo.

Le pongo mala cara y le enseño el dedo corazón. Suelta una carcajada que hace que mi cuerpo suba unos cuantos grados de temperatura.

—Puedes dejarme en el hotel más cercano, por favor —le digo intentando aparentar indiferencia, pero mi voz me delata.

No soy capaz de estar cerca de José sin desearlo, todo en él me atrae y me hace perder la cabeza, eso no puede ser bueno.

—Te voy a llevar a mi casa, a mi cama —me dice, y lo miro con la boca abierta y los ojos como platos.

—No me mires así, cariño, no seas tan mal pensada, te llevaré a mi cama a dormir. Pero, si quieres, podemos pasar el resto de la noche despiertos —me dice con la voz ronca y me lanza una sonrisa traviesa.

Debería de mandarlo a la mierda, quién se ha creído. Pero la situación que acabo de vivir con mi hermana me ha hecho pensar en lo frágil que es la vida, en un instante estamos aquí, y al siguiente adiós, estamos en otro barrio. Así que no pienso perder el tiempo en una batalla de voluntades. Me dejaré llevar y haré lo que me pida el cuerpo, a saber cuándo tendré otra oportunidad de echar un polvo. Hago un repaso mental de mi ropa interior, bien, llevo un conjunto de encaje en color negro.

Me cruzo de piernas y lo miro de soslayo, tiene una sonrisa pecaminosa en la cara. La temperatura dentro del coche sube a cada instante, y la tensión sexual que hay entre nosotros ha alcanzado límites insospechables. He estado con Roberto mucho tiempo y nunca me había sentido así, ni cuando empezamos nuestra relación y tenía las hormonas alborotadas por la juventud.

Miro por la ventana y observo que estamos entrando en un barrio residencial de clase alta, las calles son anchas y están desérticas. Noto como reduce la velocidad y gira el coche, deteniéndolo delante de un imponente portón de madera y hierro. Este empieza a abrirse y da paso a un chalet impresionante.

—Por lo visto, el trabajo de guardia de seguridad está muy bien cotizado —le digo, mientras salgo del coche y miro asombrada su lujosa casa.

—La empresa es mía, cariño —me dice con la voz ronca.

Y con un movimiento inesperado me sube en el capó del coche. Mi cuerpo tiembla de excitación.

—Creo que la cama la estrenaremos después —dice, y me invade la boca con brutalidad, devorando mi lengua con una necesidad primitiva.

Le correspondo con la misma intensidad, él despierta en mí sentimientos que nunca imaginé que poseía. Gimo en su boca cuando me baja el pantalón y las bragas, dejando mi sexo caliente expuesto a la suave brisa de la noche. Su boca abandona la mía y me cuesta respirar, noto cómo mis labios están suaves e hinchados.

—¡Joder! —murmura al tocar mi sexo y comprobar que no tengo vello púbico.

Me estremezco al sentir su caricia y agradezco el día que decidí depilarme esa zona.

Me presiona el clítoris con la yema de los dedos, luego empieza a hacer suaves movimientos circulares, vuelvo a gemir... y muevo las caderas para acompañar nuestros movimientos.

—No tienes ni puta idea de lo mucho que me pone que estés completamente depilada. Estoy deseando saborearte, Helena —me dice con la voz pastosa.

—José... —grito su nombre cuando introduce el dedo corazón en mi interior.

Empieza a mover el dedo, explorando las paredes internas de mi sexo. A continuación introduce un segundo dedo, y comienza a moverlos dentro y fuera, una y otra vez... expandiéndome, preparándome. Sus dedos son mágicos. Estoy a punto de alcanzar el orgasmo cuando de repente los saca, dejándome anhelante y dolorida. Abro la boca para implorarle un alivio a mi creciente necesidad, sin embargo veo cómo saca de la cartera un paquetito plateado. Y con un movimiento rápido lo rompe con los dientes, mientras se desabrocha el pantalón y saca su miembro fuera. A mí se me seca la boca al ver su enorme erección.

Tiemblo al sentir la punta de su pene rozándome el clítoris, provocándome, llevándome a la locura, antes de entrar en mi sexo con una estocada furiosa y precisa. Gimo... Me siento completamente colmada.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta con la voz ronca.

—Sí...

Como no empiece a moverse juro que cometo una locura.

Me coge de las piernas y las abre como si fueran de trapo, y empieza a moverse con ímpetu, entrando y saliendo sin contemplaciones, sin delicadeza.

—Qué bien te siento, cómo he deseado estar aquí, completamente enterrado en ti...

—¡Aaaggg!

Grito cuando él pone mis piernas en sus hombros. En esta postura lo siento más profundo. Me sujeta por las caderas, atrayendo mi sexo al encuentro de sus despiadadas embestidas.

—Joder... murmura.

Todo mi cuerpo empieza a temblar, mis entrañas se contraen alrededor de su pene. El orgasmo me está dominando, llevándome a otra realidad.

—Dios, Helena —dice entre dientes y, tras unas cuantas embestidas más, se abandona al clímax con un gemido gutural y salvaje.

Apoyo los pies en el capó del coche, me tiemblan las piernas. Él se desploma sobre mí, con la cabeza sobre mi vientre, y se queda inmóvil hasta recuperar el aliento.

Se incorpora y sale de mí muy despacio, su miembro aún está semierecto y siento cómo se desliza en mi interior. Me da un mordisco en la parte interna del muslo antes de quitarse el condón. Gimo... y él me mira, sus ojos están verdes y brillantes, en ellos hay lujuria. El deseo nuevamente se apodera de mí y un calor intenso me invade el vientre.

—Pasa las piernas alrededor de mis caderas —me dice en voz baja.

Hago lo que él me pide. Me doy cuenta de que estoy desnuda de la cintura para abajo y que él está completamente desnudo. Pero bueno, ¿dónde he estado que no me he dado cuenta de que él se ha desvestido?

—Necesito mi ropa —digo con una voz ronca.

—No, cariño, mientras estés aquí lo último que vas a necesitar es tu ropa —me dice y me lanza una sonrisa sexi y pecaminosa.

Entramos en su casa y nos vamos directo a la ducha, donde una vez más damos rienda suelta a la pasión.

—¡Hola, buenos días! ¿Qué miras? —le pregunto, tapándome la cara con el brazo y tirando de las sábanas para esconder mi desnudez.

No sé por qué me avergüenzo, no después de la noche de sexo salvaje que hemos tenido.

—Estaba disfrutando de las vistas, no te tapes. Eres perfecta —me dice con voz suave.

Quito el brazo de la cara y lo miro atentamente buscando la verdad. Lo que encuentro en su mirada hace que mi corazón se acelere y esas tan deseadas mariposas revoloteen en mi estómago. No, eso no me puede estar pasando, seguramente estaré sobre el efecto de los múltiples orgasmos que él me ha proporcionado.

—¿Todavía sigues viéndote con tu exmarido?

—Íntimamente, no. Lo único que nos une ahora mismo son los niños —le contesto. Y tengo que bajar la cabeza, pues no soy capaz de sostener su intensa y penetrante mirada.

—¿Todavía lo sigues queriendo? —me pregunta con voz queda. Y a continuación tira de las sábanas lentamente, revelando poco a poco mi cuerpo desnudo.

—No —respondo con un hilo de voz.

Otra vez me encuentro hipnotizada por su mirada. Percibo cómo se aproxima lentamente, mi respiración se altera, mi piel se calienta. Un desmesurado deseo se apodera de mí.

—Bien —susurra en mi boca.

Introduce las dos manos entre mis cabellos, manteniendo mi cabeza sujeta. Y se apodera de mi boca, su beso es exigente, su lengua persuasiva. Gimo y me entrego a ese beso con la misma pasión. Desliza una mano desde mi columna hasta la curva de mi trasero y me empuja con determinación hacia su erección. Vuelvo a

gemir al sentir su miembro duro presionando el centro de mi placer. Lo deseo, lo necesito, ahora... Pero, justo en este instante, un sonido persistente e inoportuno rompe el hechizo.

—Es mi móvil, debo contestar. Puede que sea del hospital —le digo con pesar y me levanto.

Tras rebuscar en el enmarañado de ropas, zapatos y todo lo demás que ha ido recogiendo José del suelo, encuentro a mi móvil. Miro la pantalla y compruebo que es Roberto, Dios quiera que mis tesoros estén bien.

—Hola, Roberto. ¿Los niños están bien?

—Sí, estamos todos bien. Acabamos de llegar a Málaga, necesito que me des tu dirección —me dice como si nada, como si yo lo estuviera esperando.

—¿Cómo que estáis en Málaga? ¿Cómo se te ocurre traerlos?

—Pensé que te gustaría tenerlos aquí para que puedan ver a su tía —me dice con un tono de decepción en la voz.

Después de hablar con Eugenia, la hermana de Héctor, paso su dirección a Roberto para que él pueda llevar a los niños a su casa. José no ha hecho ningún comentario, simplemente se ha levantado y se ha ofrecido a preparar un café mientras yo me ducho y me arreglo. Me doy una ducha rápida y me visto con mi arrugada ropa, luego sigo el aroma del café recién hecho.

Encuentro a José apoyado en la encimera de la cocina esperándome, con una humeante taza de café en las manos, vestido únicamente con un bóxer blanco. Siento un ardor en las mejillas, demasiado tarde para mojígaterías. Él me lanza una sonrisa pícaro y me pasa la taza de café. Al cogerla nuestros dedos se rozan y un hormigueo me recorre todo el cuerpo.

—Gracias —digo con la voz ronca.

—No hay de qué. Siéntete como en tu casa. Me voy a arreglar y después te llevo.

Vamos todo el camino en el más profundo silencio, no sé qué decirle. Nunca he estado en una situación como esta. ¿Qué se suele decir cuando se despide a un rollete de una noche? «Gracias, ha estado muy bien, follas de maravilla» o «Gracias por la noche de sexo salvaje, he disfrutado mucho». ¡Puaj!, mejor me no digo nada. Siento su mano en mi rodilla y me sobresalto.

—Ya llegamos —me dice. Lo miro y me pierdo en sus ojos avellanas.

—Gracias por todo —digo con un hilo de voz y me giro para abrir la puerta.

—¡Espera! —Me sujeta por la muñeca y me atrae hacia él, envolviéndome con sus fuertes brazos.

Su boca hambrienta se apodera de la mía y su lengua explora y domina cada rincón. Nunca he sido besada así, con tanta desesperación, urgencia, pasión... Nos apartamos, puesto que apenas podemos respirar. Él apoya su frente en la mía y sin recuperar el aliento me dice:

—Te dejaré una tarjeta con todos los números de teléfono en los que me puedes localizar, y me vas a prometer que si necesitas algo me vas a llamar —me dice con voz autoritaria.

Aún estoy bajo el efecto de su poderoso beso y no tengo ni idea de a qué se está refiriendo.

—Prométeme, Helena, que me vas a llamar si algo te pasa a ti o a los niños. —Su mirada es seria, y en sus ojos ya no hay deseo, sino temor.

No entiendo su preocupación, no puedo pensar en otro motivo para llamarlo que no sea para echar un polvo pervertido. Decido no llevarle la contraria. Tomo la tarjeta de su mano y la guardo en mi bolso. A continuación me bajo del coche y observo como se va. Un sentimiento de pérdida se apodera de mí, provocando que mis ojos se llenen de lágrimas. Respiro hondo y toco el timbre. No puedo perder mi tiempo en sensiblerías.

Paso la yema de los dedos sobre la tarjeta que me ha dado José, ya han pasado tres meses desde la última vez que nos vimos. No he sido capaz de olvidarlo, creía que era solo una noche de sexo, sin embargo no me lo puedo quitar del pensamiento. Tengo su sonrisa y sus ojos avellanas grabados en la retina.

He tenido la tentación de llamarlo varias veces, pero la inseguridad ha podido conmigo. ¿Qué le voy a decir? «Mira, guapo, necesito que vengas a socorrerme, tengo un problema de calentura y tú eres el único que puede solucionarlo»... Ja, ja, ja, ni loca. Si por lo menos pudiera hacer uso de mi caja roja. Sin embargo, después de conocer al original, *blue man* no tiene nada que hacer, tampoco sus compañeros. Podría llamarle para invitarlo al cumpleaños de los niños. ¡Sí, claro!, seguro que le hará más ilusión que un dolor de muelas, dictamina con sarcasmo mi subconsciente.

—Mami, mami. —Fabricio entra llorando en la cocina.

—¿Qué pasa tesoro? —le pregunto.

—Sofía me ha dicho que la tarta será de Monster High. Ya no quiero celebrar mi cumpleaños, todos mis amigos se van a reír de mí —me dice con la voz congestionada por las lágrimas.

¡Virgen santa! Ya no sé qué hacer con esa niña, cada día está más difícil. Me estaba preparando para llamarla a voces, pero justo en ese momento entra en la cocina.

—¿Se puede saber qué historia es esa que le has contado a Fabricio? —le pregunto con un tono de voz que no deja lugar a dudas sobre lo enfadada que estoy.

Mi niña me mira recelosa y, con una vocecita de quien nunca ha roto un plato, me contesta:

—Mamá, es mi cumple y quiero una tarta de chica como la de mis amigas. Ya no somos bebés para seguir haciendo todo juntos, vamos a cumplir cinco años —me dice con aire teatral enseñándome sus cinco deditos.

Cinco años y con esa chulería, no quiero ni pensar lo que me aguarda.

—Para empezar, ya te he explicado que está feo mentir, mira cómo está tu hermano. Espero que esta sea la última vez, no dejaré pasar una más. Y, de momento, seguiréis celebrando juntos los cumpleaños, sois de la misma clase y tenéis los mismos amigos; cuando seáis mayores y tengáis amigos distintos, ya hablaremos. ¿Entendido?

—Sí. Perdona, no quería hacer llorar a Fabricio, yo solo quería una tarta rosa —me dice con la voz trémula y los ojos vidriosos.

Verla así me parte el alma, por poco no le digo que haremos dos tartas, una para niñas y otra para niños, pero estos no son los valores en los que los estoy educando. Para animarlos un poco, les propongo preparar las bolsitas de chuches que entregaremos a cada niño. Mis palabras caen como un regalo de reyes, ya nada más importa.

Capítulo 6

Nunca he deseado tanto que fueran las seis y media de la tarde, ya no soportaba más que mis niños me preguntasen la hora cada dos segundos. Por fin estamos en el parque infantil donde celebraremos el cumple y sus amiguitos ya empiezan a llegar. Son un total de dieciocho niños con sus respectivos padres, además de Alicia, Héctor y Roberto. Media hora después mi ex sigue sin aparecer. ¿Cómo puede ser tan ruin? Los niños lo llamaron ayer para invitarlo y dejaron claro la ilusión que tenían porque viniera. Mi hermana se da cuenta de mi desconcierto y me pregunta:

—¿Ya lo has llamado? A lo mejor le ha pasado algo.

—Lo que le pasa es que no tiene corazón.

Llega la hora de la tarta y deseo que por un milagro los niños no se den cuenta de que su padre no está. Estamos empezando a cantar cumpleaños feliz cuando Fabricio se levanta y dice:

—No podemos soplar las velas, mamá, papá todavía no ha llegado, y él me prometió que vendría.

Dios, mi corazón sangra por la decepción que veo en los ojitos de mi niño.

—Seguramente papá ha tenido un imprevisto en el trabajo. ¿Qué te parece si le apartamos un trozo de tarta y cuando llegue soplamos nuevamente las velas? Será como celebrarlo dos veces.

—Vale, es guay.

Me hermana me sujeta la mano y la aprieta dándome ánimos, y yo me contengo para no empezar a llorar delante de todos. Mi niña me mira y por un segundo creo ver en su carita que sabe que estoy mintiendo, que su padre no ha venido porque no ha querido. Por suerte no hay nada que le guste más a un niño que recibir regalos, y cuando sus amiguitos hacen cola para entregárselos, el mundo vuelve a sonreír para ellos.

Por la noche, después de acostarlos, llamo a Roberto y le pongo a la altura del betún. El muy desgraciado tiene la desfachatez de decir que tenía cosas más importantes que hacer y que no entendía a qué venía tanto drama. Es para matarlo. Encima mañana le corresponde estar con ellos. Cómo me gustaría desaparecer con mis niños para que él nunca más los viera.

—¿Ya tenéis todo listo? —les pregunto

—No, faltan la tarta y las velas —me dicen los dos.

Tenía la esperanza de que se olvidasen, solo espero que su padre les cante el cumpleaños feliz y les aplauda cuando soplen las velas. Coloco toda la tarta que sobró en una fiamblera junto con las dos velas, una de Monster y otra de Spiderman, al final encontré la solución para el dilema de las tartas.

Nos bajamos y soy incapaz de mirar a Roberto, ahora mismo tengo ganas de pegarle una patada en los huevos

—Muy bien. Ya sabéis lo que tenéis que hacer si me necesitáis, ¿verdad?

—Sííí —responden con impaciencia.

Les he comprado un móvil y les he enseñado cómo usarlo. Me siento un poco más tranquila sabiendo que ellos me pueden localizar en cualquier instante.

Miro cómo se van con el corazón en la mano. Tengo que salir, si me quedo en casa enloqueceré. Decido llamar a Alicia y me ofrezco para ayudarla a empaquetar. Dentro de dos meses, cuando nazca el bebé, ellos se trasladarán a Málaga.

—Hola, gordita, soy yo —la llamo por el portero antes de entrar, a pesar de tener la llave y el código de la alarma no me gusta entrar de improviso, a saber con qué escenas del *Kamasutra* me encontraré.

—Hola, pasa. Ya sabes que no tienes que llamar, para eso te he dado la llave —me dice y me abre la puerta

—¿Cómo pasaste la noche? —le pregunto.

—Regular, tu sobrino ha decidido jugar al fútbol toda la noche, estoy agotada —me dice y pasa las manos sobre su enorme barriga.

Le sonrío de forma comprensible.

Pasamos la mañana clasificando y empaquetando. De repente, en medio de unas cajas que todavía están sin cerrar, encontramos un álbum de fotos de cuando éramos pequeñas. Empezamos a mirarlo y a recordar lo felices que éramos, o eso pensaba yo.

—¿Te acuerdas del día que hicimos esta foto? —me pregunta, y su cara se transforma.

—Sí. Fue en la casa del tito Pedro, era su cumpleaños —le digo intentando hacer memoria de ese día.

—Él abusó sexualmente de mí, Helena. Y ese fue el día en el que todo empezó —me dice sin tapujos, con una voz distante, como si no se tratara de ella.

Cierro los ojos y respiro hondo. Desde que enfermó por huir bajo la lluvia sospeché que algo había pasado, y cuando rechazó la herencia se hizo evidente. Pero tenía un hilo de esperanza de que no se tratara de algo tan abominable.

Después de escuchar su dolorosa confesión, el mundo se me viene encima. ¿Cómo ha podido soportar dos años de continuados abusos?, ¿dónde estaba yo que no me percaté de lo que le pasaba? Dios, ¿cómo nadie se dio cuenta? El dolor me abrumba y empiezo a llorar descontroladamente.

—¡Oh! Alicia, perdóname. Perdóname por no haberme dado cuenta, por no haberte protegido de los ataques de mamá en estos últimos años. Perdóname...

Me quita las manos de la cara y me las aprieta suavemente.

—Chiss, no llores. Tú no eres la culpable de nada, el único culpable ya está muerto. Y te prometo que estoy bien, todo el dolor se ha quedado en el pasado.

Cada palabra de mi hermana es como un puñal en mi corazón, por más que intente tranquilizarme, no soy capaz de perdonarme, ¿cómo he podido estar tan ciega?, ¿cómo he podido sofocar esa verdad que estaba gritando a voces y pidiendo ser escuchada? Dios, nuestra madre, ella tiene que saber la verdad.

—Alicia, tenemos que contarle a mamá lo que te sucedió.

—Lo sé, pero temo su reacción —me dice con una voz serena y tranquila.

—Dios mío, ¿cómo has podido pasar por todo esto sola? Siento tanto no haber estado ahí para ti... —Otra vez el dolor me invade y no puedo controlar las lágrimas.

—Tú siempre has estado para mí. Te quiero, Helena, y no quiero que llores más por este tema. Ya lo tengo totalmente superado. —La miro a los ojos, y en verdad no veo ningún vestigio de sufrimiento, al revés, en sus ojos hay paz, felicidad, amor, perdón...

—También te quiero mucho, Alicia. Y te prometo que intentaré dejar el pasado atrás. Pero antes de cerrar este capítulo tenemos que contárselo a mamá. —La cojo de las manos y le doy un suave apretón—. No te voy a dejar sola, se lo contaremos juntas. De acuerdo.

—Gracias —me dice con voz emocionada. Sé que estás sufriendo por el vacío que nos está haciendo nuestra madre.

La confesión de mi hermana sofocó la preocupación que sentía por los niños, y mientras ella hace su sagrada siesta, yo termino de empaquetar todo. La necesidad de cafeína me obliga a preparar una humeante taza de café. Antes de sorber, olfateo su embriagante aroma.

—Hola —me dice Alicia desde la puerta de la cocina.

—Hola, bella durmiente —le digo.

—Has terminado de embalar todo, ¿tanto he dormido? —me pregunta mientras bosteza.

—Sí, eres una dormilona. Pero aprovecha ahora que puedes, cuando nazca el bebé y ya no dormirás en tu vida. —Le dedico una sonrisa burlona.

—Es lo que me dicen todos, pero mi niño será dormilón como yo, así que dormiremos los dos. —Me saca la lengua.

—Soñar es gratis, guapa.

—Casi se me olvidaba. Tengo pases VIPS para una superfiesta en el restaurante esta noche. También he invitado a Raquel.

Llevamos casi una hora delante del armario, intentando escoger un modelito para mi desesperada hermana. A ella le molesta que sus pechos sean tan exuberantes y con el embarazo todavía están más espectaculares. Yo daría cualquier cosa por unos pechos así. Por fin la convencí para que llevara un vestido de escote pronunciado y cruzado por delante en color granate que, al parecer, es el color preferido de Héctor. Cuando la vea le dará algo, estoy segura que será la embarazada más sexi del planeta.

Yo tampoco estoy nada mal. Me he decidido por un vestido en color azul marino con detalles de *strass* en toda la prenda; tiene manga francesa y gasa en la parte superior. Para completar unos taconazos de doce centímetros. Doy un último repaso a mi *look* y me gusta lo que veo reflejado en el espejo. Esta noche promete, tengo que quitarme de la cabeza a un cierto guardia de seguridad de ojos avellanas.

—Hola, Raquel. Me alegro de verte. ¿Cómo estás? —le pregunto y la abrazo. Llevaba sin verla desde el episodio de mi hermana.

—Hola, Helena. Lo estoy llevando, todavía cuesta asimilarlo, pero el tiempo lo cura todo.

—Eso es, amiga, el tiempo es la mejor medicina.

—Bueno, nada de hablar de cosas tristes. Vámonos a pasarlo bien, que la noche promete —me dice y me lanza una sonrisa, no obstante esta no llega hasta sus ojos.

—¿Ya has echado el ojo a alguna víctima? —le pregunto con un tono divertido.

—Sí, mira a tu izquierda, cerca de la barra. ¿Ves el morenazo con traje azul?

—Sí, y también veo a la rubia que está con él —le digo y doy un repaso a la chica que está a su lado, que es espectacular.

—Ella no está con él, sino con el que está de espaldas pagando las bebidas.

Miro atentamente esperando y deseando que se gire para poder ver su cara. Y al hacerlo, casi me da algo, es José. Siento cómo la sangre se va de mi cara y un dolor agudo me inunda el pecho. Ese debe de ser el tipo de mujer con la que él está acostumbrado a relacionarse, no una como yo, separada y madre de dos niños pequeños. Aparto la mirada y cambio de posición, no quiero que él me pille mirándolo.

—¿Qué te parece mi elección para follar? —me pregunta con una sonrisa pícaro en la cara.

—Me parece que eres una chica con muy buen gusto, ahora quiero ver cómo vas a meterlo en tu cama. —Como si yo no supiera, con lo guapa y sexi que es, que no tardará ni dos segundos en tenerlo comiendo en su mano.

Mi teléfono empieza a sonar, y mi corazón deja de latir al ver en la pantalla la foto de mis angelitos. Salgo corriendo sin decir nada a Raquel, y en mi apresurada carrera me tropiezo con un cuerpo fuerte y musculoso.

—Perdona —me disculpo y sigo, sin mirarlo, no puedo detenerme.

—Helena. —Escucho mi nombre, giro la cabeza y para mi sorpresa es José. Su amiga está colgada de su brazo y me observa con mala cara.

—Lo siento. Tengo mucha prisa. Adiós —le digo y continúo mi camino sin mirar atrás. Nada más cruzar las puertas de cristal de la terraza, llamo a mi niño.

—Hola, tesoro. ¿Está todo bien?

—Mami, papá está peleando con el hombre malo —me dice Fabricio entre sollozos.

Bajo las escaleras de dos en dos, con el corazón en la mano. Procuero controlarme para no asustarlo, y le pregunto.

—Tesoro, ¿está Sofía contigo?

—Sí, mami, quiero irme a casa. Mamá... —Su llanto asustado me enloquece.

Me cuesta respirar y me tiemblan tanto las manos que no soy capaz de encontrar las llaves del coche dentro del bolso. Mis tesoros, por favor, Dios, protégelos. No dejes que nada malo les pase. Suspiro aliviada al encontrarlas.

—Tesoro, todo va a estar bien, mamá ya está de camino. ¿Estáis en la casa de papá? —le pregunto con un hilo de voz.

—Sí... —Escucho el llanto descontrolado de mi niña. Dios, que impotencia, como les suceda algo...

Al acercarme al coche el teléfono se conecta automáticamente al manos libres, me apresuro a entrar para seguir hablándole.

—Cariño, coge a Sofia, os metéis en la habitación y cerráis la puerta con llave —le digo y salgo como una loca, ignorando todas las normas de circulación. Lo único que me importa es llegar donde están ellos.

—Vale mamá, no tardes. Tengo miedo, el hombre malo ha dicho que va a matar a papá.

Dios, como les pase algo quien lo va a matar soy yo.

—Muy bien, tesoro, ya casi estoy llegando —le digo.

Por suerte, o por un milagro divino, no cojo ninguno semáforo en rojo. En doce minutos atravieso la ciudad y aparco el coche delante del edificio de Roberto, el portero me reconoce y me deja entrar. Y en dos minutos, que para mí parecieron horas, estoy delante de su puerta tocando el timbre.

—Hola, Helena. ¡Qué sorpresa! No te esperaba por aquí. Pero me alegro mucho de verte —me dice con la mirada desenfocada por el alcohol, o a saber qué más cosas se ha metido.

—Quítate de mi camino, he venido a por los niños. —Le quito de en medio casi tirándolo al suelo.

—¿Quién es esa fierecilla? No había planeado un trío para esta noche, aunque con tremendo pibón puedo hacer una excepción —dice el amigo de Roberto, poniéndose de pie y tocándose el pene.

—No te metas, es la madre de mis hijos.

Escucho cómo Roberto le contesta, mientras sigo mi camino hasta la habitación.

—Fabricio, Sofía, es mamá, podéis abrir la puerta —les digo ansiosa por comprobar que están bien.

Enseguida me abren y me desmorono en el suelo. Cojo a cada uno con un brazo, pegándolos a mi cuerpo en un abrazo bien apretado, necesito sentirlos. Los dos lloran copiosamente.

—Chis... ya pasó, mamá está aquí. Todo va a estar bien.

—Quiero irme a casa, mami, quiero mi muñeca —me dice Sofia entre sollozos.

—Mami, tenemos que ayudar a papá. El hombre malo le hizo pupa, tenía sangre en la nariz —me dice mi observador niño, ya más tranquilo.

—Ya lo he ayudado, papá está bien. Ahora nos vamos a casa. Hablaremos con él mañana, cuando no esté con el hombre malo —le digo controlando mi ansiedad, estoy a punto de perder la compostura.

Cojo a Sofia en brazos, está prácticamente dormida por el agotamiento. Fabricio es sorprendente, sin que yo le diga nada coge su mochila y la de Sofia y se dirige a la puerta de entrada, esperando a que yo salga para cerrarla. No se despide de su padre ni yo tampoco, lo único que quiero es largarme de aquí lo más rápido posible.

Siento un alivio profundo tras instalarlos en el coche y ponerlo en marcha. Al llegar a casa diviso el coche de José aparcado en la entrada de la cochera. Tengo que pitarle para que se quite. Y con una sorprendente maniobra lo aparca en la acera de enfrente, se baja y, enseguida, se mete en mi coche ante mi atónita mirada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto enfadada, tras haberme recuperado de la impresión.

—Te he visto salir corriendo del restaurante y me imaginé que les había sucedido algo a los niños. He venido lo más rápido que he podido.

—Hola, José —dice mi niño con una vocecita somnolienta.

—Hola, campeón. Choca esos cinco —le dice, y Fabricio encantado le choca la mano.

—Nadie te ha pedido que vinieras. Bájate y vuelve por donde has venido —le digo en voz baja para que mis amores no me escuchen.

«Vuelve con tu cita espectacular, seguro que ella estará sintiendo tu falta», pienso, pues jamás le daré el gusto de admitir que estoy celosa.

Me bajo del coche y saco primero a Fabricio. Cuando estoy dando la vuelta para sacar a Sofía, José se me adelanta y la coge en brazos.

—No pienso ir a ninguna parte —me dice con determinación.

Lo fulmino con la mirada y voy caminando por delante, con mi niño cogido de la mano.

Sofía se despierta y empieza a llorar nada más poner la cabeza en la almohada, Fabricio también está alterado. Me cuesta tranquilizarlos, y cuando por fin concilian el sueño, lo primero que hago es llamar a mi hermana; no quiero preocuparla y no me queda más remedio que inventar una excusa. También le pido que se

disculpe con Raquel por mí.

Capítulo 7

Retorno al salón sin hacer ruido, deseo con todas mis fuerzas que José esté dormido en el sillón, no tengo fuerzas para lidiar con él. Pero, para mi sorpresa, encuentro el salón totalmente vacío. Seguro que estará en la cocina comiendo algo. Doy un repaso por la casa buscándolo, sin embargo no lo encuentro por ningún lado. Me siento decepcionada, ¿para qué ha venido si no tenía la intención de hablar conmigo? Idiota.

Empiezo a desvestirme y mientras lo hago despotrico contra José, Roberto, el mundo... tengo para todos. Estoy terminando de quitarme la última pieza, cuando unos brazos fuertes y musculosos me atrapan. Me preparo para gritar, pero antes de que pueda siquiera soltar el aire que estaba reteniendo por el susto, una mano me tapa la boca.

—Chis... soy yo cariño, no grites. No querrás despertar a los niños —me dice José con la boca pegada a mi oído.

—¿Qué haces en mi habitación?

—Creía que te haría ilusión que te esperara en tu cama —me dice con la voz ronca y me da un mordisco en el cuello.

Siento como una onda de placer me recorre todo el cuerpo, concentrándose en mi sexo.

—A mí no me hace ninguna ilusión, sin embargo estoy segura que a tu cita sí. Por lo tanto, vístete y lárgate de aquí.

—¿Estás celosa?

—Ya quisieras tú. A mí me tienes sin cuidado con quien te acuestas —le digo con indiferencia, pero en el fondo los celos me están consumiendo.

Me retuerzo en sus brazos intentando zafarme de su agarre y de sus enloquecedoras caricias.

—¡Suéltame!, y vete con tu amiguita. Seguro que ella apreciará tus servicios.

—Relájate, cariño. No soy partidario del incesto. —Se ríe y me da un mordisco en la oreja.

—¿Qué?! La rubia despampanante ¿era tu hermana?

—Sí, Helena, «la rubia» es mi hermana, y se llama Lucía. Así que creo que me quedaré.

Desliza los dedos muy suavemente por mi vientre, hasta llegar a mi sexo, donde posa la mano presionando mi clítoris.

Siento como se me aflojan las rodillas y un fuego líquido me inunda las entrañas. El deseo y la necesidad de tenerlo me hacen olvidar todos mis problemas.

—Tu hermana es muy guapa, no os parecéis en nada —le digo con voz queda.

Me pega todavía más a su cuerpo, puedo sentir su erección a través de la fina tela de sus calzoncillos.

—¡Cariño! Acabas de pisotear mi ego —susurra.

Su mano incrementa la presión en mi clítoris, provocando que mueva las caderas involuntariamente, y cuando introduce el dedo corazón en mi interior... gimo.

—No creo que tengas problemas con tu ego —le digo en un susurro, y sigo disfrutando de esa enloquecedora caricia.

Su respiración se vuelve pesada.

—Helena...

Pronuncia mi nombre despacio, saboreando cada letra.

—Permíteme que te adore, que saboree cada pedacito de tu cuerpo —murmura.

—Sí... —le digo y me derrito en sus manos.

Gimo cuando siento la ausencia de su mano, de su dedo... Posa las manos en mi cintura y se aparta, ya no siento el calor de su cuerpo.

—Eres preciosa, Helena.

Mueve las manos de mi cintura a mis hombros, y desliza la punta de los dedos por mi espalda hasta llegar a mi trasero. Me da un suave apretón en cada nalga. A continuación se arrodilla y siento el aire caliente de su respiración en el vértice de mis piernas... gimo, mi cuerpo arde de deseo.

—Tienes un trasero perfecto, me vuelves loco —susurra.

Pego un salto cuando pasa la lengua por la hendidura de mis nalgas. Dios, ¿qué pretende hacerme...? Roberto nunca se ha aventurado por esos parajes.

—José... por favor —suplico.

—Estate quieta. Apenas hemos empezado, preciosa.

No creo que mi cuerpo pueda soportar esa sobrecarga de placer. ¡Ah!, gimo.

Sus manos se deslizan suavemente por mis muslos, deteniéndose en las rodillas. Ahora es su lengua la que se encarga de enloquecerme, la siento por todos los lados. Y cuando se adentra por el interior de mis muslos en dirección a mi sexo... empiezo a temblar, ya no puedo más.

—Todavía no, Helena —me dice en voz baja y se levanta, situándose delante de mí.

Sigo con los ojos cerrados. Es tan excitante no saber cuál será su próximo movimiento.

—Mantén los ojos cerrados —me susurra al oído.

Siento cómo se aproxima. Pasa un brazo por mi cintura y tira de mí para pegarme a su cuerpo. Doy un respingo al notar su erección en mi vientre, está desnudo... gimo, y él aprovecha la oportunidad para invadir mi boca, su lengua caliente y experta me domina los sentidos. Subo los brazos y le rodeo el cuello, necesito tocarlo, sentirlo. Casi me corro cuando baja la mano por la hendidura de mis nalgas, hasta que sus dedos alcancen mi sexo... gimo en su boca.

Me encuentro sin aliento cuando su boca abandona la mía. Abro los ojos y le miro embelesada, es el hombre más sexi que he visto en mi vida. Su boca está entreabierta, sus labios están húmedos e hinchados por nuestros besos, sus ojos brillan de lujuria. Se me seca la boca. Doy un paso atrás abrumada por el deseo, sin embargo el borde de la cama me impide ir más lejos, nunca me había sentido así.

Con un movimiento digno de un felino, él se aproxima y me tira sobre la cama, sentándose a horcajadas sobre mí. Me coge las dos manos y las sujeta a ambos lados de mi cabeza. Se inclina sobre mí, su boca a escasos centímetros de la mía. Estoy hipnotizada por la intensidad de su mirada, deseo sentirme así el resto de mi vida, es aquí a donde pertenezco, es aquí donde quiero estar, con él... siempre. Mi corazón deja de latir cuando entiendo la naturaleza de mis sentimientos.

Su boca se apodera de la mía y todo pensamiento coherente se esfuma; mi cuerpo se traslada a otra dimensión, mi alma va al encuentro de la suya. De repente el beso se transforma, ya no es dulce. Ahora su lengua me devora, me consume, y yo me dejo llevar, correspondiéndole con la misma intensidad.

—¿Qué me estás haciendo? Nunca pierdo el control. Pero ya no puedo esperar, necesito estar dentro de ti.

Con un movimiento rápido se tumba sobre mí y me penetra con una sola estocada, llegando hasta el fondo de mis entrañas y dejándome sin aliento. Se queda inmóvil un instante, me mira como si esperara mi consentimiento para seguir.

—Sí... por favor, no pares —le digo con voz queda.

Suelta la respiración y empieza a moverse de manera frenética, entrando y saliendo casi totalmente de mí, para volver a entrar con una fuerte estocada.

—Helena —murmura.

Gira la cadera, cambiando el ángulo, ahora lo siento todavía más profundo... gimo alto cuando toca un punto que yo ni siquiera sabía que existía. Deslizo mis manos por sus hombros envolviéndole el cuello, cierro los ojos y me entrego a ese baile sensual y primitivo. Vuelve a inclinarse sobre mí y siento su respiración trabajosa junto a mi oreja. Sigue entrando y saliendo de mí... cada vez más y más rápido, acercándose a la liberación.

—Eso es, cariño, córrete conmigo —me pide con la voz ronca y llena de necesidad.

Mi cuerpo se tensa al oír el sonido de su voz y siento cómo el orgasmo se apodera de mí. Echo la cabeza hacia atrás y me convulsiono de placer alrededor de su miembro, apretándolo en mis entrañas, provocando que su cuerpo se tense y sus embestidas se vuelvan descontroladas.

—Oh, Helena... —dice con un jadeo.

Me da un mordisco en el cuello y con una última estocada se abandona al clímax.

Se desploma a mi lado, llevándome con él y apoyándome en su pecho. Nos quedamos en silencio disfrutando de esa deliciosa sensación de plenitud. Poco a poco mi respiración se va normalizando y mi cuerpo va bajando de las nubes, volviendo a la realidad. Doy un respingo al darme cuenta de que no hemos utilizado protección. Dios, qué irresponsabilidad, apenas lo conozco.

—José, no hemos utilizado protección —le digo avergonzada.

Él me mira como si me hubiera salido otra cabeza.

—No sé qué me ha pasado, nunca se me había olvidado. ¿Debemos de preocuparnos por un embarazo indeseado?

Sus palabras me provocan un dolor en lo más profundo de mi alma. ¿Cómo un niño nuestro puede ser algo no deseado? Yo estaría encantada de llevar un hijo suyo en mi vientre. ¿Eres tonta?, despierta Helena, aquí no ha habido nada más que sexo, del bueno, eso sí. Pero sexo puro y duro. Me trae de vuelta a la realidad esa vocecita aguafiestas que tengo instalada en mi subconsciente.

—No te preocupes, utilizo métodos anticonceptivos. En realidad, lo que a mí me preocupa son las enfermedades de transmisión sexual. ¿Debo de preocuparme y hacerme un chequeo urgente? —le pregunto con saña.

—No, Helena, puedes estar tranquila. Acabo de hacerme un control y estoy limpio, además, esta es la primera vez en mi vida que no uso condón.

—Bien, creo que deberías irte. No quiero que los niños te vean aquí cuando se despierten y ya está amaneciendo —le digo con voz firme.

Me levanto y me dirijo al cuarto de baño, quiero borrar cualquier rastro suyo de mi cuerpo, ya que de mi corazón será imposible. Amargas lágrimas escurren libremente por mis mejillas, mezclándose con el agua caliente que cae de la ducha. Apoyo la cabeza en la pared, y dejo que el agua resbale por la espalda, por los hombros, masajéandome, reconfortándome. Entretanto, mi mente me tortura reviviendo cada momento, cada susurro, cada gemido, cada orgasmo...

Salgo de la ducha y me siento aliviada por no encontrarlo en mi habitación, espero no verlo nunca más. Escojo una camiseta de mi cajón depresivo, o sea, vieja y llena de agujeros. Enseguida me voy a la cocina a desahogar mis penas. Hora de poner las manos en la masa, literalmente.

—¡Joder! ¿Es que quieres matarme de un susto? ¿Qué diablos haces todavía aquí? —le pregunto con el corazón en la mano tras encontrarlo cómodamente sentado en mi cocina, disfrutando de un emparedado y un batido de chocolate.

—Tenía hambre. Te he preparado uno —me dice y me regala una sonrisa *incendibragas*, suerte que no las llevo o estarían en llamas.

—No debías de estar aquí, más bien deberías de estar en Málaga —le digo sin mirarlo a la cara.

—Estoy viviendo aquí —me dice y sorbe de la pajita.

El ruidito que esta acción provoca me desconcentra y ya no sé por qué estaba enfadada.

—¿Desde cuándo llevas viviendo en Sevilla? —le pregunto decepcionada. Ha estado tan cerca de mí, sin embargo no se ha interesado en verme.

—Tenemos que hablar, Helena —me dice con un tono serio en la voz.

Levanto el brazo para coger el café y escucho cómo él se atraganta con el batido, ¡joder!, estoy sin bragas, ya se me había olvidado. Tendré que conformarme con la infusión que está en la encimera. Cuando termino de prepararla me doy la vuelta y él me está comiendo con la mirada.

—No creo que tengamos nada de qué hablar —le digo, no permitiré que él pisotee mis sentimientos.

—Estás muy equivocada, cariño. Tenemos mucho de qué hablar, pero por ahora hablaremos de tu exmarido.

—De mi exmarido ya me ocupo yo, tú no pintas nada en este cuento —le digo y lo miro sin entender a qué viene su interés por mi ex.

—Otra vez te equivocas, Helena. ¿Qué pasó para que te fueras corriendo a por los niños? —me pregunta muy serio.

—Fabricio me llamó diciendo que un hombre malo estaba pegando a su padre. Y cuando llegué a su casa había un individuo con él, tenía mala pinta y ambos estaban completamente drogados —le digo y el remordimiento se apodera de mí. Si les hubiera pasado algo a ellos, jamás me lo habría perdonado. Llevo varios meses desconfiando de Roberto, sin embargo no he hecho nada.

—¿Desde cuándo está tu exmarido involucrado con ese tipo de gente? —me pregunta, y me mira atentamente esperando una respuesta.

—No lo sé, nunca lo había visto con gente de esa calaña, y mucho menos bebido o lo que fuera que estaba ayer.

—Gracias a Dios no ha pasado nada. Pero cuando pase algo así, lo primero que tienes que hacer es llamar a la policía. Te pido que hables con tu abogado y le pongas al corriente de lo que pasó, él te dará las pautas a seguir, por si tienes que pedir la suspensión de la custodia —me dice en tono preocupado.

Me siento impotente, porque si ahora decido denunciarlo, será mi palabra contra la suya. Tengo que encontrar la manera de proteger a mis niños, no voy a permitir que les pase nada. Las lágrimas me nublan la visión y ya no puedo detenerlas.

—¡Hey! No llores. Ya verás como todo se solucionará. No estás sola, Helena.

Necesito creer en sus palabras, necesito creer que mis hijos van a estar bien.

Él me sujeta la cara con ambas manos y cierro los ojos al sentir sus labios sobre los míos, los suyos son carnosos y suaves. Me estremezco cuando siento su lengua deslizarse por mi labio inferior; lo lame, lo chupa y lo mordisquea con suavidad antes de adentrarse en mi boca.

Su miembro se pone duro y me retuerzo en su regazo buscando más contacto. Gime y me envuelve con sus brazos, apretándome contra de su cuerpo, sus manos están por todas partes. El beso se transforma, ahora es primitivo, hambriento. Me devora la boca con su lengua caliente y persuasiva.

—Helena, te deseo, aquí, ahora... —susurra en mi oído y me muerde el lóbulo de la oreja.

—Sííí —le digo y echo la cabeza hacia atrás, dejando mi garganta libre a sus besos, mordiscos, lametones...

Grito alto cuando mete el dedo corazón en mi sexo, todo mi cuerpo se contrae de placer.

—José... —Lloriqueo.

—Mami, ¿qué estás haciendo sentada en el regazo de José?

Casi me da un infarto al escuchar la vocecita somnolienta de mi niña. Maldita sea mi suerte, y eso que estamos apenas empezando el día.

—Buenos días, tesoro. Mamá tenía algo en el ojo y José me lo estaba quitando —le digo controlando las ganas de echarme a reír, o de llorar, todavía no lo tengo claro.

Me preparo para levantar, pero antes José me susurra en el oído. «Más bien quiero meterte algo por el ojo».

Capítulo 8

El siguiente en asomarse a la cocina es Fabricio, suerte que fue Sofía la que entró primero, porque mi niño se hubiera quedado quietecito observando lo que estábamos haciendo. Tengo que ser más cuidadosa, no puedo dejar que las hormonas me dominen.

—Hola, tesoro. Buenos días. —Lo abrazo y le doy un besito en las mejillas.

—Buenos días, mami. Hola, José.

—Hola, campeón —le dice José, y se levanta para hacer sitio en la mesa para ellos. Sofía está encantada, actúa con José de la misma manera que con Héctor, creo que mi niña tiene buen ojo para los hombres guapos.

Empiezo a preparar el desayuno de mis amores, y siento el cuerpo de José pegado al mío, presionándome contra de la encimera.

—Cariño, creo que es mejor que te vayas a poner algo de ropa, estoy a punto de perder la cabeza —me susurra en el oído y me da un mordisco en el cuello.

Trago saliva y por poco no tiro al suelo el cartón de leche. Dejo los niños en la cocina con José y voy a la habitación a por algo más decente. Dios mío, ¿qué es lo que estoy haciendo? No puedo involucrar a los niños en esto, no es justo para ellos. Salgo de la habitación decidida a poner fin a este *juego de las casitas*. Pero, al entrar en la cocina, me quedo sin habla al escuchar a Fabricio.

—José, el hombre malo ha dicho que matará a papá, tú no dejarás que lo haga ¿verdad? —le pregunta Fabricio con lágrimas en los ojos.

—No, campeón, el hombre malo no hará nada a tu padre —le dice José mientras le revuelve el pelo, sacándole una sonrisa de felicidad.

—Te puedes quedar aquí, así el hombre malo no te hace pupa —le dice mi niña.

—Puedes dormir en la cama de mamá. Es una cama muy grande, Sofía y yo también dormimos ahí cuando nos despertamos por la noche —le dice Fabricio, siempre en busca de soluciones.

Opto por intervenir antes de que José responda algo que pueda desilusionar a los niños, o a mí...

—Niños, no agobiéis a José. Terminad vuestro desayuno antes de que se enfrie.

Después del desayuno José baja con los niños para jugar al patio. Yo aprovecho para recoger la cocina y pensar en todo lo que había pasado, ya no sé cómo actuar. Me estoy preparando para bajar y unirme a ellos, cuando suena el telefonillo.

—Sí, dígame —respondo sin muchas ganas, seguro que se han equivocado.

—Helena, soy yo, abre —me dice Roberto. No me puedo creer que tenga la cara tan dura como para venir aquí.

Le abro y le espero en la puerta, suerte que los niños no están. Roberto me va a escuchar y estoy segura de que no será una conversación agradable.

—¿Cómo has podido ser tan irresponsable? —le pregunto nada más ver su cara.

—No me grites. ¿Dónde están los niños? —me pregunta y hace un recorrido con la mirada en busca de alguna señal de ellos.

—¡Ahora te preocupas! Ayer no parecía que te importaran una mierda. ¿Cómo has podido llevar a un delincuente a casa estando tus hijos contigo? Encima estabas drogado. ¿¡Es que te has vuelto loco!?! —le digo histérica.

—Tranquilízate, ¿quieres? No tienes por qué ponerte así, no ha pasado nada —me dice y me mira como si la loca fuera yo.

—¿¡Tranquilizarme!?! Todavía no me has visto nerviosa. Olvídete de ver a los niños, no voy a permitir que te los lleves en estas condiciones. Si quieres seguir viéndolos, tendrá que ser aquí.

—Eso no lo decides tú, para eso tenemos un convenio regulador dictado por un juez.

El salón empieza a dar vueltas, me ahogo. Nunca en mi vida me imaginé en esta situación, no me puedo creer que Roberto sea tan cruel.

—No hace falta que me mires con esa cara. Sé que no he actuado bien, ayer un amigo de la universidad se presentó en mi casa sin ser invitado y bebimos más de la cuenta. No volverá a pasar, te lo juro, y, para mostrarte que estoy arrepentido, no me opondré a venir a tu casa para ver a los niños.

Vuelvo a la vida, por fin puedo respirar. Sin embargo, una lucecita se enciende en mi interior. ¿Qué está buscando Roberto? Él nunca hace nada pensando en los demás, sus intereses siempre van primero.

—No vayas por ahí, que te conozco. Estoy esforzándome para hacer lo correcto, Helena. Te lo prometo —me dice y parece estar diciendo la verdad.

Estaré atenta e intentaré no discutir con él, no me conviene. Tengo que hablar con mi abogado antes de tomar cualquier decisión.

—¿Dónde están? Me gustaría darles un abrazo antes de irme.

Algo dentro de mí me dice que no debo decirle la verdad.

—Hemos dormido en la casa de mi hermana, he venido a por ropa. Ha sido una casualidad que me encontraras aquí —le digo y me preparo para recoger la estatuilla del Oscar, de unos tiempos para acá estoy perfeccionando mis dotes interpretativas. Miento más que hablo.

Me siento en la terraza y me quedo mirando a la nada, estoy temblando. No quiero que los niños me vean así. ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? Me siento tan débil... Tener que ponerle buena cara a Roberto y hacer como si no hubiera pasado nada me va a costar mucho. Si de mí dependiera, él no estaría cerca de ellos nunca más.

¿Cómo me arrepiento de haberme casado con él! Cada día que pasa estoy más segura de que no me casé por amor y sí por cobardía. Me atemorizaba ser madre soltera y preferí tomar el camino más cómodo. Después me convencí de que lo amaba y empecé a vivir un cuento de hadas. Pero la realidad es que mi matrimonio siempre fue una farsa y ahora mis hijos están pagando el precio de mi error.

—Helena.

Escucho a José llamándome y en su voz hay preocupación. Dios mío, ¿les habrá pasado algo a los niños? Salgo desesperada de la terraza y me choco con él.

—¿Estás bien?, ¿te ha hecho daño?, ¿qué quería? —Me abraza y me acribilla a preguntas.

Me doy cuenta de que su preocupación es por mí. Disfruto de su abrazo, me siento tan bien en sus brazos.

—¿Habéis coincidido? —le pregunto, al darme cuenta de que tal vez he sido descubierta en mi mentira.

—No, hemos venido por las escaleras. Cuando estábamos subiendo el segundo tramo, he escuchado las puertas del ascensor abrirse y lo he visto salir.

—¿Él te ha visto? —le pregunto.

Su cuerpo se pone tenso y me aparta de sus brazos.

—¿Te preocupa que él te vea conmigo?

—No es eso. Cuando él me preguntó por los niños, le he dicho que estaban en la casa de mi hermana y que yo estaba a punto de salir.

—Vale. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero tienes que mantenerte alejada de él.

Hago un movimiento afirmativo con la cabeza. Sin embargo, no le digo nada sobre que ahora lo tendré en mi casa dos veces a la semana y un fin de semana cada quince días. Hablaré con mi abogado, tiene que haber algo que podamos hacer para mantenerlo alejado mientras su comportamiento represente un peligro para los niños.

—Mami, hemos subido por las escaleras hasta el cuarto piso, después montamos en el ascensor, fue superguay —dice mi niña emocionada y con las mejillas coloradas por el esfuerzo, seguro que han subido corriendo.

—Ahora no usaremos más el ascensor, José ha dicho que hay que practicar deporte —dice mi niño, entusiasmado.

Lo que me faltaba, subir seis tramos de escaleras con dos niños y cargada de bolsas... ni de coña. Bastante deporte hago todos los días corriendo detrás de estos dos y dando clases a veintisiete niños de ocho y nueve años.

—Claro tesoro. José tiene razón, hay que practicar deporte.

Lo miro como diciendo, «esta me las pagas». Y él me lanza una de esas sonrisas tuyas que me deja atolondrada.

—Debo irme, tengo asuntos que atender en la empresa.

Asiento con la cabeza. Cómo me gustaría que las cosas entre nosotros fuesen diferentes.

—Helena, sabes cómo localizarme. Por favor, no te hagas la dura —me dice y desvía la mirada, como si quisiera esconder sus sentimientos.

—De acuerdo. Gracias por todo.

—Ha sido un placer —me dice con una sonrisa canalla en la cara.

Me da un suave beso en los labios y se despide de los niños. Nada de «te llamo luego o nos vemos después...», simplemente adiós.

La semana se arrastra lentamente. Roberto no ha venido el martes a ver a los niños, ellos están decepcionados y yo aliviada. He hablado con mi abogado, sin embargo él no me ha dado esperanzas. Como dijo José, debería haber llamado a la policía, ahora tendré que estar atenta para no cometer ningún error más. La seguridad de mis niños depende de mi templanza.

El viernes ha llegado y hoy, por fin, Roberto ha cumplido con su palabra. Después de cuatro horas de tortura para mí, y de inmensa felicidad para ellos, Roberto se va. No antes de leerles un cuento, bueno, medio cuento, pues siempre se duermen a la mitad.

Me despido de él con frialdad y cierro la puerta con llave, me apoyo en ella y cierro los ojos. El silencio, que siempre me tranquiliza, hoy me aterra. Desearía que los nenes estuviesen despiertos o que José estuviera aquí. Me duele pensar en él, me duele que no me haya llamado ni una sola vez. No le importo para nada, bueno, para nada no, para echar un polvo de caridad sí, porque seguramente es eso lo que significó para él, caridad. Qué deprimente, no puedo pasar todos los días pensando en un hombre que me quiere únicamente para el sexo. Tengo que olvidarlo. El sonido del móvil me libera de mi autocompadecimiento. Lo cojo y veo un número que no conozco.

—Sí, dígame.

—Hola, ¿estás bien? ¿Los niños están bien? —me pregunta José, y por el tono de su voz parece afligido.

Pensando en el diablo.

—Estamos perfectamente bien, ¿por qué lo preguntas? —le digo sin entusiasmo, ya que sé que su pregunta es puramente profesional.

—Acaban de comunicarme que Roberto ha estado más de cuatro horas en tu casa.

No me lo puedo creer, él me ha estado vigilando todos estos días y no ha sido capaz de llamarme ni siquiera para desearme los buenos días. Capullo de mierda, idiota, esfúmate de mi vida. Me desahogo mentalmente antes de abrir la boca.

—No tienes por qué preocuparte por nosotros. Hazme el favor de no vigilarme más.

—Helena, escúchame —me dice con un tono impaciente.

—No, escúchame tú a mí. No quiero que te metas en mi vida. Tampoco es necesario que te preocupes por mí. Roberto pasará con los niños los días que le correspondan, aquí, en mi casa. Así que no hay más motivos para que desperdicies tu tiempo conmigo. Adiós, José.

Le cuelgo sin darle tiempo a contestarme. Las lágrimas se deslizan por mis mejillas, no puedo impedir que caigan libremente. Pero es mejor así, estoy demasiado pillada para seguir con ese juego. Desde que lo conocí no he sido capaz de fantasear con mis elegidos, pero esa noche haré uso de mi caja roja del placer y David me hará olvidarme hasta de mi nombre...

Saco mi caja de su escondite, la dejo encima de la cama y cierro la puerta con llave. Necesito concentrarme y estar segura de que mis amores no me sorprenderán en algo imposible de explicar. Estoy terminando de quitarme la última pieza de ropa cuando escucho que están tocando el timbre de la puerta. Intento ignorarlo, sin embargo el molesto sonido sigue, y decido atenderlo antes de que despierte a mis peques. Me envuelvo en mi suave y mullido albornoz y salgo para averiguar qué quieren mis vecinos. Espero que sea algo importante: un incendio en el edificio, una invasión extraterrestre o que el moroso del quinto haya pagado los tres mil euros que debe.

Abro la puerta sin mirar por la merilla y, para mi sorpresa, la persona que se encuentra delante de mí no es otro que José, con cara de enfadado y más sexi que nunca. Trato de cerrar la puerta antes de que entre, no obstante él es demasiado rápido y en un parpadeo ya está dentro.

—Creía que había sido clara, pero al parecer no he debido serlo lo suficiente —le digo y me cruzo de brazos en una postura defensiva.

—¡Oh, sí! Has sido muy clara —me dice y me mira de arriba abajo.

Siento el calor de su mirada quemándome la piel, instintivamente cojo el cinturón del albornoz y lo ato en un nudo ciego.

—¿Crees que eso me va a detener? —me dice con la voz dominada por el deseo.

Doy varios pasos hacia atrás hasta chocarme con la pared. José se mueve en mi dirección como un felino presto a devorar su presa, tiene las narinas ensanchadas y sus ojos son como dos faros brillantes y salvajes. Mi respiración se acelera y mi corazón late tan fuerte que soy capaz de escucharlo. Estoy completamente perdida...

—Eres la mujer más cabezota, exasperante, imprudente..., y sexi que he conocido en mi vida —me dice con una voz oscura, pecaminosa.

No soy capaz de pensar, la lujuria me ha dominado y lo único que quiero es dejar que la pasión me consuma. Observo cómo se detiene a un paso de mí. Estira el brazo y encaja la mano en el cinturón del albornoz, luego le da un fuerte tirón, haciendo que yo prácticamente salte a sus brazos.

Me rodea la cintura con un brazo, pegando mi cuerpo al suyo. Su boca está a escasos centímetros de la mía. Suelta el cinturón y lentamente va subiendo su mano, deteniéndola en mi pecho. Lo envuelve y le da un suave apretón... Gimo y siento cómo mi pezón se endurece bajo la tela. Su mano sigue subiendo, metiéndose por la abertura del albornoz, quemándome la piel, hasta situarse en mi nuca, donde me envuelve el pelo y tira de mi cabeza, dejando mi cuello libre para su lengua, sus dientes, sus labios... Vuelvo a gemir y él aprovecha para saquearme la boca con un beso primitivo, visceral. Cuando se aparta, apenas puedo respirar.

—Dime que también lo sientes, que también lo quieres... —jadea.

—Sí, hazme el amor —le digo con la voz enronquecida.

Vuelve a apoderarse de mi boca, mientras sus manos se adentran por la abertura del albornoz. Me roza el pubis con la punta de los dedos, pero sus manos no se detienen ahí, siguen el camino por mis caderas, por mis nalgas y van bajando hasta situarse en mis muslos. Con un preciso movimiento, me levanta para que le envuelva la cintura con mis piernas. Gimo alto cuando mi sexo desnudo hace contacto con sus vaqueros y la aspereza de la tela mi estimula el clítoris.

—Me vuelves loco, Helena. No te puedo quitar de mi pensamiento —susurra en mi oído al depositarme en la cama.

«Yo tampoco te puedo quitar de mi pensamiento, de mi corazón...», pienso mientras miro cómo se desnuda, revelando pieza a pieza ese cuerpo hecho para el pecado. Observo en silencio cómo se da la vuelta y cierra la puerta con llave. Dios, qué culo más perfecto, me relamo los labios y me llevo las manos al cinturón, tengo que desatarlo sea como sea. Se gira y me mira con una sonrisa divertida.

—Tengo una idea mejor. —Me mira enigmático y coge su cazadora, de donde saca un manojo de llaves, pero al aproximarse percibo que es una navaja suiza.

La deposita en la cama y me coge por los tobillos, tirando de mí hasta que mi culo está en el borde de la cama. Estira la mano para recuperar su cuchillo, pero su vista se desvía a algo más alejado. Giro la cabeza para comprobar qué es lo que le ha llamado la atención, y me quedo blanca al darme cuenta de que es mi caja roja. Pego un salto e intento alcanzarla antes que él, sin embargo ya es tarde. Él ya la tiene en sus manos y está preparado para abrirla. ¡Santo cielo!, No lo puedo permitir.

Capítulo 9

—Dame esa caja. Ni se te ocurra abrirla —le digo con la voz trémula y extendiendo las manos para que me la dé.

Suelto el aire cuando hace amago de devolvérmela, pero cambia de opinión y me mira pensativo, luego me brinda esa sonrisa canalla. He sido descubierta.

—¡Pero bueno!, ¿qué tenemos aquí? Quién me iba a decir que detrás de esa carita de profesora anticuada se escondía una mujer a la que le gusta jugar duro. —Se relame los labios y me mira con lujuria.

—No es lo que estás pensando, dame esa caja —le digo procurando mantener la compostura para no empezar a llorar de vergüenza.

—Ni lo sueñes, cariño. Vamos a ver que hay aquí.

Me siento sobre las rodillas e impotente observo como vierte su contenido sobre la cama. Los mira y los examina uno a uno, después selecciona algunos y los vuelve a meter dentro de la caja. No entiendo lo que está haciendo.

—Esos de aquí los conservaremos —me dice mientras introduce los consoladores, vibradores, huevos, cuentas, lubricantes—. El resto no es de buena calidad, ya compraremos unos mejores.

—¡No puedes tirar a Andrés Velencoso!

No me lo puedo creer, lo he dicho en voz alta, ¡Dios!, es que no puedo ser más bocazas. Tengo ganas de que la cama se convierta en arenas movedizas para que me trague sin dejar rastro.

—Así que tienen nombre, ¡eh! ¿Pues sabes lo que te digo? Irán todos a la basura. Ya te compraré otros, y se llamaran SuperJosé, Orgasmos José, *Sexy* José, Follador José. Veo que nos entendemos —me dice muy serio como si estuviera celoso.

Vuelve a sacar de la caja todos los juguetitos con forma de falo y, como prometió, los tira a la papelera. Debería estar enfadada, pero tenerlo desnudo delante de mí, con una erección descomunal y una mirada salvaje, me ha encendido más que cualquier fantasía que haya tenido jamás.

—Ahora vamos a jugar de verdad —me dice con voz enronquecida y aparta el vibrador We Vibe 3, todavía sin estrenar—. Pero antes voy a desenvolver mi regalo.

Deja la caja en el banco que tengo al pie de la cama y me hace una seña con el dedo para que me ponga delante de él. Mi cuerpo ya no me pertenece y reacciona de inmediato, como si estuviera hipnotizado. Gateo por la cama hasta ponerme donde él me ha ordenado. Y en una fracción de segundo estoy desnuda y estirada en la cama con él entre mis piernas.

—Me encanta que estés completamente depilada —susurra y recorre todo mi sexo con la punta de los dedos.

Pasa la lengua sobre los labios y lentamente va bajando, hasta posar su boca en mi entrepierna. Me estremezco por la anticipación, pero, para mi decepción, únicamente me da un mordisco en el pubis. A continuación empieza una lenta y torturante ascensión hasta mis pezones. Y cuando los atrapa, su lengua, su boca y sus dientes se encargan de dejarlos hinchados y sensibles. Gimo profundamente al sentir cómo el placer viaja por mi cuerpo, llegando a lo más profundo de mis entrañas.

—José... —le digo con un suave ronroneo.

—Todavía no, Helena. Primero vamos a divertirnos un poco —me dice, y su lengua exigente invade mi boca en un asalto alucinante, dejándome sin aliento y temblando de deseo.

Inmediatamente empieza el camino hacia abajo, dejando besos y mordiscos a su paso. Y al sentir su húmeda lengua en mi sexo, convulsiono.

—Incorpórate un poco, amor. Quiero que veas cómo te beso, cómo te saboreo... —susurra.

Me apoyo sobre las manos y observo fascinada cómo me besa; su boca envuelve todo mi sexo y su lengua entra y sale de mi interior, una y otra vez..., cada vez más profundo. El placer es inexplicable. No duraré mucho tiempo, mi vientre empieza a temblar.

—José, por favor... —le digo echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

—No te contengas, cariño. Déjate llevar —me dice con la voz ronca.

Enseguida introduce dos dedos en mi interior y los mueve frenéticamente, dentro y fuera, cada vez llevándolos más profundo. Mientras tanto, sus labios hacen

presión en mi clítoris. Es enloquecedor. Ya no puedo contenerme más, grito de placer y me rompo en un descomunal orgasmo que hace que todo mi cuerpo se retuerza. Cuando encuentro las fuerzas para abrir los ojos, lo encuentro mirándome con satisfacción y relamiéndose los labios todavía empapados por mis fluidos. ¡Madre mía!, creo que soy capaz de correrme nuevamente simplemente con mirarlo.

—Qué deliciosa eres... quiero más...

Sus palabras prenden fuego a mi cuerpo y encienden nuevamente mi deseo. Lo miro con atención y veo que lleva en sus manos el vibrador. Al momento mi excitación alcanza el punto de ebullición y tiemblo.

—Vamos a ver de qué es capaz este juguetito —me dice con una sonrisa traviesa en los labios.

Me da un último lametazo y empieza a introducir el vibrador lentamente. Cuando la parte interior está en su sitio, posiciona la parte exterior en mi clítoris.

—Precioso... —murmura.

Coge el mando a distancia y enciende el aparatito. Gimo al sentir las primeras vibraciones. Y a medida que él va aumentando la intensidad, grito, gimo y muevo las caderas frenéticamente.

Cierro los ojos y me pierdo en el placer.

—Abre la boca, Helena —me dice con la voz dominada por la excitación.

Giro la cabeza en dirección a su voz y, al abrir los ojos, lo encuentro masturbándose delante de mi cara, con su pene a escasos centímetros de mi boca. Paso la lengua por los labios y abro bien la boca, para darle libre acceso a su gigantesca erección. Presiono los labios a su alrededor y él introduce lentamente su pene en mi boca. No sé si seré capaz de acogerlo totalmente.

—Relaja la garganta, quiero que te la tragues toda —susurra.

Esas eran las palabras que necesitaba para armarme de valor y dejarlo adentrarse hasta el fondo.

Él está dispuesto a matarme de placer. Sube la intensidad del vibrador y gimo, y al hacerlo él pierde el control.

—¡Joder! Sigueee...

Gime, gruñe, y pronuncia palabras incoherentes mientras entra y sale de mi boca.

Un cóctel de sensaciones que jamás había experimentado me invade y soy capaz de jurar que estoy viendo lucecitas de colores.

—José —jadeo.

—Un poco más, cariño, aguanta...

Hago un esfuerzo para contener mi inminente orgasmo, sin embargo es prácticamente imposible, mi cuerpo se agarrota y siento como mi vientre se contrae. Él reduce la intensidad del vibrador y, después de algunas embestidas más, sale de mi boca.

A continuación, con un ágil movimiento, se coloca en mi entrada y lentamente entra en mí, presionando el vibrador en el punto G.

—José... —grito.

Cruzo las piernas alrededor de sus caderas y clavo las uñas en su espalda, estoy completamente fuera de mí.

—Helena..., joder... esto es brutal... ¡Oh! —suelta un gruñido cuando aumenta de intensidad las vibraciones.

Creo que me desmayaré de placer.

—José... José... ¡Aaaggg!

Es demasiado intenso... me quemó... me muero.

Vuelve a reducir la intensidad y empieza a moverse con frenesí en mi interior. Apoya los antebrazos a cada lado de mi cabeza y me mira a los ojos.

—Helena... —susurra y se apodera de mi boca.

Soy transportada a otra dimensión, una que jamás imaginé que existía.

Nuestros movimientos están en completa y alucinante sintonía... y juntos llegamos al orgasmo.

—José...

—Helena...

Pronunciamos a la vez tras recuperar la lucidez y el aliento.

—Ha sido alucinante —le digo.

—El mejor orgasmo de todos los tiempos. Sin duda alguna, cariño, este juguetito tuyo irá a la lista de nuestros preferidos.

Le sonrío y me acurruco en su pecho.

—Helena, te prohíbo que uses cualquier artículo de esta caja sin que yo esté presente. —Lo miro con las cejas levantadas, estará de coña, ¿no?

—Lo digo en serio, Helena —me dice mirándome a los ojos.

—No creo que tú seas quién para decidir el uso que debo dar a mi caja —le digo en voz baja, pero sin desviar la mirada.

No voy a permitir que él me transforme en su juguete, jugaré con mi caja cuando me dé la gana.

—Una vez más te equivocas. Todavía no te has dado cuenta, pero ya no hay escapatoria.

—No sé a qué te refieres —le digo y siento cómo mi corazón da un vuelco.

Cómo me gustaría que él estuviera refiriéndose a los sentimientos que pudiera estar desarrollando por mí, sin embargo sé que se refiere a que somos compatibles sexualmente, ¡vaya si lo somos!

—Me refiero a que me gusta estar contigo y quiero que seamos pareja. ¿Qué me dices, Helena? ¿Qué sientes tú por mí?

Lo miro con la boca abierta, jamás pensé que él me fuera a decir eso, ni que fuera tan directo. Siempre lo he visto como a un hombre que le gusta disfrutar de su libertad.

—También me gusta estar contigo. Estoy empezando a sentir cosas por ti. —Empezando es una manera cobarde de decir cómo me siento, la verdad sería «estoy totalmente pillada por ti»—. Pero tengo miedo a iniciar una relación por los niños. No quiero que sufran —le digo.

Quiero estar con él, sin embargo la felicidad de mis tesoros está por encima de la mía propia.

—Ya lo sé, Helena. Tampoco quiero hacerles daño. Pero creo que tenemos algo bonito y fuerte creciendo entre nosotros, no quiero dejarlo pasar. Nunca me había sentido así.

Escucharlo hablar con tanta sinceridad me hace decidirme. Intentaré ver a dónde nos lleva esta relación.

—De acuerdo, lo intentaremos —le digo con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te arrepentirás —me dice y sella nuestro compromiso con un beso apasionado.

—Helena...

—Mmm...

—Necesito que me prometas que vas a estar atenta cada vez que Roberto esté aquí, no le des la espalda, por favor —me pide, y noto un cierto tono de desesperación en su voz.

—De acuerdo, te prometo que no le quitaré el ojo de encima.

—Bien, ahora vamos a dedicarnos a cosas más interesantes. Quiero seguir jugando —me dice con voz ronca.

Me despierto con una sonrisa en los labios. Estiro el brazo, pero la cama está vacía. Me siento decepcionada, no esperaba que él se fuera sin despedirse. Cojo mi móvil de la mesita de noche y me quedo horrorizada al mirar la hora que es. No me puedo creer que ya sean las diez de la mañana.

Me levanto y me visto con lo primero que encuentro y salgo disparada a la habitación de los peques. Al entrar me sorprende que esté vacía y con las camas hechas. Vuelvo a sonreír, eso indica que José no se ha ido. Me dirijo a la cocina, pero antes de entrar escucho las vocecitas de mis niños.

—José, ¿podemos despertar a mamá? —preguntan.

—Sí, niños. Vamos a por vuestra madre, ya está todo preparado —les dice José.

Me giro sobre los talones, me meto en la cama y me tapo con la manta. Luego finjo estar dormida, no quiero estropearles la sorpresa.

—Mami... mami..., despierta —me dicen mis nenes al unísono.

—Hola, mis amores. ¡Buenos días! —Se tiran a la cama y me abrazan. Miro por encima del hombro y veo a José apoyado en el umbral de la puerta mirándome con ternura. Gracias, le digo moviendo los labios. De nada, me responde de igual forma, y me lanza una sonrisa traviesa.

Sé muy bien qué significa esa sonrisa...

—Buenos días, mami. ¡Anda! Levántate rápido, te hemos preparado una sorpresa —me dicen eufóricos.

—¿Qué me habéis hecho? —les pregunto emocionada. Roberto nunca me ha hecho nada parecido.

—Es sorpresa, mami —me dice mi niña.

—La idea fue de José, pero nosotros le hemos ayudado —añade Fabricio, y entre los dos me cogen de las manos y me llevan a la cocina.

Cuando ya estamos a dos pasos, mi niña me pide:

—Cierra los ojos mami y no hagas trampas.

Entrando en el juego, me dejo guiar por ellos.

—Aquí mami, siéntate aquí —me dice Fabricio.

—Ahora puedes abrir los ojos, mami —me dice mi niña con su vocecita cantarina.

Los abro y delante de mí está el mejor desayuno de mi vida. Además de churros con chocolate, que adoro, hay zumo natural de naranja, frutas troceadas y yogur griego, otra de mis pasiones. Y lo más importante de todo, hay amor en cada detalle: en la flor recién cortada, en el dibujo de Fabricio, en los «te quiero» que escribió Sofia en una hoja con forma de corazón. Trago saliva y mis ojos se llenan de lágrimas. Pienso en todas las joyas que me han regalado Roberto y los niños, pero ninguna de ellas me emocionó tanto como este desayuno.

—Muchas gracias, ha sido la mejor sorpresa de mi vida. Os quiero mucho —les digo y los abrazo.

No puedo evitar mirar a José y al hacerlo mi mirada se pierde en la suya. El mundo alrededor desaparece, quedando apenas nosotros dos unidos por ese sentimiento tan poderoso, pero que ambos todavía no estamos preparados para admitir.

—¿Podemos comer ya? — pregunta Sofia rompiendo el encantamiento.

—Claro tesoro, empecemos...

Capítulo 10

El día ha sido perfecto. Tras el desayuno nos fuimos al zoológico, donde almorzamos y pasamos el resto de la tarde. Parecíamos una familia, no una pareja que acababa de iniciar una relación. Los niños estaban radiantes y la complicidad que había entre José y ellos era sorprendente. En ningún momento nombraron a su padre. Y a la hora de despedirse, Sofia armó una de las suyas. Quedamos en llamarnos por teléfono al día siguiente, ya que pasaré el domingo con Alicia. Tenemos que ultimar los preparativos para las fiestas de fin de año. Hemos decidido pasar la Navidad en la casa de los padres de Héctor y la Nochevieja la celebraremos en el restaurante, en una fiesta privada.

Aprovecho que los niños están dormidos para llamar a mi madre. Estaba decidida a no hablarle mientras siguiera con esta postura rencorosa contra de Alicia, pero creo que estas fechas son ideales para limar asperezas. La voy a invitar a pasar la Navidad con nosotras.

—Hola, mamá —le digo con cariño, olvidando todo el resentimiento que he sentido por ella estos últimos meses.

—Hola, Helena. ¿Qué tal estás, hija? Os echo de menos. ¿Cómo están mis angelitos?

Mi corazón se acelera, espero que este sea un paso hacia la reconciliación.

—También te echamos de menos, mamá, Tus nietos están para comérselos, han crecido un montón. Como pases más tiempo sin verlos, no los reconocerás —le digo y trago las lágrimas.

—Lo sé cariño, pero necesitaba un tiempo para mí, para pensar en todo lo que ha pasado en estos últimos tres años.

—Espero que este tiempo te haya servido para reconsiderar tu postura. Porque te llamaba justamente para eso, quiero que vengas a pasar las Navidades con nosotras —le digo y contengo la respiración.

—Lo siento, cariño, pero he empezado a trabajar, y me toca el turno de Navidad y Nochevieja.

—Bueno, otra vez será. Ya sabes dónde vivimos —le digo decepcionada y dolida. Tenía esperanzas que el poder de la Navidad obrara un milagro.

—No te pongas así, te prometo que cuando me toquen unos días de vacaciones los pasaré con vosotros —me dice con un tono impersonal.

—De acuerdo. Tengo que colgar, un abrazo y cuídate.

—Adiós, hija. Que Dios os proteja.

Dios... Dios... tanto Dios y tanta oración, y no es capaz de perdonar a su hija por no ir a visitar al pervertido de mierda de nuestro tío que abusó de ella. Pero esto no se va a quedar así. Cuando venga de vacaciones se enterará de todo, no le ahorraré ni una sola coma. No lo puedo evitar y las lágrimas bañan mis mejillas. ¿Cómo le voy a decir a Alicia que nuestra madre no viene y que encima ni siquiera preguntó por ella? No le voy a dar ese disgusto, no se lo merece.

Me desvisto y me preparo para acostarme. De repente me acuerdo de que no guardé mi caja roja en su escondite. Empiezo a buscarla por todos los rincones de la habitación, pero no la encuentro. Dios mío, ¿será que los niños se la llevaron creyendo que eran juguetes? Me muero. Me visto con el albornoz y me preparo para ir a buscarla, pero en ese momento suena el móvil. ¡Joder! Vuelvo apresurada sobre mis pasos y lo cojo. Es José.

—Hola —le digo.

—Hola, preciosa. ¿Ya te acostaste? —me pregunta con voz suave.

—Me estaba preparando para hacerlo cuando me acordé de algo. ¿Por casualidad guardaste mi caja? No la encuentro.

—Nuestra caja, cariño. Y resulta que sí, la guardé —me dice, y su voz me calienta la piel.

—Menos mal. Ya estaba desesperada pensando que tal vez los niños la habían cogido. ¿Dónde la guardaste? —le pregunto curiosa.

—Está muy bien guardada. No te preocupes, Helena —me dice con la voz ronca.

—¡Anda!, no seas malo. He puesto mi habitación patas arriba y no la encontré. ¿Dónde la has escondido?

—La he traído conmigo, la tengo aquí, justo delante de mí —susurra.

Me quedo atónita. ¿Cómo es posible? ¿Cómo ha podido llevársela sin que yo no me diera cuenta? Debería estar enfadada, sin embargo estoy excitada con la simple idea de él mirando el contenido de la caja. Pero no le voy a poner las cosas fáciles.

—Helena, ¿sigues ahí?

—Sí —respondo secamente.

—No te enfades, cariño. La estoy cuidando bien, además, acabo de ampliar nuestra colección. Estoy deseando enseñártelo. Para ser sinceros, no pienso en otra cosa —me dice con un susurro sensual y ronco.

Mi resistencia se esfuma, y a no me interesa hacerme la dura.

—¿Qué has comprado? —pregunto excitada.

—Es sorpresa. Ahora a dormir. Buenas noches y dulces sueños, preciosa.

—Buenas noches —susurro.

Dormir, dice. Como si fuera posible. Si no estuviéramos en invierno, tomaría una ducha fría. Así que solamente me queda una opción: llenar la despensa.

A la mañana siguiente estamos los tres delante de la puerta de mi hermana, cada uno con un táper de galletas.

—Hola, tita. Mira lo que te he traído. —Abre la fiambra para que ella vea su contenido—. Son de chocolate blanco.

—Tita, yo también, pero las mías son de chocolate negro.

—Hola, gordita. Y estas son las mías, de nueces y pasas —le digo de broma imitando a los niños.

La abrazo con cariño. Dios mío, está enorme, no creo que lleguemos hasta Navidad.

—Hola, entra. Sabes que me encantan las galletas, sin embargo quiero saber qué te ha llevado a pasar la noche entre fogones —me dice con una mirada inquisitiva, ella sabe perfectamente que cuando estoy estresada horneo.

—Ya te contaré, pero primero quiero saber cómo estas, ¿qué te ha dicho el médico?

Dejamos a los niños con la Play y nos vamos a la salita colindante.

—Va todo bien. Ahora es esperar esas tres semanas que quedan y rezar para que ese pequeñín no se presente el día treinta y uno.

—Que se presente cuando quiera, estoy deseando conocerlo. No te preocupes por la fiesta. La trasladaremos al hospital —le digo y empezamos a reír.

Pero de repente se pone seria.

—¿Has podido hablar con nuestra madre? —me pregunta con lágrimas en los ojos y se lleva la mano a la barriga.

Me parte el corazón verla así.

—Sí. Ha empezado a trabajar y ha dicho que intentará cambiar su turno para estar con nosotras en Navidad —le digo con una sonrisa en la cara.

La carita de mi hermana se ilumina y sus ojos brillan con esperanza.

Y el Óscar a la mejor actriz va para «Helena Berlanga».

—Gracias —me dice y me abraza emocionada.

La abrazo con cuidado, y por encima del hombro veo a Héctor parado en el umbral de la puerta. Lo miro y veo en su mirada que ha escuchado nuestra conversación, y seguramente no cuento con su voto para recoger la estatuilla. Cierra las manos en un puño y sale sin decir nada.

—Ahora quiero saber qué es lo que te está pasando.

Me mira atentamente en busca de alguna evidencia de malos tratos. Todavía tiene dudas sobre mi falsa caída en la ducha.

Le sonrío para tranquilizarla y empiezo con las confesiones.

—Llevo unos meses viendo a José, y ayer oficializamos nuestra relación —le digo de golpe.

—Lo sabía... estaba segura de que entre vosotros había algo. Empezó en la piscina, ¿verdad? —me pregunta con una enorme sonrisa en la cara.

—Bueno, creo que podemos decir que sí, ese día nos dimos nuestro primer beso.

También fue la primera vez que me metió mano, pero eso no lo pienso contar.

La tarde ha sido productiva. Hemos podido dejar todo atado para las fiestas de fin de año, aunque tener un presupuesto ilimitado ayuda bastante. También he ayudado a mi hermana a envolver sus regalos, menos mal que ha podido comprar todo por Internet, porque con esa barriga dudo mucho que hubiera aguantado un día de compras.

Mientras tomo el camino de vuelta a casa no puedo dejar de pensar en Raquel, a la que hemos llamado por teléfono para invitarla a que pase la Nochevieja con nosotras. Ha aceptado, pero no es ni la sombra de la Raquel que yo conozco. En otros tiempos hubiera saltado de alegría y sacado de esa mente calenturienta que tiene alguna idea excitante para animar la fiesta. Sin embargo su respuesta ha sido un simple «vale», apático y sin vida. Estoy segura de que su estado de ánimo no tiene nada que ver con lo que pasó con Alicia, hay algo más. Mañana dejaré a los niños con Eva y me pasaré por su oficina.

—Mamá —me llama Fabricio trayéndome de vuelta a la tierra.

—Sí, tesoro.

—Mamá, creo que el bebé de la tita ya ha crecido suficiente, tenemos que llevarla al hospital para que el médico lo saque de ahí —me dice pensativo, seguro que está recordando la conversación que tuvimos hace tiempo.

—Tienes razón, tesoro. El bebé ya ha crecido lo suficiente, pero todavía le quedan unas tres semanas más en la barriguita de la tita.

—¿Y cómo lo va a sacar el médico de dentro de la barriga? —sigue con su interrogatorio.

—Con mucho cuidado y con mucho amor. Los bebés son muy pequeñitos y tenemos que cogerlos con mucho cuidado —le digo intentando desviar el tema, mi niño no suele conformarse con cualquier respuesta.

Me sorprende que Sofia esté callada, miro por el retrovisor y veo que está echando una cabezadita.

—Yo lo cogeré con mucho cuidado, vale, mami —me dice mi niño.

—Claro, tesoro. Entre todos lo cuidaremos y lo querremos mucho.

Me encuentro calentita bajo mi suave edredón de plumas. El frío ya se hace notar. He encendido la calefacción en el piso, pero la de mi habitación todavía no está puesta, me gusta sentir el frío para poder acurrucarme bajo la manta. Mejor sería si José estuviera aquí y me calentara él. Decido dejar mi orgullo de lado y cojo mi móvil para llamarlo. Me contesta al primer toque.

—Hola —le digo con voz suave.

—Hola, cariño, estaba ansioso esperando tu llamada. ¿Qué tal tu hermana? —me pregunta con verdadero interés.

—Está muy bien, le queda muy poquito para la recta final.

—Bien. ¿Te encuentras en la cama? —me pregunta con voz ronca.

—Sí, acabo de acostarme. ¿Y tú? —susurro.

—Me gustaría estar ahí —me dice y su voz me calienta la sangre—. Pero por desgracia estoy trabajando. Esta noche me toca hacer vigilia. —Su voz ha dejado de ser sensual y ahora denota cansancio y preocupación.

—Ten cuidado, por favor... —le digo con una incómoda sensación en el pecho, hasta ahora no me había parado a pensar en su trabajo y en los riesgos que conlleva.

—Tranquila, cariño, es un trabajo de observación y seguimiento, no intervenimos. Helena, tengo que dejarte. Buenas noches, preciosa. Sueña conmigo.

Me cuelga antes de que yo pueda responderle.

«Buenas noches..., puedes estar seguro de que soñaré contigo».

El lunes se presenta como todo los lunes, un verdadero caos. Pero, como siempre, salgo indemne. Eva, mi salvadora, recogerá a los niños en el colegio y se quedará con ellos hasta que yo llegue. He decidido pillar a Raquel por sorpresa, ahora mismo estoy en el estudio esperando a que su secretaria me anuncie.

—Puede pasar, Helena, la señorita Raquel la está esperando.

—Gracias, Tatiana.

Sigo el pasillo hasta su despacho y la encuentro royéndose las uñas y con la mirada perdida. Doy dos toquitos en la puerta con los nudillos y ella retoma su postura profesional y eficiente.

—Hola —le digo y le doy dos besos.

—Hola, ¡qué sorpresa! ¿Va todo bien con Alicia? —me pregunta preocupada.

—Sí, Alicia está estupenda. La que me preocupa, eres tú. Sé que lo que le pasó a Alicia fue muy duro para ti, pero presiento que hay algo más atormentándote. —La miro atentamente y veo cómo su máscara se agrieta, hasta romperse en mil pedazos.

Empieza a llorar como una niña pequeña. Me levanto y la llevo hasta un pequeño sofá que está situado cerca de la ventana. La abrazo y dejo que lllore todas sus penas. Cuando veo que está más tranquila, le hablo.

—Raquel, sabes que somos como familia. Tanto Alicia como yo te queremos como a una hermana. Estamos aquí para lo que necesites. ¿Qué te pasa, cariño? ¿Quieres hablar de ello? —le pregunto y le entrego un clínex para que se seque las lágrimas.

—Hemos perdido todo, Helena. El socio de papá nos ha estado robando todos estos años y ha llevado a la empresa a la quiebra.

—¡Oh, Raquel! Cómo lo siento. Pero habrá algo que se pueda hacer, ¿no? Denunciarlo, hacer que devuelva el dinero robado. No sé, imagino que hay leyes para estos casos.

—Sí, pero él ha desaparecido. Ahora mismo no podemos hacer nada. Mi padre ha tenido que vender la empresa para saldar todas las deudas que él dejó. También hemos vendido el chalet de Málaga y mi piso.

—Dios mío, Raquel. ¿Y dónde estás viviendo? Sabes que puedes ir a vivir conmigo el tiempo que necesites. ¿Verdad?

—Sí, ya lo sé Helena, sé que puedo contar con vosotras. Pero tengo hasta el quince de enero para entregar el piso..., después me voy a Londres.

—¿Qué?

—Helena, el grupo que ha comprado la empresa cerrará esta sucursal y otras tantas. Sin embargo, me han ofrecido un puesto similar en la sede de la empresa en Londres. Y, debido a la situación que estamos pasando, no puedo rechazar la oferta. El diez de enero me marcho.

—No sé qué decirte. Sé lo importante que esta empresa era para ti y para tu padre. Me da mucha pena que tengas que irte. —La abrazo y nuevamente vuelve a llorar.

—No le digas nada a Alicia. Vamos a esperar hasta que nazca el bebé —me dice cabizbaja.

—Tranquila, no diré nada. Alicia te aprecia mucho y se va a poner muy triste cuando se entere de lo que ha pasado.

—Gracias —me dice un poco más animada.

—¿Por qué no te animas y pasas la Navidad con nosotros en Málaga? Ya sabes que nos haría mucha ilusión.

—A mí también, pero no quiero dejar a mis padres solos, principalmente en estas fechas.

Me tiré un buen rato escuchándola atentamente. Algunas veces en la vida lo único que necesitamos es que alguien nos escuche y nos entienda. Sin embargo, ha

habido algo que me ha llamado la atención: cuando hablaba de su nuevo jefe sus ojos brillaban y era como si ella ya lo conociera de antes. ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! Sabiendo cómo es Raquel, estoy segura de que estos dos ya se conocen en el sentido bíblico. Eso no va a acabar bien, liarse con el jefe no es una buena opción.

Capítulo 11

Esta semana está siendo una locura, tengo mil cosas que hacer, pero me faltan horas y disposición. Ya estamos a diecisiete de diciembre y hoy toca montar el árbol de Navidad. Mis tesoros ya no aceptan excusas, así que aquí estoy en el trastero, sacando trastos y más trastos para encontrar el puñetero árbol. No entiendo por qué siempre que necesito una caja esta tiene que estar debajo de todas las demás. Una hora después subo al piso cargada de adornos navideños. Nada más entrar, mis impacientes niños saltan sobre mí.

—¡Mamá, por fin has traído la Navidad!—me dice Fabricio.

—Ahora Papá Noel sabrá dónde encontrar nuestras cartas, ya no nos quedaremos sin regalos —dice Sofía con los ojitos brillando de ilusión.

—Bueno, pues manos a la obra.

Después de un magnífico trabajo en equipo, tenemos todo el salón decorado y, por supuesto, un enorme pino, artificial debo decir, repleto de bolas y lucecitas de colores.

—Mami, ¿crees que le dará tiempo a Papá Noel a fabricar nuestros regalos? —me pregunta Sofía.

—Claro que sí, tesoro, Papá Noel hace magia. Ahora que hemos terminado toca lavarse los dientes y a la cama.

—Jooo, mami, quiero esperar a José —me dice Sofía.

—Yo también, mamá —se apresura Fabricio a decir.

—Lo siento, mis amores, pero ya es muy tarde.

Los niños ya llevan durmiendo unas dos horas y José todavía no ha llegado, no quiero llamarlo para no parecer una novia pegajosa; veinte minutos después suena el telefonillo.

—Helena, soy yo.

Doy al botón con dedos trémulos, mi corazón se acelera, y esas tan soñadas mariposas revolotean en mi estómago. Toda esta expectación es por estar tres días sin verlo, ya lo sé, estoy completa e irremediabilmente jodida. El timbre me hace saltar del susto. ¡Por Dios, Helena, contrólate!

—Hola —digo con una voz de pitufo.

Lo miro obnubilada y una fuerza invisible nos lanza el uno a los brazos del otro, nuestras bocas se buscan con una exacerbada necesidad. De lo siguiente que me doy cuenta es de que estoy en mi cama, desnuda y entre los brazos del hombre al que amo.

—Hola, te he echado de menos —me dice y me da un mordisquito en el hombro.

—Ya lo creo —le digo con una risita tonta en la cara.

—Tengo hambre —me dice mientras sigue mordisqueándome.

Lo miro con los ojos como platos, ¿pero cómo es posible que no esté saciado?

—Hambre de comida, ya sabes, carbohidratos, proteínas, grasas, vitaminas; necesito recuperar fuerzas para más tarde —me dice al oído.

Me vientre se contrae, ¡Dios! Me estoy convirtiendo en una sexoadicta.

Estoy sentada delante de José, mirando como devora una ración XXL de raviolis de ternera con salsa de tomate.

—¿Cómo haces para estar en forma? —le pregunto con envidia, puesto que yo tengo que estar en permanente alerta si no quiero ponerme como una foca.

—Tengo un metabolismo privilegiado, además me ejercito mucho —me dice con malicia y me guiña un ojo.

—Y de postre ¿qué hay? —me pregunta de broma.

Pero pasados unos instantes, me doy cuenta de que no es de broma, él realmente está esperando el postre.

—En serio, ¿quieres postre?

—Por supuesto, yo siempre dejo un sitio para los azúcares y los lácteos.

Abro la nevera, miro las opciones, y le doy a elegir entre fruta, natillas y arroz con leche, y él, para mi asombro, escoge fruta y natillas. Creo que no miente cuando dice que tiene un metabolismo privilegiado.

Tras la cena nos vamos al salón y nos acurrucamos en el sillón. Ahora toca hablar sobre nuestros planes para las fiestas de fin de año.

—¿Cuáles son tus planes para la Navidad? —le pregunto.

—Precisamente de esto te quería hablar —me dice con pesar.

Hago un esfuerzo para que él no perciba la decepción que me he llevado al saber que no pasaremos las Navidades juntos. Él las pasará en Alemania, con sus padres y su hermana Lucía. Sé que no es para tanto, es normal que él quiera estar con su familia. Además, ha tenido el detalle de reservar una cena romántica en un lujoso restaurante este sábado, para que podamos celebrar anticipadamente la Nochebuena.

Pasamos un buen rato hablando de todo lo que nos gusta, y cada vez que descubro algo nuevo de él me enamoro todavía más. Él no es solo guapo por fuera, su interior también lo es. Me quedo dormida en sus brazos, lugar donde quiero pasar el resto de mi vida.

Me despierto llena de energía, saber que mañana tendré una cena romántica con José me pone a mil por hora, lo único que impide que mi día sea perfecto es que hoy es viernes y Roberto viene a cenar con los niños, al parecer él también se va de viaje y quiere despedirse antes. Ojalá se fuera para siempre.

—Mami, papá ya está aquí —grita Sofía y salgo de la cocina para recibirlo.

Le abro la puerta y me sorprendo al verlo con un montón de regalos en las manos, apenas puede sostenerlos.

—Hola.

—Hola, Helena. Échame una mano —me dice y no me queda más remedio que ayudarlo.

—Hola, papá. ¿Para quién son esos regalos? —Sofía lo abraza y pregunta curiosa.

—Hola, princesa de papá.

Deja los regalos en la mesa del comedor y la coge en brazos, llenándola de besos y cosquillas. Sofía se derrite de pura felicidad. En ese instante, Fabricio entra gritando de alegría al ver a su padre.

—Papi, papi... —grita Fabricio y se tira en sus brazos haciendo que se tambalee hacia atrás, y que no se caiga por poco.

—Hola, campeón. Os he echado de menos, estaba deseando que llegara el viernes para veros. Ven, como no os voy a ver ni en Navidad y ni en Reyes, os he traído vuestros regalos anticipados.

Los neños se vuelven locos, no creo que hayan recibido tantos regalos de Roberto en todas sus cortas vidas. No sé qué pretende con eso, pero seguro que está planeando algo, o seré yo muy ruin porque no soy capaz de ver que él tiene corazón y que está dispuesto a cambiar.

Después de la cena mis chiquitines se van a la habitación con Roberto a estrenar sus nuevos juguetes. Yo me entretengo con la ropa, y estoy tan absorta en mis pensamientos que no me doy cuenta de que Roberto se ha acercado y me ha acorralado en el cuarto de la colada. Intento salir, pero él cierra la puerta.

—¿Qué estás haciendo, Roberto? Abre la puerta —le digo enérgica.

—No te hagas la dura, nena. Sé que todavía mi quieres, y te lo voy a demostrar —me dice con una sonrisa perversa en la cara.

Con un bruto movimiento me tira encima de la lavadora y aplasta mi boca con la suya, abriéndose paso a la fuerza con su despiadada lengua. Intento por todos los medios quitármelo de encima, sin embargo, su cuerpo me aplasta y no soy capaz de moverme. Entro en pánico en el momento en que mete la mano por dentro de mis *leggings* y, sus dedos me tocan el clitoris por encima de las bragas. Me desespero y le tiro de los pelos con todas mis fuerzas, aunque él ni se inmuta. Al revés,

cuanto más lucho para liberarme, más excitado se pone. En un intento desesperado por apartarlo, le muerdo la lengua con saña.

—¡Hija de puta! Estás loca, casi me seccionas la lengua —vocifera con odio.

La sangre le escurre por los labios manchándole la camisa blanca, no soy capaz de apartar la mirada.

—Helena, eso no se va a quedar así. Prepárate, porque mi paciencia ha llegado a su fin —me dice y, tras coger una servilleta en la cocina, se va.

Me quedo inmóvil mirando las salpicaduras rojas que brillan en el suelo. La sangre me paraliza, nunca la he soportado. Me paso la lengua por los labios y salgo corriendo al percibir su característico sabor, me lavo los dientes y la lengua, necesito eliminarlo antes de que empiece a vomitar. Estoy terminando de enjuagarme la boca, cuando el timbre de la puerta empieza a sonar insistentemente.

Me apresuro para ver quién llama con tanta persistencia, a pesar de que en el fondo estoy convencida de que es José. No hemos hablado del tema, pero conociéndolo sé que él no estará tranquilo mientras Roberto esté cerca de nosotros. Miro por la mirilla y le abro con las manos trémulas, todavía no me he recompuerto.

—José —murmuro con voz angustiada y me tiro en sus brazos.

—Helena, ¿qué ha pasado? He visto a Roberto saliendo de aquí con la boca ensangrentada.

Me hace un reconocimiento y después me coge de la mano llevándome hasta el salón, se sienta en el sillón y me acomoda en su regazo. Lo abrazo y hundo mi cara en su cuello, necesito sentir su calor, su olor.

—Roberto me ha besado a la fuerza, y yo le di un mordisco en la lengua tan fuerte que por poco no le arranco un trozo —le digo con voz débil.

No le digo que Roberto ha intentado tocar mis partes íntimas, me duele reconocer con qué clase de hombre estuve casada.

—Por Dios, Helena. Casi me da algo al verlo entrar en su coche y salir disparado como si le persiguiera el mismísimo diablo. No sabía si darle caza o subir para ver cómo estabas.

—¿Por qué no me has dicho que seguirías vigilándonos? —le pregunto y me incorporo para poder mirarlo a la cara.

—No hemos tenido la oportunidad de hablar del tema, pero di por sentado que sabías que yo estaría abajo vigilando. Sin embargo, con lo que ha pasado hoy, ya no esperaré afuera. Mientras no conseguimos probar que él representa un peligro para ti y para los niños, estaré contigo cada vez que él venga de visita.

Me abraza fuerte y me acuna en sus brazos como si yo fuera una niña.

—Me ha dicho que me preparara. Tengo miedo de que use a los niños para hacerme daño.

—No lo vamos a permitir, Helena. Lo tendré vigilado y lo único que necesitamos es un movimiento en falso para quitarlo de circulación. Pero para que esto suceda él tiene que estar confiado, tú no podrás decirle en ningún momento que recelas de él, ni que yo lo estoy siguiendo, ¿de acuerdo? —me dice con seguridad.

Asiento con la cabeza, sé que Roberto está planeando algo, estoy segura de que no vino aquí para ver a los niños. José se mueve como si quisiera levantarse, y me apresuro a decirle:

—No te vayas, quédate conmigo esta noche.

—No pensaba ir a ninguna parte. Ven, vamos a acostarnos, ya es tarde —me dice con una voz melancólica.

Él me desviste con delicadeza y nos metemos en la cama. Enseguida se pega a mi espalda y pasa su mano por mi cintura, atrayendo mi cuerpo totalmente al suyo. Luego me quita el pelo del hombro y me besa el cuello, provocando que cada milímetro de mi piel se erice.

—Dulces sueños, preciosa —susurra con voz ronca en mi oído.

Ronroneo y me pego todavía más a él. Me siento tan bien en sus brazos. El sueño me envuelve y me dejo llevar, con una sonrisa dibujada en los labios.

Me despierto con unas risitas y finjo estar dormida. Son mis tesoros que han entrado de puntillas en la habitación y están murmurando y riendo.

—José está durmiendo con mamá —cuchichea Fabricio.

—Vamos a darles un susto —dice Sofía ahogando la risa con sus manitas.

José me aprieta la mano para indicar que también está despierto. Nos quedamos los dos quietos, esperando a ver que planean hacernos. De repente siento que la manta se desliza sobre mis piernas, a continuación una manita va en busca de mi pie y empieza a hacerme cosquillas. Utilizo todo mi control para no echarme a reír. Al

otro lado, José recibe el ataque de Fabricio, que le toca la cabeza con la punta de los dedos, como si fuera una arañita paseando por su pelo. Nos miramos y él mi guiña un ojo, le sonrío y acto seguido coge a Fabricio al vuelo y lo tira en la cama.

La media hora siguiente la pasamos en la cama riendo y jugando con los niños. No me acuerdo de un despertar tan feliz como este en mucho tiempo. José es perfecto y los niños lo adoran. Un dolor me invade el pecho, no sé qué será de mí si José decide salir de mi vida, lo amo... lo amo con todo mi corazón.

—No te vayas José —le dice Sofia entre lágrimas.

—Tengo que trabajar, preciosa.

—José, ¿te has olvidado? Hoy es sábado y mamá dice que los fines de semana son para divertirse.

—Lo siento, tesoro. No pongas esa carita, ya nos divertiremos mañana. Ven, dame un beso.

José choca la mano con Fabricio y coge a mi niña en brazos, la muy lianta siempre intentando salirse con la suya. Ella lo abraza y nos dirigimos a la puerta. José la besa y la deposita sobre sus pies. Cuando se da cuenta de que su actuación no tendrá el resultado esperado, se va corriendo a jugar con Fabricio.

—Nos vemos más tarde, cariño. Estoy deseando comerte enterita... —me susurra y pega su cuerpo al mío, al momento noto cómo su miembro se despierta.

—José... por favor, los nenes... gimo cuando me sujeta por el culo y me presiona todavía más contra su creciente erección.

—¿Ves lo que haces conmigo? ¡Anda!, entra antes de que cancele la reunión.

Deposita un suave y húmedo beso en la comisura de mi boca, se aparta y se va, pero antes de entrar en el ascensor me mira con descaro y pasa la lengua sobre los labios.

Me quedo apoyada en la puerta respirando con dificultad, mi sexo palpita. José ejerce un embrujo sexual sobre mi cuerpo que anula cualquier pensamiento racional.

Me recompongo cuando mi niño se aproxima y me pregunta:

—Mami, ¿José será nuestro nuevo papá?

—No, tesoro. Tu papá siempre será Roberto —me apresuro a responder.

—Pero, mami, los papás besan en la boca a las mamás. Y tú ya no besas a papá como antes, ahora besas a José —me dice serio mi niño.

La madre que lo parió, ¿qué le respondo a eso?

—Tesoro, vamos a llamar a Sofia, así mamá también le explicará a ella lo que está pasando.

Nos vamos a su dormitorio y encontramos a Sofia jugando con sus muñecas.

—Sofia, cariño, ven con mamá un momento. Os quiero comentar algo.

—Ahora no puedo, mami. Beth se ha peleado con Daisy y las dos están castigadas, tengo que vigilarlas.

Me entran ganas de reírme, mi niña es extremadamente creativa, siempre está inventando personajes e historias para sus muñecas. Tras convencerla para que deje sus juguetes, los llevo al salón, y con mucho tacto les explico que José es mi novio. Procuo resaltar sus cualidades y les recuerdo lo bien que lo pasamos juntos, también dejo claro que jamás ocupará el lugar de su papá. Por último les pregunto qué les parece, y me responden al mismo tiempo que José es genial y que les encanta jugar con él.

Me quito un peso del corazón, no sabría qué hacer si mis niños no lo hubiesen aceptado. La verdad es que José ha traído alegría y risas a esta casa, mis amores nunca habian disfrutado tanto en familia. Con Roberto todo era diferente, él no aceptaba que ellos jugasen en nuestra cama, tampoco le gustaba que correaten por la casa, nunca había jugado al fútbol con Fabricio, y jamás se tiraría al suelo como lo hace José. Solo espero no estar equivocándome, porque si esta relación sale mal, yo no seré la única que sufrirá.

Capítulo 12

Paso la tarde preparándome para la gran noche. Estoy excitada y anhelante, José no ha querido darme ninguna pista, lo único que sé es que vamos a cenar en un restaurante exclusivo, y después estaré en sus manos... Un calor me recorre el cuerpo con solo pensar en las cosas que su lengua experta y golosa es capaz de hacerme.

¡Dios! Tengo que controlarme, no quiero que él se dé cuenta del poder que tiene sobre mí. ¡Cómo si ya no lo supiera!, se ríe mi subconsciente. Intento no pensar en nada y empiezo a vestirme. He comprado un conjunto de lencería negro y dorado, me ha costado un riñón pero ha merecido la pena. Me miro en el espejo mientras encajo el corsé para que resalte mis pechos, estupendo, he subido dos tallas. Ahora solo falta el ligero y me transformaré en una *femme fatale*. Sonrío contenta al mirar mi imagen, me giro y doy un repaso a mi retaguardia, vuelvo a sonreír. Dios ha sido muy generoso con esa parte de mi anatomía. A continuación me enfundo en un sobrio vestido de tubo negro y me subo a unos tacones de vértigo. Perfecto, justo el resultado que esperaba. Dudo que José sea capaz de imaginar lo que llevo debajo de esta aburrida prenda. Salgo de la habitación preparada para los placeres que me depara la noche.

—Mami, yo también quiero ir con vosotros —se queja mi adorable niña.

—Tesoro, es una cena de adultos y no está permitido llevarse a los niños —le digo firme y con la esperanza de que no arme un espectáculo.

—Mañana tendrás que llevarme a una cena de niños —me dice cruzando de brazos y haciendo un mohín.

¡Vaya, vaya, con la niña! Cada día que pasa muestra más su carácter.

—De acuerdo, tesoro. Cualquiera día de estos iremos los tres al McDonald's. Pero ya sabes que si quieres ir, tienes que portarte bien con Eva.

—¡Yupi! —Se ríe y sale corriendo para jugar con su hermano.

La frase de que tiene que portarse bien se queda en el aire, haciendo eco en las paredes.

A las nueve en punto José llama al telefonillo. Cojo mi bolso, las llaves de la casa y me apuro en bajar, no quiero que él suba y que los niños empiecen a llorar al vernos salir juntos. Me monto en el ascensor y, a medida que baja, mi corazón se acelera y siento un cosquilleo en el vientre. Cuando las puertas se abren me encuentro cardiaca. Y al salir a la calle y verlo recostado en su coche, mi corazón deja de latir. Le miro con la boca abierta, nunca lo he visto tan guapo, mis piernas flaquean y creo que no seré capaz de seguir caminando hasta llegar a él.

—Hola —susurro con voz trémula.

—Hola, Helena. Estás impresionante —me dice y me mira de arriba abajo con los ojos llenos de lujuria.

«Y tú estás de infarto» pienso, pero mi voz no sale. Parezco una colegiala y lo único que soy capaz de hacer es sonreír atontada.

Se aparta del coche y viene a mi encuentro con pasos decididos, pero se detiene a escasos centímetros, me toma por sorpresa envolviéndome la cintura con su musculoso brazo, atrayendo mi cuerpo al suyo. Nos miramos por unos segundos, o fueron minutos, no lo sé. La tierra deja de girar y el tiempo se detiene.

Me estremezco cuando pasa la punta de los dedos por el contorno de mis labios. Respiro hondo y cierro los ojos.

—Vamos, cariño. Tenemos una reserva para las nueve y media —me dice con la voz enronquecida.

Asiento con la cabeza, sin dejar de mirarlo a los ojos. Y cogidos de las manos nos vamos hasta el coche.

El trayecto lo hacemos en un completo y electrizante silencio. La tensión sexual que hay entre nosotros suelta chispas. Me quedo sorprendida cuando entra en el estacionamiento de un lujoso y exclusivo hotel de cinco estrellas. Lo miro con las cejas levantadas, sin entender qué hacemos allí. Él me responde con una sonrisa traviesa y me da un suave apretón en la rodilla.

Sin decir nada me coge de la mano y nos dirigimos al mostrador, donde nos dan una tarjeta y un botones nos acompaña hasta el ascensor. Subimos hasta la última planta y, cuando la puerta se abre, el botones nos hace un gesto con la mano y nos indica el camino que debemos tomar. Delante de nosotros hay un impresionante pasillo con una selecta decoración.

José sigue adelante con total seguridad como si estuviera en su casa y yo miro todo embelesada como una niña que va por primera vez a la feria.

—Espero que te guste la sorpresa, Helena —me dice al detenerse delante de una ostentosa puerta.

Introduce la tarjeta, la puerta se abre y yo me quedo embobada...

Ante mis ojos está la habitación más romántica y espectacular que he visto jamás. Hay pétalos de rosas rojos encima de la cama formando un corazón, también hay velas encendidas por todas partes. Y en un rincón más apartado hay una mesa con todos los detalles necesarios para seducir y envolver a los comensales.

—José, es perfecto. ¿Cómo has logrado todo eso? —le pregunto emocionada.

—Tengo mis contactos. —Me sonríe con esa sonrisa canalla que hace que mis piernas se aflojen.

Y yo me imagino que «sus contactos» no son otros que mi gran cuñado Héctor.

—Ven, vamos a sentarnos. Voy a ordenar que traigan la cena. Tengo hambre —me dice con la voz ronca y pasa la lengua por los labios.

Me siento y expectante aguardo a que nos sirvan la cena. La comida está exquisita, y entre risas y caricias saboreamos todos los platos que nos sirven al son de una agradable melodía. Al terminar observo cómo el amable camarero sale de la habitación tras haber recogido la mesa. Al momento mi estómago se encoge y mi corazón se dispara. Estoy nerviosa, como si de mi primera vez se tratara.

—¿Bailas conmigo? —me pregunta con una voz casi inaudible.

Me extiende su mano y yo la tomo con gusto. Y con un suave tirón me atrapa en sus brazos. Nos movemos al suave y sensual ritmo de la música. A cada roce, a cada caricia, mi piel se calienta, y siento cómo el deseo despierta cada célula de mi cuerpo. Gimo bajito cuando me aprieta el culo y presiona su potente erección contra mi vientre. Mi sexo palpita, necesitado, hambriento...

—Gracias, José. Ha sido la mejor sorpresa de mi vida.

—Todavía no me des las gracias, apenas hemos empezado, cariño —susurra con voz muy baja en mi oído.

Cuando la canción llega a su fin, él se aparta y lentamente empieza a desvestirse. Primero se quita la chaqueta y la deja en una espectacular banqueta estilo barroco. A continuación, y con movimientos rápidos y seguros, desata la corbata y saca los gemelos. Después se sienta al borde de la cama y se quita los zapatos y los calcetines. Luego empieza a desabrochar los botones de la camisa con extremada lentitud, sin apartar su intensa mirada de mí. Yo lo miro admirada e inmóvil bajo su hechizo, como una polilla atrapada por la luz.

—Desnúdate para mí —me dice con esa sonrisa que hace que mi cuerpo desee complacerlo.

Venzo la distancia que nos separa y me detengo delante de él, pero no lo suficiente para que me pueda tocar. Lo miro a los ojos y con una sonrisa maliciosa empiezo a bajar la cremallera. Lo hago parsimoniosamente, disfrutando del roce de la tela en mi sensibilizada piel. A cada centímetro que voy destapando, sus ojos se van oscureciendo por la lujuria, y cuando el vestido llega a mis pies su respiración está jadeante. Me gustaría tener una cámara para immortalizar su cara en ese justo momento.

—¡Joder! ¿Quieres matarme?

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunto y giro despacio sobre mis pies para que él tenga una buena visión de mi trasero.

—¡¿Gustarme?! Cariño, has tenido suerte de que yo no me enterara de que llevabas esto puesto, porque si no te hubieras quedado sin cena —me dice.

Y tomándome por sorpresa me coge en volandas para ponerme sobre sus hombros, luego me suelta sobre la cama sin ningún reparo, haciendo que mi cuerpo rebote. Grito alto... y pasada la impresión empiezo a reírme. Risa que se me queda bloqueada en la garganta al verlo sacarse los pantalones y el bóxer.

Acto seguido me coge por los tobillos y tira de mí hasta que mi trasero está en el borde de la cama.

—Esto de aquí estorba —susurra y con un tirón me rompe el tanga—. Lo demás lo conservaremos.

Me abre las piernas de par en par y se arrodilla en el suelo. Suelto un gemido ahogado del fondo de mi garganta. Él me mira satisfecho y empieza a repartir besos por la parte interna de mis muslos y va subiendo lentamente hasta llegar al centro de mi placer. Me agarro a las sábanas cuando siento su cálido aliento en mi sexo.

Me presiona el clitoris con la punta de la lengua y empieza a hacer suaves círculos, hasta que ese sensible nudo de nervios está hinchado. Después lo chupa, llevándome a la locura. Y cuando creo que ya no puedo más, su experta lengua entra en acción, entrando y saliendo de mí, haciendo que me visión se oscurezca y vea lucecitas de colores. Gimo y llevo la mano a su pelo, sujetando su cabeza entre mis piernas, estoy al borde del abismo, necesito liberar la tensión acumulada.

—José...

—No te contengas. Dámelo —me dice e introduce dos dedos dentro de mí.

No necesito nada más y un brutal orgasmo se desencadena en mi cuerpo, trasladándome a un mar revuelto de sensaciones. Cuando dejo de temblar y abro los ojos, lo encuentro de pie entre mis piernas, con su miembro en la mano masturbándose. ¡Joder! Me cuerpo vuelve a encenderse y el deseo me nubla la mente.

Miro con expectación a mi alrededor buscando la caja roja, estoy ansiosa por saber con qué aparatito jugaremos hoy. Él lee mis pensamientos y me dice:

—Hoy no quiero nada entre nosotros, solo tú y yo, piel con piel...

Mi corazón se estremece al escuchar sus palabras y mi cuerpo arde al verlo ponerse a gatas sobre la cama. Lentamente se va encajando sobre mí... gimo al sentirlo totalmente en mi interior.

—Me encanta estar aquí... profundamente dentro de ti —susurra.

Permanecemos tumbados juntos, rendidos y sin aliento, tras haber hecho el amor de forma apasionada durante varias horas.

—¿Sigues respirando? —me pregunta con una sonrisa en la cara y me estrecha entre sus brazos.

—Ajá... ha sido increíble.

—Tengo algo para ti, no te muevas. —Me da un suave beso en los labios y se levanta.

Veo cómo coge la chaqueta y busca algo en su interior. Mientras tanto disfruto de las vistas, podría pasar el resto de mi vida mirándolo. Se da la vuelta y me pilla comiéndomelo con los ojos. Sonríe con arrogancia y camina de vuelta a la cama. Se acuesta de costado a mi lado, me extiende la mano, y en ella hay una caja rectangular de color azul de Tiffany & Co., atada con una cinta blanca satinada. Mi corazón se revoluciona como un tren en una vía.

—Tu regalo de Navidad por adelantado —me dice.

Las palabras se me escapan de la mente por la sorpresa. Le sonrío y cojo la caja con expectación. Mis dedos tiemblan al intentar quitar la cinta, y cuando por fin logro desatar el nudo me quedo maravillada. Dentro hay un relicario de oro rosa en forma de corazón, con tres pequeños brillantes en el centro, sujetado por una delicada cadena también de oro rosa.

—¡José, es precioso! Pero no tenías por qué regalarme nada, es demasiado —le digo emocionada.

Cuando abro el relicario y veo que dentro hay dos fotografías, una de nosotros cuatro y otra de los niños, la emoción me sobrepasa y no puedo evitar que una solitaria lágrima baje por mi mejilla.

—Esa no es la reacción que yo esperaba —me dice secando la lágrima con la yema de los dedos.

—¿Ah, no? ¿Y cuál era la reacción que esperabas?

—Que saltaras sobre mí y que mi besaras con desenfreno, o tal vez, con un poco de suerte, que quisieras ser mi esclava sexual de por vida.

Me río como una tonta y salto sobre él, poniéndome a horcajadas sobre sus caderas. Cojo la cadena y la ato a mi cuello, el relicario queda justo entre mis pechos. Después bajo lentamente hasta apoderarme de su boca y lo beso con todo el amor que llevo dentro. Cuando interrumpimos el beso, lo miro a los ojos y ya no puedo esconder más mis sentimientos.

—Te quiero, José —le digo con un hilo de voz.

Él sonrío, pero no me dice esas dos palabras que tanto ansío escuchar. Debería tener el valor para preguntarle cuáles son sus sentimientos hacia mí, pero soy cobarde y no soportaría la pena como respuesta.

Se sienta, conmigo todavía a horcajadas sobre él, y yo le envuelvo la cintura con mis piernas. Me coge la cara con ambas manos y me besa apasionadamente. Otra vez hacemos el amor y por un instante olvido por completo que tal vez él no sienta lo mismo por mí...

Como había prometido a Sofía un menú de restaurante apto para niños, aprovechamos el domingo para comer fuera e intercambiar los regalos de Navidad con José. Hemos llegado al acuerdo de que nadie los abrirá hasta que Papá Noel no venga.

El día estaba siendo perfecto, pero cada minuto que pasaba me iba poniendo más triste, pues se estaba acercando el momento de despedirse. Mañana él se irá a Málaga y al día siguiente cogerá un vuelo a Alemania, para estar junto a sus padres y a su hermana; y nos volveremos a ver el día veintisiete, cuando me recoja en la casa de Héctor para que volvamos juntos a Sevilla. Así que procuro disfrutar al máximo de estas últimas horas.

Las Navidades fueron mágicas, los niños nunca se habían divertido tanto en sus cortas vidas, la familia de Héctor es divertidísima, y a pesar de estar triste por no tener a José, fui recompensada por la alegría de mis amores. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en que él no me devolvió la declaración de amor que le hice, tal vez no lo hiciese simplemente porque no me ama, y esa posibilidad me está afectando muchísimo.

He intentado esconder mis sentimientos, pero Alicia me conoce muy bien, y al verme metida en la cocina con harina hasta en las cejas, no me quedó otra que compartir con ella mis inquietudes. Y según mi hermana estoy haciendo una tormenta en un vaso de agua. A lo mejor tiene razón, lo más importante son las acciones, las palabras se las lleva el viento. Y él está demostrando día a día que me quiere. Intentaré ser paciente, no obstante, necesito escuchar de su boca que me ama. Porque yo lo amo tanto que llega a ser doloroso.

El tan ansiado día ha llegado, me reencontraré con José, y por la hora que es ya estará a punto de llegar. Nada más abrirle la puerta, todas mis penas se quedaron olvidadas. Nos abrazamos y nos besamos como si lleváramos sin vernos una eternidad. Y desde ese día no nos hemos separados ni un solo segundo. Le he dado una copia de las llaves de mi casa y prácticamente estamos viviendo juntos. He dejado mis inseguridades enterradas y olvidadas en un cajón en lo más profundo de mi alma.

En pocas horas daremos la bienvenida a un nuevo año. Y toca celebrarlo por todo lo alto, eso si mi sobrino no decide honrarnos con su presencia justo hoy. Alicia lleva desde hace unos días teniendo pequeñas contracciones. Me temo que tomaremos las uvas en la maternidad.

Mientras me arreglo empiezo a pensar y a hacer balance de este año que está a punto de terminar. Definitivamente ha sido un año decisivo para mí y para mi familia. Demasiadas cosas nos han sucedido: he firmado los papeles del divorcio, Alicia ha encontrado al amor de su vida, la muerte ha llamado a nuestra puerta, he recibido una herencia suculenta. Pero al final el amor y la vida han triunfado. Mi hermanita pequeña está a punto de dar la luz y yo estoy enamorada hasta las trancas. Lo único que pido para este año que entra es que mi madre pueda volver a ser parte de nuestras vidas. Y que José sea capaz de verbalizar sus sentimientos hacia mí.

—Mami, mami —me llama Fabricio entrando en la habitación a toda prisa.

Mis sentidos se ponen en alerta y temo preguntar qué es lo que ha pasado.

—Dime, tesoro.

—Mami, Sofía se está cambiando de ropa. Se va a poner su disfraz de bailarina —me dice mi niño a borbotones.

—¿Cómo? ¿Qué me estás contando, Fabricio? —le pregunto sin dar crédito.

—Ven, mamá. Corre... —me dice, y cogidos de la mano salimos apresurados de la habitación.

Cuando me asomo a la puerta de su dormitorio, la encuentro luchando con su tutú de tul. Al parecer ha intentado meterlo por la cabeza, y al pasar un brazo se quedó sin espacio suficiente para terminar de bajarlo por sus hombros. ¡Virgen Santa! ¿Qué hago con esta niña? La miro sin saber qué hacer, y de repente empieza a bufar y a zapatear de frustración. Tengo que contar hasta mil para no empezar a reírme. Hora de entrar en acción.

Capítulo 13

—Sofía Martínez Berlanga, ¿se puede saber qué es lo que estás haciendo?

—¡Ah, mami! Ayúdame. No puedo bajarlo —me dice con su vocecita sofocada por capas y capas de tela.

—¿¡Bajarlo!? Te lo voy a quitar ahora mismo. ¿Quién te ha dado permiso para cambiarte de ropa?

—¡Jooo, mami!, la otra ropa me picaba —me dice enfadada y casi entre lágrimas.

La libero del tutú, le bajo el maillot y justo a la altura de su cintura encuentro unas ronchas muy feas. Cojo el precioso vestido de fiesta que le he comprado, le doy la vuelta y miro la composición del forro, es natural. No tiene por qué causarle ninguna reacción alérgica. Y al mirar más abajo veo el causante de la tragedia: el hilo de plástico que sujeta la etiqueta se ha quedado enganchado sin que yo me diera cuenta. Pobrecilla mi niña.

—Ven aquí, cariño. Te voy a echar una crema que te aliviará el picor. Ha sido un despiste de mamá —le digo y le enseño el causante de su molestia.

—Mami, ¿será que mi ropa también tiene pinchos? —me pregunta Fabricio preocupado y empieza a rascarse en el cuello.

—No, tesoro. Tu ropa no es nueva y ya la usaste antes —le digo mientras termino de quitarle el disfraz a Sofía.

Luego le doy besitos, le soplo la piel enrojecida y aplico una crema calmante. Después, con paciencia, intento convencerla para que se vuelva a poner el vestido. Y mientras estamos en ello escucho la voz de José llamándonos desde el salón.

—Helena, ¿dónde estáis?

—Estamos en la habitación de los niños —le digo con un tono de voz elevado para que me escuche. Fabricio sale corriendo a su encuentro.

Tras un rato de lágrimas y desesperación, José consigue convencer a Sofía para que se ponga el vestido. Me emociono al ver la paciencia y el cuidado con que él la viste, mientras le habla y le hace cosquillas. Si fuera Roberto, a estas alturas ya estaría pegando voces y llamándome incompetente. Espero que se quede a donde sea que se haya ido.

Conseguimos llegar a la hora prevista. El restaurante está abarrotado, no hay una sola mesa disponible. Por suerte tenemos la terraza exclusivamente para nosotros, la han acondicionado para el invierno y el toque de las antorchas y las chimeneas de leña dan un toque romántico, complementado por la original decoración con motivos de fin de año en tonos plata y dorado. También hay una cámara en un trípode colocada frente a una pared con un fondo festivo, para que podamos hacer *Photocall* divertidos. El local está increíble, Raquel y mi hermana hicieron un buen trabajo.

Alicia nos ve y viene en nuestra dirección con su caminar de embarazada, o sea como una pata, no entiendo por qué tenemos que caminar así cuando estamos en estado.

—Hola, gordita. ¿Cómo estás? —le pregunto.

—Deseando que este niño salga de una vez por todas —me dice con una sonrisa, sin embargo la noto cansada.

—No diga eso ni de broma. Tú no hagas caso a tu madre, quédate ahí quietecito por lo menos hasta mañana —le digo a mi sobrino, poniendo la mano en la barriga de mi hermana.

José y los niños saludan a Alicia y después nos dirigimos a saludar a los demás, somos unas treinta personas en total. Mientras cruzamos el salón voy buscando con la mirada a Raquel y me doy cuenta de que ella todavía no ha llegado. Estoy muy preocupada por ella, el golpe que ha sufrido su familia ha sido muy duro; dicen que las desgracias no vienen solas y al parecer es verdad.

—Alicia, ¿has hablado con Raquel? Ya debía de estar aquí hace rato —le digo a mi hermana al oído para que pueda escucharme.

—Sí, ella me llamó para decirme que llegaría más tarde. Al parecer tiene que llevar a sus padres al pueblo.

Me gusta el ambiente que se respira en las fiestas de fin de año, a pesar de que despiertan en mí sentimientos ambivalentes: remueven heridas, cierran cicatrices,

promueven encuentros y desencuentros, y generan una ansiedad por lo que pudo ser y no fue. Pero su sentido merece la pena, porque es una nueva oportunidad para empezar de nuevo. Para escribir una nueva historia, para amar, para ser feliz... Otra vez me estoy poniendo nostálgica.

—¿Qué pasa por esa cabecita linda tuya? —me pregunta José al oído, tomándome por sorpresa.

Lo miro a los ojos y paso la palma de la mano por su cara, ¡lo quiero tanto!

—Nada, solo hacia balance de todo lo que me ha pasado este año —le digo.

—¿Y a qué conclusión has llegado? —me pregunta y por un instante creo ver una sombra oscura cruzar su mirada. ¿Será algún recuerdo desagradable?

—Que fue un año inmejorable. —Lo miro de arriba abajo, le guiño un ojo, y le digo:

—Ven, vámonos a hacer un *Photocall*.

Lo agarro de la mano y lo arrastro sin darle la oportunidad de protestar. Por el camino se nos unen los niños, mi hermana y Héctor. No quiero seguir sumergiéndome en mis recuerdos, quiero pasármelo bien, y es lo que hago durante los siguientes cuarenta minutos. Los niños están pasandoselo en grande, bueno los adultos también, hasta diría que alguno que otro más que los niños. Y todo eso gracias a Raquel, ella es supercreativa, incluso ha dejado un baúl en un lateral lleno de cosas divertidas, como gafas, sombreros, plumas, diademas con varios motivos, etc., además de un montón de cosas chulas para los niños.

Raquel por fin ha llegado, pero por más que lo intenta su sonrisa no llega a sus ojos, me duele verla así. He podido apartarla a un lado para preguntarle cómo estaba, y me ha dicho que la situación sigue complicada. Su padre está con una fuerte depresión y su madre no quiere aceptar que su condición social ha cambiado. Encima, dentro de dos semanas tendrá que irse a Londres. ¿Por qué la vida siempre tiene que ponernos a prueba? Espero que Raquel y su familia puedan superar este gran obstáculo, necesitamos su sonrisa, sus ganas de vivir, el mundo es colorido con ella alrededor.

—Cariño, ven. Vamos a prepararnos, falta muy poquito para las campanadas —me dice José y nos reunimos con los demás.

Mi corazón se acelera por la expectación, este momento es mágico para mí, en él vierto todos mis deseos y esperanzas para el año venidero. Ahora mismo mi mayor deseo es que José me diga que me quiere. ¿Y qué mejor momento que este para proclamar a los cuatro vientos que estás enamorado?

Nos ponemos delante de una enorme tele de cincuenta pulgadas. José se pone detrás de mí, y pega su cuerpo al mío pasando una mano por mi cintura y apoyando su barbilla en mi hombro. Me siento tan afortunada, todo lo que más amo en esta vida está aquí. Busco con la mirada a mis angelitos y los encuentro jugando con los demás niños en un área habilitada para ellos, donde hay dos monitoras encargadas de entretenerlos y cuidarlos.

La cuenta atrás ha empezado, cojo mi primera uva y me preparo. Una, dos, tres, cuatro, las voy tragando una detrás de otra. Cuando estamos por la séptima, Alicia pega un grito y dobla su cuerpo mientras se lleva la mano a la barriga. ¡Joder! Mi sobrino también quiere comerse las uvas. Héctor se desespera y no sabe qué hacer. Yo intento calmar a mi hermana, mientras José, que está más acostumbrado a situaciones críticas, toma la iniciativa y al instante estamos de camino a la maternidad. Raquel y los padres de Héctor se quedan encargados de llevar a los niños a casa, tendrán que repartirse entre mi casa y a la de mi hermana.

Ya llevamos más de siete horas esperando, pero el parto se ha complicado y han tenido que practicarle una cesárea de urgencia. Ella deseaba dar a luz de la forma más natural posible; sin embargo, el cordón umbilical se deslizó por el cuello del útero antes que el bebé. Según el equipo médico es raro que esto ocurra, se da un caso entre mil, pero supone un grave riesgo para el niño, ya que su cabeza podría hacer presión sobre el cordón, interrumpiendo el flujo de oxígeno que este recibe. Y dada a la gravedad de la situación no hubo otra alternativa que la intervención quirúrgica. Héctor está desconsolado. Cuando el parto empezó a complicarse lo tuvieron que sacar prácticamente a rastras del partorio. Ahora nos encontramos todos en la sala de espera con el corazón en las manos aguardando noticias.

—Cariño, me voy a la cafetería. ¿Quieres que te traiga algo? —me pregunta José.

—Un café bien cargado. Gracias —le digo con una sonrisa apagada en la boca.

Él me sujeta por la barbilla y deposita un suave beso en mis labios.

Si todavía tuviera alguna duda de que José es el hombre de mi vida, ahora ya no me quedaría ninguna. Él ha estado todo el tiempo pendiente de todos nosotros, principalmente de Héctor: de no ser por él, mi cuñado hubiera sido invitado por los de seguridad a abandonar el hospital.

Cuarenta minutos más tarde aparece el médico para comunicarnos que todo ha salido bien, y que tanto mi hermana como mi sobrino se encuentran en perfecto estado de salud. El alivio se apodera de todos los presentes y nos abrazamos entre lágrimas. El médico permite la entrada de Héctor para que pueda estar con el bebé mientras terminan de atender a Alicia. Luego irán juntos desde el quirófano a la habitación.

Me alegro de que por lo menos aquí las cosas hayan cambiado y que los partos por cesárea no sean considerados apenas una cirugía, y sí un nacimiento. Siempre he pensado que lo primero que debería de escuchar el niño al nacer es la voz de su madre, que la primera piel que sienta sea la suya, y que la lactancia se inicie en la primera hora de vida del bebé, igual que en el parto vaginal. Conozco a varias mujeres que a las que les practicaron una cesárea y les arrebataron el derecho a disfrutar de ese momento mágico e inolvidable.

—Alicia, es el bebé más precioso que he visto jamás —le digo a mi hermana mientras sujeto a mi sobrino en brazos y lo miro embelesada.

—Es igualito a Héctor —dice mi hermana mirando a su marido con adoración.

—Sí, tiene un leve parecido, pero mi sobrino es mucho más guapo —le digo seria, aguantándome las ganas de reír.

—¡Eh, cuñadita! No hace falta que escondas tu amor por mí, todos ya se han dado cuenta de que babeas cuando me miras.

—Creo que te equivocas, Héctor, el único que la hace babear soy yo —le dice José pasando el brazo por mis hombros y atrayéndome hacia él—. Y Helena tiene razón, el bebé es mucho más guapo que tú.

Empezamos a reírnos y el sonido de nuestras risas despierta al pequeñín, que al instante empieza a lloriquear. Héctor me extiende los brazos para que le entregue a su hijo, lo hago, y miro cómo Héctor le pasa el bebé a mi hermana para que ella le pueda amamantar. El amor que se profesan el uno al otro es conmovedor. Me salta una lágrima al ver a los tres juntos, creo que nunca dejarán de emocionarme.

Nos despedimos y nos vamos a casa. Necesito ducharme y descansar un poco, estoy muerta de sueño, y al mirar a José veo que él también está bostezando. Le paso la mano suavemente por el contorno de su cara y le digo:

—Gracias por todo el apoyo que nos has dado, has estado increíble.

Me coge la mano y me besa los nudillos.

—No ha sido nada, Helena. Siempre estaré para ti —me dice y me mira con los ojos brillantes. Creo que él también se ha quedado tocado con la escena de amor en estado puro que hemos presenciado hace unos minutos.

Al llegar a casa mis niños saltan sobre mí y me hacen mil preguntas sobre su nuevo primito. Raquel también está eufórica. Le enseño la foto que he sacado del bebé y la mira boquiabierta.

—¡Dios mío, Helena! Que se vayan preparando las mujeres de todo el mundo, tenemos a otro Héctor. Me voy ahora mismo al hospital. Adiós.

—Hola José, adiós José.

Abro la boca para decirle algo, pero ella ya se ha ido. Pongo los ojos en blanco y suspiro resignada. Con las ganas que tenía de que se quedara con los niños un poco más: necesito descansar un ratito, estoy que no puedo con mi cuerpo.

—Cariño, no te preocupes, dúchate y descansa un rato. Yo me quedaré con los dos —me dice.

Lo miro con amor y agradecimiento, pero él también está agotado, y seguro que deseando asearse y quitarse el traje. Tras varias tentativas consigo convencerlo. Y mientras él se ducha yo preparo la comida, cuanto antes comamos antes se echarán la siesta mis tesoros, y yo por fin podré descansar.

Me despierto con el corazón acelerado y tanteo la cama en busca de mis angelitos, pero no están. En mi cama está José plácidamente adormecido. Cojo el móvil que está en la mesita de noche y a través de un sistema de vigilancia que José instaló en la habitación de mis angelitos los puedo ver y constatar que están apaciblemente dormidos en sus camas.

Miro la hora que es y me sorprende: son las cuatro de la tarde y hemos dormido dos horas seguidas. Me doy la vuelta y me quedo frente a José, velando su sueño y embebiéndome de cada detalle de sus atractivas facciones. El amor que siento por él explota en mi corazón y se extiende por cada poro de mi ser.

—Te quiero, José —susurro en voz muy baja y siento cómo unas lágrimas calientes se deslizan por mis mejillas—. No tienes ni idea de cómo me gustaría escuchar de tu boca que me amas como yo te amo. Por favor, no tardes demasiado amor, las necesito.

El sonido del teléfono retumba por toda la casa y me saca de mis ensoñaciones, me apuro para cogerlo antes de que el ruido despierte a mis tesoros. Es mi madre.

—Hola, mamá. ¡Qué alegría que me hayas llamado! ¡Feliz Año Nuevo!

—Hola, cariño. ¡Feliz año! Siento mucho no poder estar ahí para abrazaros. Os echo mucho de menos.

«Vaya manera de demostrarlo, pero bueno, no seré yo la que ponga trabas a una posible y definitiva reconciliación».

—Tengo una noticia maravillosa para ti —le digo eufórica.

—Estoy impaciente, dime, ¿qué noticia maravillosa es esa?

—Acabas de tener otro nieto, Alicia ha dado la luz a un precioso niño.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? Si no hubiera llamado para felicitarte, a saber cuándo me habría enterado.

—No empieces, mamá. La que se apartó de nosotras fuiste tú. Así que no entiendo a qué viene ese reproche —le digo enfadada.

No sé cómo tiene la cara de pedirme explicaciones. Es el colmo.

—Tienes razón, perdóname. Cuéntame todo, ¿cómo está?, ¿ha sufrido mucho en el parto?, ¿está dando el pecho a mi nieto?

—Para el carro, doña Mercedes. —Me río, y le relato todo el sucedido en estas últimas horas.

—¿Cuándo piensas venir, mamá? —le pregunto.

—En la segunda quincena, me han concedido una semana de vacaciones.

—Muy bien. Te estaré esperando, tenemos muchas cosas de qué hablar.

—Ya lo sé cariño. Dile a Alicia que he llamado y que me alegro mucho de que estén bien.

—¿Por qué no la llamas tú?

—¿Crees que me cogerá el teléfono? —me pregunta apenada.

—Claro que sí, mamá, Alicia es la persona con el corazón más grande que he conocido. Tienes suerte de que ella no tenga mi temperamento, si no tendrías que trabajar muy duro para conseguir que te escuchara.

—Estás en lo cierto, tesoro. Afortunadamente, tu hermana ha salido a vuestro padre. Bueno, tengo que cortar, y a la llamaré más tarde. Adiós, hija.

—Adiós, mamá.

Capítulo 14

Decido llamar a mi hermana para ponerla sobre aviso. Espero que nuestra madre no meta la pata y que por fin podamos reunirnos para esclarecer todo este mal rollo. Ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Hola, Ali. ¿Qué tal estas? —le pregunto a mi hermana.

—Ahora me encuentro un poco mejor, me han puesto un calmante para el dolor y está empezando a hacer efecto.

—Me alegro. Y mi sobrino, ¿ha podido coger el pecho?

—¿Coger el pecho dices?! Pregúntame más bien si ha soltado el pecho. Dios mío, Helena, es un tragón —me dice riéndose de satisfacción.

Escucho la voz de Héctor al fondo diciendo que su niño es un chico listo y que sabe lo que es bueno. Me río con ella. Y después de seguir hablando durante un rato le suelto que he hablado con nuestra madre y que esta la va a llamar más tarde. Alicia, que es todo corazón, se emociona y dice estar deseosa de recuperar a nuestra madre. «La que está escondida entre capas y capas de resentimientos», pienso yo. No sé qué va a pasar el día que le revelemos la verdadera naturaleza de nuestro difunto tío; temo por su salud, casi mejor la llevo al médico de cabecera para que él le haga una revisión antes de que le soltemos la bomba.

Vuelvo a mi habitación, encuentro a José desperezándose y siento cómo mi vientre se contrae.

—Hola —le digo con voz melosa.

—Hola, ¿dónde estabas? —pregunta con la voz enronquecida por el sueño.

—Estaba hablando por teléfono con mi madre. —Camino hacia él como si un hilo invisible tirara de mí.

—Y los niños, ¿dónde están?

—Todavía están durmiendo. Es la primera vez que duermen tantas horas seguidas durante el día —le digo con adoración y una inmensa necesidad de decirle que lo amo me invade, sin embargo tengo que callar mis sentimientos.

—Ven. Vuelve a la cama, vamos a aprovechar para descansar mientras podamos —me dice con una sonrisa que provoca que mi corazón se encoja un poquito más.

Le respondo con un movimiento afirmativo de cabeza, pues no soy capaz de decir nada, tengo un nudo en la garganta. Me mira inquisitivo y sé que me va a preguntar qué es lo que me está pasando; pero por suerte escuchamos las voces de los niños, y por el tono seguro que están peleándose por algo. Adiós a la tranquilidad.

Fabricio es el primero en entrar y por su cara es fácil adivinar que Sofía ha hecho de las suyas.

—Mami, Sofía ha escondido mi coche de Mario Kart y ha dicho que se lo va a regalar al primo Héctor —me dice mi niño con la carita bañada por las lágrimas.

—Ven aquí, tesoro. —Le extiendo los brazos y lo siento en mi regazo—. Tranquilo, mi amor, Sofía te devolverá tu coche.

—¡Fabricio!, eres un egoísta y un chivato —dice mi niña rebelde entrando en la habitación con cara de pocos amigos.

—Sofía, no hables así a tu hermano, discúlpate inmediatamente —le digo con voz severa.

—Vale, perdón —le dice a su hermano, pero su perdón es más falso que las lágrimas de un cocodrilo.

—Ahora devuélvele el coche a tu hermano —le digo.

—¡Jooo, mami!, Fabricio tiene montones de coches, ¿por qué no podemos regalarle uno al primo?

—De acuerdo, Fabricio le regalará su coche si tú le regalas tu muñeca Daisy. ¿Qué te parece? —le pregunto y noto cómo mi niño se relaja en mi regazo.

—Nooo, ¿cómo voy a regalar a Daisy?, es mi hija —me dice con una cara horrorizada.

José se parte de la risa, y yo tampoco puedo seguir manteniendo el tipo, ahora mismo mi niña tiene la boca abierta, los ojos como platos y la mano en el

corazón, es que no se puede ser más teatrera.

—Tengo una idea —dice José entre risas—. ¿Qué os parece si salimos para merendar y después compramos un regalo para el bebé?

—Me parece una excelente idea —le digo con una sonrisa enamorada en la cara.

El año no podía haber empezado mejor. Roberto sigue sin dar noticias, espero que esté a gusto donde sea que esté y que no vuelva nunca más. Los niños apenas preguntan por él, creo que el hecho de que José esté presente en nuestras vidas ha contribuido a que los niños se den cuenta de que la relación que tenían con su padre es pobre e insuficiente. Desde que José entró en nuestras vidas los niños florecieron, nunca los he visto tan felices, y José se desvive por ellos, pero también sabe hacerse respetar e imponer límites. Vivimos como una familia feliz, solo espero que este sueño nunca se acabe.

Hoy es mi último día de vacaciones, mañana retomaré mi rutina diaria. Por suerte cuento con Eva, mi eficiente ayudante, que en estos momentos se encuentra jugando con los niños en el parque. Esta mañana casi le da algo al encontrar a José prácticamente desnudo preparando el desayuno. Se me olvidó completamente decirle que Eva se incorporaba hoy al trabajo.

Mi corazón se encoje, no quiero que nada cambie entre nosotros. Sé que me estoy portando como una tonta insegura. Necesito repetirme una y otra vez que lo más importante son las acciones, las palabras son vacías sin los actos que las avalan. Justo en este momento mi móvil suena, trayéndome de vuelta a la realidad. Mi corazón se dispara al constatar que es un número desconocido.

—Sí, dígame —digo temiendo escuchar la voz de Roberto.

—Hola, Helena. ¿Me has echado de menos?

Mi pesadilla acaba de materializarse al otro lado de la línea.

—¿Qué quieres, Roberto? —le pregunto con el corazón en la mano.

—Esos no son modos de hablar con tu marido y con el padre de tus hijos.

—Querrás decir exmarido y, desgraciadamente, no puedo cambiar el hecho de que seas el padre de mis hijos. —Respiro hondo, y le digo—: Dime de una vez por todas que es lo que quieres, Roberto.

—Quiero ver a los niños este fin de semana. Pero no en tu casa, esta semana los voy a llevar al campo. —Su voz destila crueldad.

Empiezo a temblar de los pies a la cabeza. Jamás permitiré que se lleve a los niños, ni que yo tenga que desaparecer hasta que la justicia me dé la razón. No voy a consentir que él esté solo con los neños, no me fío de él.

—Olvidate, no voy a permitir que te los lleves —le digo con la voz trémula.

—Helena, sabes perfectamente que tengo el derecho de estar con los niños, y como no me los entregues el viernes por la noche, el sábado por la mañana me presento en tu casa con la policía.

No puedo permitir que se los lleve, tengo que pensar en algo, estoy segura de que Roberto no quiere a los niños. Me duele el pecho y empiezo a respirar con dificultad.

—Por favor, Roberto, no me hagas esto. ¿Qué es lo que quieres de mí? —le pregunto entre lágrimas.

—No te pongas histérica. De momento no quiero nada de ti. Y puedes estar tranquila, lo único que quiero es estar un rato con mis hijos.

—No, no te lo voy a permitir, por favor —le digo en un hilo de voz.

Mis piernas ya no me sostienen y me apoyo en la pared, deslizando mi cuerpo lentamente hasta encontrarme sentada en el suelo.

—Para que no pienses que soy un ser sin corazón, te permitiré venir con nosotros, y esta es tu única alternativa —me dice con un tono victorioso.

—De acuerdo —le digo sin pensarlo dos veces.

Corto la llamada y el miedo que he sentido se transforma en una rabia visceral. Empiezo a chillar como una loca y a despotricar contra de Roberto. Cuando ya no me queda voz para gritar me pongo a llorar desconsoladamente; y así me encuentra José, agotada y destrozada. Lo miro y en su cara veo dolor, rabia..., como si supiera lo que me sucede.

—¡Helena, por Dios!, ¿qué ha pasado? —me pregunta con la voz angustiada y me coge en brazos llevándome al sillón.

—José, no dejes que él se lleve a los niños —le digo y otra crisis de llanto se apodera de mí.

—Cariño, nadie se va a llevar a los niños, explícame qué ha pasado —me dice con determinación.

—Roberto llevará a los niños este fin de semana al campo, y me ha amenazado con traer a la policía si yo no se lo permito —le digo con la voz entrecortada por las lágrimas.

José se pone tenso y su cara da miedo, pero no me dice nada.

—No entiendo José cómo es posible que mi abogado todavía no haya conseguido nada en su contra. Tiene que haber alguna manera de probar que Roberto es un padre negligente y que lo único que quiere es hacerme daño.

—No te preocupes, Helena, tomaré todas las medidas de seguridad necesarias para que los niños estén todo el tiempo vigilados —me dice con voz serena, pero en sus ojos hay una tormenta capaz de destruir todo lo que se le ponga por delante.

—Él me ha dado la opción de irme con ellos y yo he aceptado —le digo con un hilo de voz.

José se levanta, cierra los puños y empieza a caminar de un lado a otro. Sus narinas se ensanchan y su respiración se hace pesada. Nunca lo he visto así, su cara está desfigurada por la rabia.

—Hijo de puta, ese es su juego. Está utilizando a los niños para chantajearte, para controlarte —dice enfurecido.

—No tengo elección, José. Mientras un juez no me dé la razón, tendré que aceptar su juego.

Me mira con intensidad y con dos pasos vence la distancia que nos separa, me coge de las manos y lo siguiente que sé es que estoy con las piernas entrelazadas en sus caderas.

—Como ese degenerado te ponga un dedo encima, te juro que lo hago desaparecer —me dice con voz dura, y con esa misma dureza se apodera de mi boca, besándome con ansia, con desesperación...

Su rabia se va minimizando poco a poco y la voracidad del beso también, ahora sus labios son suaves y su lengua se desliza lentamente contra la mía, en un baile pausado y sensual. Gimo de placer cuando saca su lengua y la pasa por el contorno de mis labios.

—Hazme el amor, José —susurro con un hilo de voz.

Necesito vaciar mi mente de todo el dolor que Roberto me hace sentir.

—Es lo que hago siempre, Helena —me dice y vuelve a adueñarse de mi boca, de mi cuerpo, de mi corazón...

La mañana se me ha hecho eterna. He tenido que mantener una sonrisa de felicidad en la cara para no decepcionar a mis veintisiete alumnos, que tras volver de sus vacaciones navideñas están eufóricos e ilusionados por los montones de juguetes recibidos de Papá Noel y de los Reyes. Es reconfortante mirar sus caritas de felicidad, el mundo es tan simple y mágico desde la perspectiva de un niño. No sé por qué tenemos que cargármolo todo cuando nos volvemos adultos.

Al concluir mi jornada laboral me dirijo al estudio de Raquel, ella me ha llamado antes y hemos quedado para hablar de su inminente viaje a Londres.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás? —le pregunto mientras la abrazo.

—Hola, Helena. Bien, voy llevándolo como puedo. Pero ya no puedo posponerlo más, el lunes tengo que estar en la sucursal de Londres. Tenemos que contarle a Alicia que me voy. He pensado que lo mejor será decirle que me han ofrecido el trabajo de mi vida y que no me dieron plazo para pensar, que o aceptaba y me presentaba el lunes o adiós al sueño de mi vida.

—Bueno, me parece que de momento no tenemos otra opción, se pondrá triste por no tenerte aquí, pero se alegrará al saber que estarás realizando tu sueño, te apoyará.

Asiente con la cabeza y veo cómo unas lágrimas empiezan a bajar por sus mejillas. Jamás imaginé ver a Raquel así, tan frágil, tan perdida, pero ella es fuerte y sé que superará todas estas pruebas que la vida le está poniendo.

—¡Eh!, no llores. Todo va a acabar bien, ya verás. Puede sonar a cliché, pero es cierto, por más difícil que sea la situación siempre hay una salida, Raquel —le digo y pienso en mi situación. Espero que este fin de semana acabe bien y que Roberto desaparezca de mi vida para siempre.

—No sé por qué, pero me ha parecido que estás intentando convencerte a ti misma.

—Tienes razón, necesito que todo acabe bien, Roberto se va a llevar a los niños al campo este fin de semana.

—Por Dios, Helena. Tú no puedes permitir que ese loco de tu ex se lleve a los niños, habrá algo que podamos hacer. Y ese abogado que contrataste, ¿todavía no

ha podido hacer nada?

—Está en ello, pero no tenemos pruebas, y mientras Roberto no meta la pata o encontremos algo en su contra, no podemos hacer nada —le digo abatida.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Por qué no le pides ayuda a Héctor? Seguro que él sabrá cómo ayudarte.

—De momento no quiero hacerle participe de esta historia, Raquel. Él y Alicia acaban de ser padres y merecen disfrutar de ese momento tan especial con tranquilidad, principalmente después de todo lo que han pasado. Además, José me está ayudando, tiene todo un equipo de seguridad trabajando para vigilarnos —digo con una media sonrisa en la cara, nombrar a José me da fuerzas.

Capítulo 15

Me tiré un buen rato hablando con Raquel, hasta que recibí un mensaje de José preguntándome dónde estaba y si iba a tardar mucho. Al comprobar mi teléfono vi que antes me había llamado tres veces. Me despido de Raquel y quedamos para vernos hoy por la noche en la casa de mi hermana.

Cuando llegué a casa Eva ya se había ido y los niños estaban plácidamente durmiendo la siesta. No veo a José por ningún lado, eso no es buena señal. Después de mirar en nuestro dormitorio, lo encuentro en la habitación que hemos adecuado para que sea su despacho, delante del ordenador tecleando con excesiva fuerza. Está tan concentrado en su trabajo que no se da cuenta de mi presencia, y cuando lo hace cierra el portátil bruscamente y me mira con mala cara. Me apresuro a disculparme:

—Perdona, de verdad que siento haberte preocupado. He pasado por el trabajo de Raquel, ella se va a vivir a Londres y Alicia todavía no sabe. Hemos quedado hoy en casa de mi hermana para que ella se lo cuente —le digo todo de golpe.

Me mira durante un rato y las arrugas que tenía en el entrecejo van desapareciendo poco a poco, dando paso a una sonrisa enigmática.

Tamborilea los dedos sobre el escritorio y me dice:

—Tendrás que recompensarme por el mal rato que he pasado. —Y su mirada apasionada me quema el cuerpo. Mi vientre se contrae y mi sexo palpita por la anticipación.

—Ahora mismo no se me ocurre nada, tendré que pensármelo —le digo con voz ronca, intentando hacerme la interesante.

—No hace falta que pienses, con que te desnudes para empezar está bien —me dice, y me sonríe con esa sonrisa entre seductora y canalla que tanto me pone.

No me puedo resistir y con mucho gusto me despojo de cada pieza de ropa, quedándome completamente desnuda bajo su ardiente mirada.

—Bien, ahora coge un cojín y arrodíllate aquí. —Separa las piernas y me indica con el dedo donde quiere que me arrodille, como si necesitara que me indique, como si no supiera que es lo que quiere—. Tengo algo para ti —susurra y su respiración se hace pesada.

Tiene la suerte de que lo deseo, si no le mandaría a tomar viento.

Camino sensualmente moviendo las caderas hasta el sillón que está al otro lado de la habitación, y me inclino para coger la almohada doblando mi cuerpo todo lo que puedo, para que él pueda tener una buena vista de mi trasero y de mis partes íntimas.

Escucho como gime y la diosa que llevo dentro ronronea de gozo. Me doy la vuelta y con el cojín en la mano me dirijo hacia él, deteniéndome entre sus piernas. Tiro la almohada al suelo y apoyando las manos en sus muslos bajo lentamente, poniéndome de rodillas delante de él.

Me paso la lengua por los labios, humedeciéndolos, preparándolos para lo que viene a continuación.

Me muerdo el labio inferior de manera provocativa y meto las manos bajo su camiseta, siento sus trabajados abdominales bajo la palma de mis manos a medida que las voy subiendo para sacarle esta molesta prenda. Pero él se me adelanta y la saca por la cabeza, dándome una espectacular vista de su torso. Lo miro a los ojos y me estremezco ante el fuego que destella de ellos. Gimo y bajo mis manos hasta la cinturilla de sus pantalones de chándal. Vuelvo a humedecer mis labios...

—Por Dios, Helena, no me tortures más —susurra con voz quebrada.

Sonrío y, ayudada por él, le bajo los pantalones, dejando su potente erección libre y al alcance de mi boca. Apoyo las manos en sus muslos, clavando las uñas en ellos. Gime y su cuerpo se tensa. Me inclino y paseo la punta de la lengua por su longitud, deteniéndome en el glande, presionando ese pequeño orificio. Mi sexo se humedece y mis pezones se vuelven duros y sensibles al escuchar sus gemidos y gruñidos de placer.

Le cojo el pene con una mano y lo muevo suavemente de arriba abajo, una... dos... tres... veces; hasta que unas gotitas de líquido preseminal empiezan a brillar en la superficie, me inclino y froto el glande por mis pezones, esparciendo su humedad por ellos.

—Helena... —gime mi nombre—. Por favor...

«Eso es, José, así te quiero, desesperado y suplicando por mi boca». Decido no hacerlo esperar más y deslizo su miembro por mi lengua, introduciéndolo hasta el fondo, tragándomelo. Las lágrimas se deslizan por mis mejillas, pero no me importa, quiero que él enloquezca de placer.

—Joder... me vas a matar —murmura entre dientes.

Repito el movimiento otras dos veces y a continuación empiezo a chuparlo fuerte, mientras mis manos trabajan en sintonía con mi lengua. Con la otra mano envuelvo sus testículos con delicadeza y los masajeo suavemente. Siento su cuerpo estremecerse y sé que no tardará en correrse. Intensifico los movimientos dispuesta a llevarlo al éxtasis.

De repente me envuelve el pelo con los dedos y, tomándome completamente por sorpresa, me inmoviliza la cabeza.

—Para, Helena —me dice con voz firme.

Lo miro y por un momento me siento insegura. Me da una sonrisa pecaminosa y el aire vuelve a mis pulmones.

—Quiero correrme dentro de ti, quiero sentir cómo me estrujas cuando te vienes —me dice y, sin darme tiempo ni siquiera de pensar sus palabras, me sienta a horcajadas sobre su regazo. Y todavía con los dedos enredados en mi pelo, tira de mi cabeza acercando mi boca para que la suya la posea.

Mientras su boca devora la mía, sus manos se apoderan de mis pechos, de mis pezones. Gimo en su boca cuando los envuelve con la punta de los dedos y los retuerce suavemente. Bajo mi mano hasta su pene, necesito tenerlo dentro de mí, pero él me sujeta la mano.

—Sujétate al respaldo de la silla —susurra en mi boca.

Hago lo que él me pide y esta posición hace que mi boca esté a escasos centímetros de la suya. Lo miro a los ojos y esa conexión sexual que nos domina explota, provocando que nuestros cuerpos se estremezcan y que nuestra respiración sea apenas un jadeo. Su mano baja por mi vientre hasta posarse sobre mi sexo y mi cuerpo se tensa. Estoy tan sobreexcitada que creo que me correré solo con el cosquilleo que su aliento caliente me está provocando en los labios.

—José... —murmuro cuando me presiona el clítoris con la palma de la mano. Y grito cuando mete un dedo dentro de mí, luego otro... y otro...

—Muévete —me dice con un susurro sin apartar la mirada.

Y lo hago, al principio de forma lenta, y a medida que la lujuria me domina, me muevo salvajemente. ¡Virgen santa! Es demasiado bueno. Cada vez que me bajo siento sus dedos profundamente y la presión que provocan sus nudillos en mi entrada es enloquecedora. Tras algunos movimientos más, él saca los dedos y me ensarta con su pene, penetrándome tan profundamente que llega a ser casi doloroso.

—¡Aaaggg! —gimo de placer y clavo las uñas en el respaldo del sillón.

—Pasa las piernas por los reposabrazos y apoya los muslos en ellos —me pide con voz ronca.

Con un movimiento digno de una gimnasta olímpica, sigo sus instrucciones. Y en este momento soy consciente de que he perdido el control. Ahora estoy literalmente en sus manos.

Desliza las manos bajo mis nalgas y empieza a moverme a su antojo. Arriba, abajo, hacia delante, hacia atrás, con movimientos circulares, me muero... Cada vez más rápido, más fuerte, más profundo. Una y otra vez... Esto es, sin duda alguna, lo más delicioso que he experimentado jamás.

Empiezo a sentir esa conocida y deseada presión en mi vientre, mis entrañas tiemblan alrededor de su pene. Un gigantesco orgasmo se está formando y necesito liberarlo.

—José... —lloriqueo cuando siento la punta de su dedo presionando mi ano, pidiendo permiso para entrar. Me relajo y consiento la invasión.

Las sensaciones me sobrepasan, me estoy volviendo loca... Pensaba que esto solamente pasaba en las novelas eróticas, pero creo que me voy a desmayar de placer.

—¿Te gusta que te toque aquí? —pregunta con voz jadeante.

—Sííí... —gimo.

Su lengua invade mi boca con la misma ferocidad con la que su miembro invade mis entrañas, conduciéndonos a un clímax demoledor, que nos consume todas las fuerzas.

Nos dejamos caer en el sillón y así nos quedamos un buen rato, recuperando el aliento y tranquilizando los acelerados latidos de nuestros corazones.

—Pasa las piernas alrededor de mis caderas —me dice y me besa con ternura.

Lo miro de manera inquisitiva. Después de la intensidad con la que nos hemos corrido, no creo que pueda soportar otro orgasmo.

Me da una sonrisa de suficiencia, como diciendo «yo sí que estoy preparado para el segundo *round*».

—Nos vamos a la ducha, cariño, a ducharnos —me dice con una sonrisa traviesa.

Nos duchamos, es cierto, pero también hicimos muchas otras cosas...

A las ocho en punto nos encontramos con Raquel en la puerta de la casa de mi hermana. Mi sobrino está para comérselo. En estos tres días que llevo sin verlo ha cogido peso y está más guapo si cabe. Y mi hermana, a pesar de las molestias que conlleva una intervención como la cesárea, no se quita la sonrisa de la cara. Sonrisa que se quedó congelada cuando Raquel le comunicó que se iba a vivir a Londres, pero después de algunas lágrimas se animó por su mejor amiga.

Raquel ha sido muy generosa con mi hermana: a pesar de necesitar apoyo y un hombro amigo para desahogarse, ha ocultado su dolor para que mi hermana disfrute de ese momento de pura felicidad. Creo que estas son las personas que realmente merecen la pena mantener en nuestras vidas. No esos falsos amigos que «mucho ji, ji, ji, ja, ja, ja», pero cuando los necesitas de verdad, te clavan el puñal por la espalda.

No nos extendemos en nuestra visita, mi hermana necesita descansar y recuperar fuerzas, ya que mi sobrino es un tragón, ¡madre mía!, nunca he visto a un bebé succionar con tanta ansia, no es de extrañar que se esté poniendo como un toro. Menos mal que le ha tocado una mamá con unas buenas reservas de leche.

Hacemos el camino de vuelta a casa en un reconfortante silencio. Miro hacia atrás y mis tesoros están jugando con sus maquinitas, y al volver la mirada hacia delante me encuentro con la de José, ha sido solo una fracción de segundo, pero ha sido lo suficiente para acelerar mi corazón y hacer que millares de mariposas revoloteen en mi estómago. Y al sentir la presión de sus dedos en mi rodilla, un cosquilleo se extiende hasta mis entrañas. Eso era lo que tanto anhelaba sentir, pero con lo que no contaba era que la persona a la que amo con todo mi corazón no sea capaz de verbalizar su amor por mí.

Hoy empieza mi pesadilla. Roberto me ha llamado para comunicarme que viene a recogernos a las seis de la tarde. Los niños están eufóricos, les encanta ir al campo. Cuando sus abuelos estaban vivos pasábamos parte de las vacaciones de verano allí, en esta época éramos una familia feliz, bueno, eso era lo que yo me creía. Pero siempre que echo una mirada hacia atrás, veo a una chica agotada con dos bebés enchufados en cada pecho y un marido que lo único que hacía era demandarme cosas absurdas, como por ejemplo: que al freír un huevo la yema se quedara perfectamente en el centro; que los productos de limpieza fuesen todos de color verde y los de aseo incoloros; que al comprar fruta y verdura todas tuviesen un tamaño y un color similar, etc. Además estaba constantemente criticando mi aspecto, cansado y descuidado. ¿Cómo no iba a estarlo si el ratito de tiempo libre que tenía estaba intentando hacer las cosas cómo a él le gustaban? Si esto me pasara hoy en día, y un hombre me pidiera que le friera un huevo con la yema en el centro, puedes estar segura de que los únicos huevos fritos que iba a tener serían los suyos.

Termino de preparar la maleta y miro la hora, quince minutos me separan de mi trágico fin de semana. Observo cómo unas gotas de agua caen sobre la maleta. Me toco las mejillas y son mis lágrimas las que la están mojando, no me había dado cuenta de que estaba llorando. No tener alternativa, y saber que Roberto me está manipulando, me enferma. Solo espero que cuando la justicia por fin me dé la razón no sea demasiado tarde.

Respiro profundamente e intento aliviar esta opresión que tengo en el pecho. El día de hoy ha sido muy duro para mí, y de no ser por el apoyo de José no lo hubiera soportado. Él ha estado a mi lado en todos los momentos, incluso me ha enseñado defensa personal, además de armarme con una pistola Tásar, cosa que si te soy sincera me ha encantado. Espero no tener que usarla, pero de ser así, me gustaría ver cómo el humo le sale por las orejas, como en los dibujos animados. Empiezo a reír al imaginarlo con los pelos de punta, chamuscado y echando humo.

El sonido de la puerta al abrirse me conecta nuevamente con la realidad, me doy la vuelta para ver quién es, y me encuentro con un par de ojos avellanas. Él me sonríe y por un instante todos mis problemas se quedan olvidados. Corro en su dirección y él me envuelve en un poderoso abrazo.

—Tranquila, Helena, todo va a salir bien. Tengo todo preparado para actuar ante cualquier movimiento sospechoso de Roberto —me dice con seguridad mirándome fijamente a los ojos

Me libera de sus brazos, pero su cuerpo sigue pegado al mío. Con la punta de los dedos traza el contorno de mi cara, de mi nariz, de mi boca. Entreabro los labios y dejo escapar un placentero gemido. Su boca se aproxima lentamente a la mía y cuando por fin se tocan, nos besamos con desesperada urgencia.

—Mami..., mami...

La voz de los niños nos interrumpe y, a pesar de nuestra reticencia, separamos nuestras bocas y nos quedamos abrazados hasta recuperar el aliento.

—Mami, papá ha llegado y nos está esperanto abajo —me dice Fabricio entusiasmado. De los dos, él es el que más impaciente está por irse con su padre.

—De acuerdo, tesoro, ya bajamos —le digo intentando esconder mi pena.

Sofía entra en la habitación con sus dos muñecas preferidas en la mano, mira a José y después me mira a mí.

—Mami, ¿por qué José no puede venir con nosotros? Yo quiero que se venga —me dice y su vocecita tiembla.

Dios, por favor, no permitas que mi niña llore, si no no seré capaz de controlarme. Trago el nudo que tengo en la garganta y con una sonrisa en la cara le respondo:

—Tesoro, a José también le encantaría venir con nosotros, sin embargo él tiene que trabajar este fin de semana. ¡Anda!, dale un besito de despedida —le digo, mientras observo cómo sale disparada en dirección a José y él la recibe con los brazos abiertos.

—Te voy a echar de menos, José. Y para que no estés solito, voy a dejar a mi hija Beth contigo, para que te cuide, ¿vale?

La emoción me sobrepasa y no puedo impedir que unas calientes lágrimas se deslicen por mi cara. José cierra los ojos y la abraza con tanto sentimiento que creo que va a empezar a llorar.

—Vale, preciosa. Gracias por dejar que Beth me cuide, yo también la cuidaré.

Me seco las lágrimas, cojo la maleta y mi bolso. Y con Fabricio de la mano y seguida por José, que lleva Sofia en brazos, voy al encuentro de mi exmarido.

Nada más salir del ascensor me lo encuentro de frente, con una sonrisa cínica en la cara. Y me entran unas ganas enormes de coger esa pistola Tásar que tengo escondida en un fondo falso de mi bolso y borrarle esa sonrisita con una buena descarga eléctrica.

Fabricio se suelta de mi mano y corre a los brazos de su padre.

—¡Hola, papá, por fin has llegado! Estoy deseando ver a Chispita. ¿Crees que se acordará de mí?

Chispita es la perra de Juan y era apenas un cachorrito cuando la vimos por última vez. De eso ya hace más de un año, justo antes de la separación.

Juan y su mujer Ana son un matrimonio mayor que llevan cuidando de la casa de campo de los padres de Roberto toda la vida. Son entrañables y tienen verdadera adoración hacia los niños. Cuando su perra Luna tuvo una camada de cachorritos, Juan permitió que los niños escogiesen un perrito para ponerle nombre y ellos se decidieron por la perrita más chiquitita del grupo, a la que llamaron Chispita. Se decantaron por este nombre influenciados por un gatito que tenía mi hermana que se llamaba Chispas.

Capítulo 16

—Hola, campeón. Lo siento mucho, pero Chispita ha muerto —le dice a Fabricio sin el menor tacto.

La sonrisa de alegría que tenía mi niño muere en su carita. Al instante se aleja de su padre y viene a mí con los ojos inundados por las lágrimas.

—Mamá, fue nuestra culpa, lo abandonamos, por eso se ha muerto —me dice y a esas alturas llora copiosamente.

Cojo a mi niño en brazos e intento tranquilizarle, mientras tanto lanzo una mirada envenenada a Roberto.

—¿¡Qué?! No sé por qué este drama, era solo un perro, y ni siquiera era suyo —remata Roberto con crueldad.

José se aproxima y me deja a Sofía, que también llora desconsolada. Acto seguido coge la maleta y tira de Roberto hasta la calle.

—Guardaré el equipaje en el coche mientras tú intentas calmar a los niños —me dice José con la voz queda.

Él tiene la mandíbula apretada y los puños cerrados, sé que está furioso, y estoy segura de que se ha llevado a Roberto para cantarle las cuarenta. Creo que este fin de semana no va a acabar bien, no hace ni diez minutos que estoy con mi exmarido y ya he querido electrocutarlo dos veces, me parece que la que va terminar en la cárcel seré yo.

—Chiss... tranquilizaos. Estoy segura de que Chispita está en el cielo, jugando con otros animalitos —les digo con cariño.

—¿De verdad, mami? ¿Los animales también se van al cielo como las personas? —me pregunta Sofía ya más calmada.

Fabricio me mira atentamente, esperando mi respuesta.

—Creo que sí, mis amores. Al final, ellos también son criaturas de Dios —les digo para calmarlos, pero esa teoría va en contra de lo que la teología católica dicta. Según ellos, los animales no pueden ir al cielo, ya que no tienen alma. Bueno, nosotros nos quedaremos con el cielo.

Después de asegurar la correcta instalación de las sillitas de seguridad en el coche de Roberto, José se despide de nosotros. Al abrazarme me susurra al oído que esté tranquila, él no nos dejará sin vigilancia ni un solo instante.

Nada más arrancar el coche Roberto se disculpa por su desafortunado comentario, y al no obtener ninguna palabra de mi boca me echa en cara su generosidad al permitir que yo vaya con ellos. No obstante, soy incapaz de decir nada, tamaño es mi enfado. El viaje se hace en el más completo silencio, ya que los niños se quedaron dormidos al instante. Una hora después aparcamos el coche delante de la rústica casa de campo.

Juan y Ana se percatan de nuestra presencia y se acercan a saludarnos. Despierto a los niños y cuando ven a Juan ablando con Roberto bajan apresurados del coche.

—Pero bueno, no me lo puedo creer. ¡Cómo habéis crecido y qué guapos estáis! Ven, den un abrazo a ese viejo.

Los dos se tiran a los brazos de Juan y lo acribillan a preguntas sobre Chispita. Cierro la puerta del coche y me dirijo a saludar a Ana.

—Hola, Ana. Qué alegría verte —le digo y la abrazo con cariño.

—Hola, niña. También me alegro mucho de verte. Estás más guapa que nunca.

—Gracias, Ana. ¿Qué tal las cosas por aquí?

—Todo sigue igual, mi niña. Bueno, en estos últimos días he notado un movimiento raro en el camino que lleva a la autovía.

Me cuerpo se tensa y pienso en José, seguramente serían él y su equipo de seguridad inspeccionando el perímetro. Mejor cambiamos de tema.

—Me he enterado que Chispita ha muerto. ¿Qué ha pasado, Ana? —le pregunto.

—Fue una pena, mi niña, con lo que peleamos para salvarla mientras vosotros estabais aquí. Sin embargo, al día siguiente de vuestra partida Roberto ordenó a Juan que la sacara de la casa y la dejara en el cobertizo con los demás perros. Y la pobrecita no sobrevivió, era muy pequeñita y necesitaba cuidados especiales.

Cierro los ojos y respiro profundamente un par de veces, no puedo creer que la crueldad de Roberto llegue a ese punto. Él sabía lo mucho que los niños querían a

esa perrita, pasaron horas y horas cuidándola y alimentándola para que sobreviviera. Otra vez me pican las manos y las ganas de electrocutarlo cada vez son más grandes.

Ana, como siempre, servicial. Se preocupó hasta de preparar la habitación contigua a la de los niños para mí, detalle que agradecí inmensamente. Tras deshacer la maleta me reúno con Ana y los niños en el comedor, por suerte esta noche no tendré que aguantar la insufrible presencia de Roberto, cenaremos sin él, ya que se ha ido con Juan a la finca colindante.

—Gracias, Ana, la cena estaba deliciosa. ¿Verdad niños?

—Sííí... responden a la vez.

Y Sofia, la muy traidora, le dice a Ana:

—Estaba mucho mejor que la de mamá.

—¿Ah sí?, traidora, ya te dejaré sin galletas de chocolate —le digo con una falsa cara de ofendida.

—¡No, mamá! Era broma, prefiero comer tu comida —se apresura a decir por miedo a perder sus galletas preferidas.

—Muy bien, así me gusta. Ahora dale las buenas noches a Ana, y a la cama.

—Buenas noches Ana, gracias por todo —le digo y la abrazo cariñosamente.

—No hay nada que agradecer, mi niña. Descansa.

Nos retiramos al dormitorio y los niños no tardan ni dos minutos en caer rendidos. Yo, en cambio, no sé si seré capaz de dormir. Me atemoriza pensar cómo va a acabar este fin de semana. Por fin el cansancio me vence y me entrego a un sueño turbulento.

Todavía no había alanzado un nivel profundo de sueño cuando tengo la sensación de estar siendo observada. Estiro el brazo para encender la lamparita y siento cómo el colchón se hunde a mis espaldas. Mi boca se seca y mi corazón se dispara, no creo que Roberto se atreva a intentar algo teniendo a los niños a escasos metros. Enciendo la luz y me armo de valor para darme la vuelta.

—¡Roberto!, ¿qué haces aquí? —le pregunto con voz severa, pero en el fondo estoy temblando de miedo.

—He venido a ver si estabais bien instalados —me dice y sus ojos pasean por mi cuerpo semidesnudo.

—Pues ya has visto que sí, ahora te pido que te retires.

—Resulta que, ya que estoy aquí, quiero aprovechar para comentarte un par de cosas.

Su mirada descarada me está poniendo cada vez más nerviosa, tiro de la manta y me tapo hasta el cuello.

—No hace falta que te tapes, sé perfectamente que es lo que escondes debajo de estas mantas. No te olvides de que hemos estado casados y que conozco perfectamente cada pedacito de tu cuerpo.

Un malestar me invade al pensar que esas manos y esa boca asquerosa han tocado mi cuerpo.

—Dime lo que sea que tienes que decirme y largo de aquí, Roberto. Y que sea la última vez que entras en esta habitación mientras yo esté aquí —le digo y me levanto, procurando que la manta no enseñe ningún trozo de mi piel.

Estar acostada en la cama con Roberto mientras me mira desde una altura más elevada que la mía me estaba produciendo una sensación de indefensión.

—He decidido dejar que vivas tu aventura con ese musculitos que se cree 007. Es lo más justo, así te sentirás vengada y podremos retomar nuestro matrimonio desde donde lo dejamos. De todos modos, esta relación tiene los días contados —me dice con total normalidad.

Yo lo miro ojiplática, no soy capaz de dar crédito a lo que me está diciendo. ¡Virgen Santa! Está como una cabra. Decido volverme tan loca como él y le pregunto:

—¿Se puede saber cómo has llegado a esta brillante conclusión?

—No son conclusiones, Helena, son informaciones. ¿Sabías que tu queridísimo José estaba prometido y que su ex lo dejó tres días antes de la boda?

—¿Qué sandeces son esas que me estás diciendo? —le pregunto al darme cuenta de que de loco tiene muy poco. Simplemente está jugando conmigo.

—A su debido tiempo te darás cuenta de que no son sandeces mías. Su prometida era la famosa modelo Carla Blau, y tras abandonarlo en el verano del año pasado concedió una rueda de prensa, donde reconoció que no estaba enamorada de él y que sentía mucho el daño que le había hecho. Todavía a día de hoy son muchos los medios de comunicación que aseguran que ellos aún se aman y que no tardarán en hacer las paces.

No es cierto, Roberto está mintiendo. Esa es su manera retorcida de hacerme daño.

—Por tu cara veo que no eras conocedora del pasado de José. Eso es lo que tiene ser la amante. ¿Para qué hacer confidencias si lo único que nos interesa es el sexo?

—Fuera de aquí, eres un desgraciado, te odio —le grito embargada por el dolor.

—Cuando José te deje, volverás a mí. Y yo te perdonaré y volveremos a ser una familia.

Lo empujo fuera de la habitación y cierro la puerta con todas mis fuerzas, sin importarme que el ruido pueda despertar a toda la casa.

Apoyo la espalda sobre la puerta y el dolor se hace insoportable. Sin ánimo para llegar hasta la cama, me dejo caer al suelo y lloro como nunca he llorado en mi vida, ni cuando me separé de Roberto lloré así. Dios, no puede ser verdad, José no me haría eso, él no jugaría con mis sentimientos y mucho menos con los de los niños, ellos lo quieren con locura. Hoy entiendo a las personas que dicen que les duele el corazón, el mío está sangrando.

Me levanto del suelo cuando empiezo a no sentir mis extremidades y a temblar de frío. Me meto en la cama y me hago un ovillo bajo la manta, pero ni todo el calor del mundo es capaz de caldear mi cuerpo. Tal vez sea por eso por lo que él nunca me ha dicho que me amaba, porque en realidad no me ama. Y por lo que Roberto me contó, ellos habían roto poco antes de que yo lo conociera. Es imposible que él la haya olvidado en tan poco tiempo. Un sollozo escapa de mi garganta y otra vez me dejo llevar por la congoja.

Tras haber agotado mi reserva de lágrimas, esa vocecita fastidiosa que siempre me está llevando la contraria decide, por primera vez, echarme un cable: «Tiene que haber una explicación, Helena, José no te haría eso, y Roberto no es de fiar, seguro que está distorsionando la información». También por primera vez decido escucharla, me portaré como la persona madura que soy, y hablaré con José antes de sacar conclusiones precipitadas.

Con la decisión tomada y una migaja de esperanza me tranquilizo. El sueño no tarda en llegar y me dejo vencer por el agotamiento.

A la mañana siguiente me despierto con un fuerte dolor de cabeza, estiro la mano y cojo mi móvil. ¡Virgen santa!, ¡son las diez de la mañana! Pego un salto de la cama y me arrepiento de inmediato, mi cabeza va a explotar. Todavía aturdida entro al dormitorio de mis niños, pero sus camas están vacías. Mi corazón se dispara y un miedo atroz me invade, y, sin preocuparme por mis vestimentas, salgo como una loca por el pasillo, llamándolos con voz desesperada. Ya he recorrido prácticamente toda la casa y no los veo ni escucho el sonido de sus voces por ninguna parte.

Me estoy preparando para salir afuera, cuando me doy cuenta de que estoy prácticamente desnuda. Vuelvo corriendo a la habitación para cambiarme y me choco con Roberto.

—Pero bueno, ¿dónde vas vestida así y con tanta prisa? Debo informarte de que mi habitación está en esta dirección —me dice con voz ronca y me rodea con sus brazos, restregando su cuerpo contra el mío.

—Suéltame, ¿dónde están los niños? —le pregunto histérica e intento librarme de sus garras, pero mi resistencia parece excitarlo.

—Están con Ana, ella se los ha llevado al gallinero. No te preocupes, Ana no dejará que nada malo les pase. Y yo tampoco, Helena, son mis hijos y los amo.

Lo miro a los ojos deseando encontrar algo de verdad, pero su mirada contradice sus palabras. Roberto planea algo, estoy segura. Noto como afloja el abrazo y aprovecho para empujarlo con todas mis fuerzas, por poco no se cae.

—Mantente alejado de mí, Roberto, o te arrepentirás —le digo y pienso en la Táser. A partir de ahora no me separaré de ella ni para ducharme.

Entro en mi habitación y nada más cerrar la puerta mi móvil empieza a sonar. Lo cojo y veo que hay varias llamadas y mensajes de José. Mi corazón se acelera, me siento perdida, no sé si podré hablar con él sin llorar.

—Hola —digo con un hilo de voz.

—Por Dios, Helena, ¿qué está pasando? ¿Por qué no me cogías el móvil? Llevo casi una hora llamándote. Estaba a punto de presentarme ahí.

—Tranquilo, no ha pasado nada. Me desperté tarde y como los niños no estaban, salí a buscarlos —se me quiebra la voz.

—Helena, ¿ha pasado algo más? Dime la verdad —me pregunta desesperado.

Me trago las lágrimas e intento controlar mis emociones, pero no soy capaz.

—No quiero estar aquí, José, quiero irme a casa. No soporto más esta situación.

Toda la angustia vivida ayer, sumada a este desquiciante dolor de cabeza y al pánico que sentí al despertarme y no ver a los niños se me viene encima, y lloro de manera descontrolada.

—Aguanta, cariño, en unos instantes estaré ahí.

Mi pena es tan grande que no me paro a pensar en sus palabras. La presión psicológica que Roberto está ejerciendo sobre mí me está desequilibrando emocionalmente. Me tomo un analgésico y vuelvo a meterme en la cama, las lágrimas siguen cayendo sin control y no me importa, necesito sacar este dolor del cuerpo.

En medio de mi tormento escucho la voz de José y siento cómo sus dedos me acarician las mejillas.

—Chiss..., estoy aquí cariño. Tienes que calmarte, te prometo que todo va a acabar muy pronto —me dice con voz tranquilizante.

Abro los ojos y veo que no estoy delirando, José está aquí conmigo. Lo abrazo con desesperación, necesito sentir su calor, su fuerza.

—Estás aquí... —susurro.

—Sí, pero debo irme, Helena. Ana ya está de vuelta con los niños, no tardarán en entrar. Tienes que ser fuerte, nada os va a pasar, te lo prometo —me dice con convicción y me besa como desesperación.

Con la misma rapidez que apareció, desapareció. Si no tuviera los labios hinchados y sensibles pensaría que ese beso había sido una alucinación.

La visita de José me ha devuelto el ánimo y la esperanza. Debo de ser fuerte, no puedo dejar que Roberto me manipule. Con este pensamiento paso el resto del día sin mayores percances. Los niños lo están pasando en grande. Ana y Juan ceden a todos sus caprichos y Roberto sigue en su línea de siempre: que no corran por la casa, que no griten, que no toquen nada, no esto, no lo otro, o sea, un cascarrabias aburrido. Por lo menos no me ha molestado más, desde el episodio de esta mañana no hemos intercambiado ni una sola palabra.

Después de acostar a los niños y hablar con José decido bloquear la puerta de la habitación con una silla. También cojo la Tásar y la coloco debajo del colchón. Mejor prevenir que curar. El cansancio no tarda en hacerse notar y me dejo llevar por el sueño.

Capítulo 17

Esta mañana me despierto a mi hora habitual, las seis en punto, como un reloj. Me levanto y echo un vistazo a mis tesoros, suelto un suspiro de alivio al verlos durmiendo calentitos en sus camas. Al volver a mi cama me llama la atención una hoja blanca que está debajo de la silla. La cojo y es la inconfundible letra de Roberto.

Helena:

Estás muy equivocada si crees que una simple silla me mantendría lejos de ti si yo realmente tuviera la intención de entrar. Ya te lo he dicho y te lo vuelvo a repetir: dejaré que vivas tu aventura con José, pero esta será la última. Después volveremos a estar juntos para siempre.

Roberto.

Dios mío, ya no sé si está loco y de verdad se cree sus delirios, o si está queriendo volverme loca. Estrujo la nota con las manos y la tiro lejos de mí. No puedo seguir viviendo así por mucho tiempo, tiene que haber algo que yo pueda hacer. En un atisbo de lucidez vuelvo a coger la nota, la extiendo para que recupere su forma y la guardo en mi bolso. A lo mejor mi abogado puede hacer algo con ella.

Tenía la intención de ayudar a Ana con el desayuno. Sin embargo, después de leer la nota no me atrevo a salir de la habitación, me quedaré aquí hasta que los niños se despierten. Después bajaremos juntos, y no me separaré de ellos y de Ana en lo que queda de día.

A pesar del constante estado de tensión en que me encuentro, he pasado un día divertidísimo con los niños. La última travesura de Sofía casi mata a Ana de tanto reír: la ingeniosa de mi niña ha cogido la ropa de su muñeca, sombrero incluido, y ha decidido jugar a la Barbie con un pobre pollito; la criatura estaba desesperada dando saltos y tratando de librarse de las prendas a picotazos, mientras mi niña lo perseguía diciendo: «pollito malo, te vas a quedar sin maíz el resto de tu vida». Fabricio, a su vez, la perseguía a ella, intentando salvar al desvalido animalito de las manos de su malvada hermana. Todavía me duelen los costados de tanto reír.

Consgo sobrevivir hasta el final del día, y una alegría inmensa me inunda cuando cierro la maleta y me preparo para retornar a la seguridad de mi casa. Nos despedimos de Ana y Juan y, a pesar de quererlos mucho, espero no volver a esta casa nunca más.

Ya es entrada la noche cuando salimos de la finca y el trayecto de vuelta se me hace eterno. Roberto me mira con insistencia y sospecho que me quiere decir algo. Mi corazón se sobresalta y pido a Dios que no lo haga. Me siento débil y no me encuentro en condiciones de jugar a este macabro juego. Cuando veo la glorietta que da acceso a mi calle casi lloro de alivio. Nada más aparcar el coche me bajo y saco a los niños. José ya me está esperando y se encarga de sacar mis cosas del maletero. Mientras tanto yo me quedo a una distancia prudencial, a la espera de que los niños se despidan de su padre, pero cuando le veo caminando en mi dirección empiezo a temblar.

—Adiós, Helena. Aprovéchalo mientras dure y no te olvides de lo que te he dicho —me manifiesta con un tono de voz amenazante y se inclina para besarme, pero yo me aparto asustada dando varios pasos hacia atrás.

José al momento está a mi lado y, tras darse cuenta del estado en que me encuentro, se apresura a meter a los niños en el ascensor. Sofía y Fabricio no paran de hablar, están deseosos de relatar a José todas sus aventuras y travesuras. José les presta atención haciéndoles varias preguntas, sin embargo, su mirada inquisitiva está clavada en mí.

Por suerte es tarde y los niños están cansados, y es tarea fácil meterlos en la cama. Ahora viene lo más difícil, enfrentarme a la verdad. Salgo de la habitación de mis tesoros y encuentro a José apoyado en la pared del pasillo, esperándome. Me coge de la mano y me lleva al salón, se sienta y me coloca en su regazo.

—Ahora me vas a contar la verdad. ¿Qué fue lo que realmente pasó, Helena? —me pregunta afligido.

—Roberto ha estado todo el fin de semana torturándome psicológicamente, también me ha contado cosas sobre ti —le digo y observo cómo aprieta el maxilar con fuerza.

—¿Y tú le has creído?

—Era irrefutable. Sin embargo, la versión que me interesa es la tuya, no la de tu exprometida y, mucho menos, la de Roberto —le digo y lo miro a los ojos.

Su reacción me desconcierta, esperaba que esquivara el tema o que se enfadara, pero que sintiera alivio y riera, jamás. Y para completar mi desconcierto me tumba en el sillón y pega su cuerpo totalmente al mío. Pasa la punta de los dedos por el contorno de mi cara, de mi boca, y con una mirada intensa me dice:

—Yo no la amaba, Helena, y ella miente. Fui yo quien rompió el compromiso, pero ella se inventó toda esa película para no ver su imagen dañada en la prensa.

Mi corazón explota de felicidad al escuchar estas palabras: él no la amaba, él no está jugando con mis sentimientos ni con los de los niños. Vuelvo a respirar y a

tener esperanzas de escuchar esas palabras que veo en su mirada. Pero aún hay muchas cosas que no entiendo y necesito saciar mi curiosidad.

—¿Y tú no te has preocupado por desmentirlo? —le pregunto.

—Al principio me enfadé muchísimo, pero no me apetecía entrar en su juego con la prensa, ella quería convertir nuestra ruptura en un espectáculo. Yo no era un personaje público y así pretendía continuar —me dice y se mueve para encajar su cuerpo con el mío, y al hacerlo noto su creciente erección en mi entrepierna.

Un calor se propaga por mi cuerpo, pero tengo que apagarlo, todavía quedan cosas que aclarar.

—¿Cuánto tiempo habéis sido novios? ¿Y por qué te prometiste si no la amabas?

—Cuatro años. ¿Que por qué me prometí? Buena pregunta, pero desconozco la respuesta, me imagino que por comodidad. No me mires así. Hay gente que se casa por razones peores.

Me preparo para la siguiente pregunta, pero él pone un dedo sobre mis labios para silenciarme.

—Se acabó tu turno de preguntas, ahora me toca a mí —me dice y su mirada vuela a estar preocupada—. ¿Roberto ha intentado algo contigo este fin de semana?

Pienso en todas las cosas que Roberto me ha hecho estos dos días, y creo que puedo decir que está completamente loco y dispuesto a enloquecerme a mí.

—Físicamente no, pero he pasado mucho miedo. En la noche del sábado bloqueé la puerta con una silla y a la mañana siguiente había una nota amenazante bajo la puerta. La he guardado como prueba.

José me pide ver la nota, pero yo la cito palabra por palabra, la tengo clavada en la memoria. José se tensa y su cuerpo empieza a temblar. Lo abrazo fuerte, esconde su cara en mi cuello y empieza a inspirar profundamente, embebiéndose de mi olor, como si eso lo calmara.

—Roberto está jugando contigo, quiere amedrentarte y usar a los niños para que vuelvas con él, pero yo no lo voy a permitir, Helena —me dice y su mirada se intensifica.

Muevo las caderas y gimo al sentir su erección presionando mi entrepierna. Le cojo la cara con las dos manos y le asalto la boca, mientras él pasea sus manos por mi cuerpo, deteniéndose en mis pechos, en mis pezones, gimo. Me encanta sentir sus manos, sus labios, su lengua y sus dientes sobre ellos, mi sexo se empapa todavía más con solo pensarlo. Paso la lengua por sus labios y le mordisqueo el labio inferior. Gime y se incorpora con un solo movimiento, dejándome anhelante. Me mira con intensidad y, con una sonrisa lujuriosa en la cara, me tiende la mano. La cojo y acto seguido estoy con las piernas envueltas en su cintura, camino de nuestra habitación.

—Voy a amarte hasta que no puedas pensar en nada más que no sea mi polla hundida profundamente en ti —me dice y sus palabras son una promesa pecaminosa que hace que mi cuerpo arda.

Mi relación con José se hizo más fuerte tras las revelaciones del domingo. Él se ha vuelto más abierto y me ha contado cosas de su trabajo, de su infancia, de lo unido que está a su hermana y a su sobrina, las cuales vivieron con él una temporada después de pasar por un traumático divorcio; ahora su hermosa hermana vive feliz en Alemania con su hija de siete años y su actual pareja. Solamente una cosa no me ha hecho mucha gracia: al parecer viaja mucho a Alemania por motivos de trabajo, pero ha estado bastante hermético en ese tema y yo no he querido presionar. Hemos avanzado muchísimo en dos días.

Y para finalizar, ayer recibimos a sus padres, don Alfonso y doña Elizabeth, en mi casa. Ya me habían presentado a su padre el día del secuestro de Alicia, y en ese momento me pareció un señor agradable con un porte refinado, pero al conocerlo mejor retiro «refinado» y agrego severo, además de taciturno. Todo lo contrario que su madre, que es comunicativa, extrovertida, divertida..., resumiendo, encantadora, me enamoré de ella al instante, y los niños también. A pesar de la postura silenciosa de su padre, la velada ha estado bien, Sofía y Fabricio han conseguido sacar una que otra sonrisa de su cara.

—Bueno, creo que he pasado la prueba de fuego —le digo tras habernos despedido de ellos—. ¿Qué te parece?

—Has aprobado con sobresaliente, cariño, mis padres se han quedado prendados de ti y de los niños.

—Tu padre no parecía muy contento —le digo intentando sacar algo.

—Mi padre es de pocas palabras, pero te puedo asegurar que lo has conquistado. Ahora voy a llevar a los niños a la cama mientras tú terminas por aquí. —Me lanza una mirada lasciva—. Todavía tengo hambre y pretendo comerte hasta saciarme.

Mi vientre se contrae y por poco no dejo el vaso caer al suelo. Mis noches de sexo con José son alucinantes y puedo decir que mejoran cada día. Él ha traído de nuevo mi caja roja del placer, pero la tiene escondida por alguna parte. En ocasiones me sorprende con algún juguetito nuevo. A mí me gusta el morbo y no saber cuándo ni qué vamos a probar me provoca un constante estado de excitación. Ahora mismo estoy que me subo por las paredes. Recojo todo en tiempo récord y corro a la habitación para prepararme y esperar a mi amor...

A la mañana siguiente me despierto con los besos de José.

—Despierta, cariño, ya te he preparado café, pero no te voy a poder esperar, quiero pasar por la agencia antes de coger el vuelo —dice y me quita las mantas para que despierte.

—Buenos días —le digo y me desperezo como una gata, por poco no maúllo. La noche anterior fue sorprendente, todavía tengo los pezones y mis partes íntimas sensibles.

—¡Anda! Ponte algo de ropa o perderé el vuelo —me dice con voz ronca y me da un fugaz beso en la boca.

En contra de mi voluntad me pongo el camisón y me levanto para acompañarlo hasta la puerta. Hoy tiene una reunión en Bilbao con un importante cliente que quiere modernizar el sistema de alarma de todas las tiendas que tiene esparcidas por España, Portugal y Francia. Es un contrato importantísimo para su empresa, tanto que su padre va a acompañarlo.

—Llámame cuando aterrices —le digo y lo beso apasionadamente—. Te quiero.

Me abraza fuerte y me sonrío, pero sigue sin pronunciar esas palabras mágicas que yo sigo esperando. Creo que no me sentiré completa hasta que no las escuche, a pesar de sentir las en su mirada cuando me hace el amor lentamente, cuando me cuida y se preocupa por mí, cuando juega con los niños o cuando los acuesta. Pero sobre todo las siento cuando yo se las digo a él, en este momento sus ojos brillan y su cara se ilumina. Sé que podría presionarlo y obtener mi respuesta, para bien o para mal, pero hay algo en mi interior que me dice que debo de esperar, y aquí estoy, esperando...

Y como siga apoyada en la puerta soñando despierta llegaré tarde al trabajo.

Esta tarde Eva se ha quedado con los nenes para que yo pudiera reunirme con mi abogado. Le he enseñado la nota que Roberto me dejó bajo la puerta, pero él me ha asegurado que no era suficiente y que necesitábamos más pruebas. De verdad que no lo entiendo, ¿qué quiere esa gente?, ¿que me presente con la cara desfigurada o con un cuchillo clavado en el pecho para que hagan algo? Debería de ser más fácil probar el maltrato psicológico.

Mientras tanto, sigo con el corazón acelerado cada vez que suena el teléfono, estoy segura de que Roberto seguirá con su juego macabro. Pero he decidido jugar sucio e infringiré la ley si es necesario. A partir de ahora, todos los encuentros con Roberto serán grabados y si mis niños tienen que irse a su casa, José la transformará en un *Gran Hermano*, me enteraré hasta de cuando hagan pis; además habrá un agente siguiéndolos de cerca todo el tiempo. Usaré todo lo que esté a mi alcance para proteger a mis tesoros.

José me ha llamado nada más tocar suelo, ya lo echo de menos. Espero que el viaje sea productivo y pueda regresar hoy mismo. Los niños también lo echan de menos, Sofía no ha querido comer postre después de la cena, la pobre tenía esperanzas de que José llegara pronto para poder compartir sus natillas con él. Fabricio también estaba reacio a la hora de irse a la cama, y ha tenido la desfachatez de decirme que yo no sé contar cuentos como José. ¡Pero si hasta he puesto voz de Pitufo para hacerles el cuento más divertido, y así me lo pagan! Aunque soy capaz de entenderlos, porque José se ha convertido en el centro de nuestro universo.

Ya son las diez de la noche y me preparo para acostarme. Decido ponerme un camisón de encaje supersexi, quiero que José babe cuando me vea. Instantes después recibo un mensaje suyo diciéndome que las cosas se han complicado y lo más probable es que no llegue hoy. Me marchito como una flor al sol y resignada me abrazo a su almohada, dejando que su olor me consuele.

Me despierto a mi hora habitual y me dirijo a la cocina a por mi dosis diaria de cafeína. Al pasar por el salón me quedo en *shock* al encontrarme a José tumbado en el sillón con el mismo traje con el que se fue ayer. Pero lo más preocupante está en la mesa de centro: allí hay un vaso y media botella de *whisky*. Dios mío, ¿qué habrá pasado? José no suele beber. Me aproximo con cuidado y le toco el hombro.

—José..., José..., despierta —le digo con tono suave para no sobresaltarlo.

—Helena..., no me dejes, por favor, no puedo vivir sin vosotros —suelta un sollozo desgarrador.

—José, despierta, estoy aquí. Es solo una pesadilla.

Lo abrazo y le susurro palabras reconfortantes hasta que se despierta asustado y confundido.

—Helena —susurra y me abraza con fuerza.

—Estoy aquí, José, estabas teniendo una pesadilla. ¿Qué ha pasado, cariño?

—Soñaba que no me querías más en tu vida. No me dejes, Helena —me dice y hay dolor en su voz.

—No te voy a dejar, José, te quiero muchísimo. Ahora cuéntame lo que ha pasado. ¿Por qué has dormido en el sillón?, ¿Por qué has bebido? —le pregunto preocupada.

—Todo salió según lo planeado. Sin embargo, todavía tenía mucha documentación que revisar cuando llegué, así que tomé una dosis de *whisky* para relajarme. Y ya ves lo que pasó: caí rendido por el cansancio y el estrés —me dice con voz tranquila y segura—. Pero si yo hubiera sabido que me esperabas con ese camisón, hubiera

mandado a la mierda el papeleo —asevera al desatar el nudo de mi albornoz y constatar lo que este escondía.

Mi cuerpo se enciende, pero mis angelitos deciden aparecer justo en este instante.

—¡José, has vuelto! Te he guardado postre —le dice Sofía y corre a abrazarlo.

—Hola, José, te he echado de menos —le dice Fabricio con timidez y me sujeta de la mano.

José camina hasta Fabricio con Sofía en brazos y se arrodilla a su altura, luego los abraza a la vez. Y yo me quedo inmóvil mirándolos emocionada.

—Yo también os he echado muchísimo de menos y os he traído un regalo a cada uno, pero tendréis que esperar hasta que volváis del colegio.

—Y como no espabilemos no llegamos, así que directos a la habitación —les digo al mirar la hora. Es tardísimo.

José me ayuda con los niños mientras yo me arreglo y les preparo el desayuno. A pesar de la aparente normalidad, hay algo que no encaja. Y no sé si quiero saber lo que es.

Esta intensa y atípica semana se ha acabado, pero seguramente dará paso a otra muchísimo más importante: mi madre viene de vacaciones el lunes y se quedará una semana, tiempo que espero sea suficiente para aclarar ciertos temas peliagudos. He hablado con mi hermana y la pobre está hecha un manojito de nervios, pero ella sabe que ha llegado la hora y mi madre debe de conocer la verdad, por más dura que sea.

Capítulo 18

Aprovecho este precioso rato libre para hablar con Raquel. Ya lleva una semana en Londres y aún no he tenido noticias tuyas.

—Hola, Raquel.

—Hola, Helena. ¿Estáis todos bien?, ¿y mi sobrino Héctor?

—Estamos bien, cariño, y tu sobrino está hecho un toro, engorda por minutos. Ahora cuéntame, ¿qué tal tu primera semana en Londres?

—Primera y casi mejor que sea la última. De seguir aquí seguramente acabaré en la cárcel por asesinato —me dice en tono colérico.

—Por Dios Raquel, ¿qué ha pasado? —pregunto sorprendida por la rabia contenida en sus palabras.

—Mi jefe, que es un gilipollas, hijo de puta, malnacido, desgraciado, no, más que eso, es el propio Satanás.

—Pero bueno, ¿tu jefe no es el salvador de nombre raro que te dio la oportunidad de seguir teniendo un puesto de trabajo?

—Sí, se llama Bastian Drake, y es el multimillonario que compró la empresa de mi padre y muy generosamente me ofreció el puesto. Pero ha sido poseído por Satanás y no me queda más remedio que asesinarlo o pegarme un tiro —me dice más calmada.

—¿Qué ha hecho para que lo odies tanto? —le pregunto.

—Además de gritarme todo el tiempo y llamarme incompetente cada dos por tres, tengo que encargarme de comprar regalitos para sus putas, prepararle el café, o sea, que soy su felpudo.

—No entiendo, esas no son las funciones de una secretaria, y no me refiero a aguantar a un jefe déspota.

—Sí, pero su secretaria sufrió un accidente de tráfico justo el lunes cuando empezaba a trabajar, y Satanás me designó temporalmente como su sustituta, hasta que encuentre a una que esté loca para aguantarle.

—No seas exagerada, seguro que no es para tanto —le digo, porque la conozco bien y sé que es tan teatrera como Sofía, y como dicen por ahí «del odio al amor, solo hay un paso».

—Ya veremos, pero no te asustes si me ves en las noticias. Bueno, tengo que cortar. Dalés un beso y un abrazo muy grande a los peques.

—De tu parte. Cuidate, cariño.

—Adiós.

Me paso por la habitación de mis angelitos y echo una ojeada, por suerte siguen entretenidos con sus juguetes. Vuelvo al salón y empiezo a hacer *zapping* con el mando de la tele. Hasta que un titular de la cadena CNN me llama la atención: *Scotland Yard, con la colaboración de una empresa de seguridad alemana, desmantela una red que se dedicaba a la venta de fármacos adulterados en el mercado negro*. La noticia me hace pensar en Roberto. Sin embargo, está claro que no tiene nada que ver con él, si no José estaría al tanto. De todos modos me pica la curiosidad y me quedo sentada frente al televisor, esperando a que el presentador amplíe la noticia.

Ya llevo unos quince minutos aguardando y nada. De repente escucho el lloro de Fabricio y al instante irrumpe en el salón con la cara cubierta de lágrimas.

—Tesoro, ¿qué ha pasado?

—Mami, va a empezar mi serie favorita de *Ninjago*, pero ahora le toca a Sofía la tele. Por favor, mamá, deja que la vea en tu tele.

—Lo siento, tesoro, pero estoy esperando una noticia importante —le digo con pesar.

—Por favor, mamá, te lo ruego, es un capítulo superimportante. Además estás viendo *tele-tragedia* y ya sabemos que todas las noticias acaban en muerte y sufrimiento.

Lo miro con la boca abierta. Nunca me había dado cuenta de que él estaba prestando atención al noticiario y la verdad es que no podía haberlo definido mejor. Su

carita suplicante me toca la fibra sensible, y como soy una blandengue le entrego el mando. Tampoco era una noticia primordial para mí.

—Gracias, mami, eres la mejor, te quiero —me dice y me colma de besos.

—También te quiero, pero no te acostumbres, hay que respetar el espacio de cada uno. ¿Entendido?

—Ajá —me responde con la mirada fija en el dichoso dibujo.

Mi madre ya lleva tres días conmigo y los niños están encantados con su abuela, y ella está encantada con José. No sé qué se traen entre manos, pero están todo el rato cuchicheando y ya me tienen hasta las narices. Ella todavía no ha conocido a su nieto Héctor y tampoco ha hablado con Alicia. Lo ha ido posponiendo día tras día, pero he decidido que de hoy no pasa; José se quedará con los nenes y nosotras iremos a su casa. Tenemos la suerte de que Alicia todavía está viviendo en Sevilla. Ellos habían decidido esperar a que naciera el bebé para mudarse definitivamente a Málaga, pero prefirieron quedarse hasta que Alicia se recupere de la cesárea.

—Alicia, salimos ahora de mi casa, dentro de unos minutos estaremos ahí.

—Estoy tan nerviosa, creo que no estoy preparada para contarle... ya sabes —me dice con voz tensa.

—Cariño, estaré contigo todo el tiempo. ¿Qué te parece si empiezo yo con el tema?

—Vale —me dice con una voz casi inaudible y cuelga el teléfono.

Sé que la estoy presionando, pero esta situación ya se ha alargado demasiado, ha llegado la hora de la verdad. Llamo a mi madre por el telefonillo, porque a este paso llegaremos a la casa de mi hermana mañana. Tras esperar a que se acomode en el asiento y se ponga el cinturón, arranco el coche. Que Dios nos proteja.

Alicia nos recibe con el bebé en brazos y acompañada por Héctor.

—Hola —le digo a mi hermana y deposito un suave beso en la frente de mi sobrino, luego saludo a mi cuñado.

—Hola, mamá —dice Alicia a nuestra madre con voz trémula.

—Hola, hija. Héctor.

Héctor no abre la boca, y si una mirada matara mi madre estaría fulminada en el suelo.

—Pasad al salón. ¿Queréis tomar algo? —pregunta mi hermana.

—Ahora, no. Gracias —respondemos las dos al unísono y empezamos a reír. Risa que contagia a Alicia y hace que la tensión del ambiente se diluya.

Me madre mira a su nieto y extiende las manos a Alicia a la vez que pregunta:

—¿Puedo cogerlo?

—Claro —responde Alicia con una sonrisa en la cara.

Miro a Héctor y observo cómo su cuerpo se tensa y de sus labios sale un tenue gruñido. Por suerte mi madre estaba concentrada en lo que Alicia le decía.

—¡Madre mía, cómo pesa ese niño! Y qué hermoso es —dice mi madre mirándolo con los ojos vidriosos por las lágrimas.

Mi madre le empieza a hacer carantoñas, pero al parecer no le hacen mucha gracia y empieza a llorar. Y vaya pulmones tiene el pequeñín. Su padre se levanta al momento, se lo quita de los brazos a mi madre y el muy pillín da un suspiro y deja de llorar inmediatamente.

—Me lo llevaré, amor, para que podáis hablar tranquilamente —le dice Héctor a mi hermana tras darle un suave beso en los labios. Luego desintegra a mi madre con la mirada y se va.

El silencio que nos envuelve es sofocante y decido intervenir, pero antes de tener la oportunidad de abrir la boca nuestra madre empieza a hablar.

—¿Qué tal tu recuperación tras la cesárea?

—Un poco dolorosa, pero creo que está dentro de lo normal. Héctor me ayuda muchísimo y además ha contratado a una persona para que me eche una mano.

—Eso está bien, es muy importante para tu recuperación que no hagas esfuerzos ni cojas peso.

Otra vez el silencio reina en el ambiente, pero esta vez lo rompe Alicia.

—Helena me ha contado que has vuelto a ejercer de enfermera. ¿Cómo te va?

—Bien, no pagan gran cosa, pero tengo que estar agradecida tal como están las cosas.

Alicia me mira y sé que va a empezar a tocar temas conflictivos.

—Espero que hayas podido perdonarme, mamá. Jamás pretendí hacerte daño.

—Estoy intentándolo, Alicia. Pero me dolió demasiado que tu tío muriera sin cumplir su último deseo y todo por culpa de tu egoísmo —le dice a mi hermana con rencor—. En sus últimos días de vida apenas hablaba conmigo, creía que yo era la culpable de que tú no lo visitaras.

—¡Qué desgraciado! ¿Cómo ha podido ser tan cínico? —digo sin poder controlarme.

Nuestra madre se levanta y con el dedo en mi cara chilla fuera de sí:

—¡Cállate! No te permito que ensucies la memoria de tu tío.

—No me voy a callar, desgraciado es poco para definirlo —le digo fuera de mí.

—Helena, por favor —susurra Alicia con voz agónica.

Miro a mi hermana y su cara está lívida, pero no pienso volver atrás ni callarme.

—Es hora de que nuestra madre conozca la verdad, Alicia.

—¿De qué verdad hablas?, ¿qué estás insinuando? —pregunta nuestra madre.

—Alicia no fue ver al tío Pedro porque le tenía miedo, él había abusado sexualmente de ella cuando era solo una niña —digo sin adornos.

Nuestra madre se queda lívida, pero al instante siguiente la sangre vuelve a circular por su cara, y con todas sus fuerzas brama enfurecida:

—Estás mintiendo, él jamás haría algo así. Tu tío era una persona bondadosa y os quería como si fuerais sus propias hijas —dice con la cara enrojecida por la cólera.

Se vuelve hacia mi hermana y con un gesto brusco la sujeta por los hombros.

—Alicia, dime que es mentira, dime que tu hermana miente.

Alicia empieza a llorar y mi madre se desmorona en el sillón con los ojos cerrados y más blanca que un fantasma.

—Estás confundida, siempre has sido una niña muy caprichosa. Estoy segura de que malinterpretaste sus acciones. El tío Pedro era muy cariñoso contigo. Tú eras su preferida.

—¿¡Confundida?! ¿¡Malinterpretaste?! Por favor, mamá, ya va siendo la hora de que te quites esa venda que tienes en los ojos. ¿Es que no has escuchado lo que te he dicho? Abusó de ella, la tocó en sus partes íntimas, le hizo daño. ¡Dios! Él era un pederasta, mamá —le digo con rabia, pero al mirarla se me encoge el corazón.

—No puede ser verdad, él no haría eso, él era una buena persona. Dios. —Gime como si sintiera un dolor lacerante. Nos acercamos para abrazarla, pero se levanta y da dos pasos antes de postrarse de rodillas en el suelo. Su cuerpo se estremece y un llanto profundo la invade.

Alicia se levanta para auxiliarla, sin embargo yo la detengo. Nuestra madre necesita llorar, procesar, y, por fin, exorcizar de su corazón cualquier sentimiento que todavía pueda albergar por nuestro fallecido tío.

Tras un último suspiro de lamento, se levanta, y con una voz casi inaudible se dirige a Alicia.

—¿Por qué no me lo contaste? Yo jamás hubiera permitido que ni él ni nadie te hicieran daño —dice ella con la voz trémula y las lágrimas vuelven a caer a borbotones por sus merillas.

—Era solo una niña y he tardado muchos años en asumir lo que me había pasado. Cuando decidí contártelo, él enfermó, y tú estabas muy alterada por su estado

de salud, no quería hacerte sufrir más. Pensé que él se moriría pronto y así todo se habría acabado.

—¿Cómo he podido estar tan ciega?, ¿cómo no me di cuenta de que algo te estaba pasando? Dios, encima me puse furiosa cuando él te nombró su heredera, te juro que no fue por el dinero, estaba celosa de que él te quisiera más que a mí. Los últimos meses con él fueron muy difíciles, él me culpaba de tu ausencia, llegó a acusarme de mala madre por no saber imponerme y obligarte a ir al hospital. También me hizo sentirme una ingrata echándome en cara todo lo que él había hecho por nosotros. Por eso estaba tan enfadada contigo. Sé que no merezco tu perdón, Alicia, yo misma jamás me perdonaré.

Mi madre repite una y otra vez que no merece nuestro perdón, que todo lo que pasó es por su culpa y mientras lo hace llora con un dolor que corta el alma.

—Por favor, mamá, no te pongas así, tú no eres la culpable. No permitamos que él siga haciéndonos daño. Yo ya he superado todo lo que me pasó y a día de hoy soy inmensamente feliz. Y me gustaría mucho que tú formaras parte de esta felicidad, me gustaría que volviésemos a ser como antes —dice Alicia con la voz embargada por las lágrimas.

—Yo no merezco que me perdones, una madre tiene que proteger a sus hijos y yo te he fallado, te fallé cuando eras solo una niña indefensa y te he fallado ahora, no merezco tu perdón. —Mi madre sigue llorando de forma descontrolada, está destrozada y me duele verla así.

Creo que ella también fue una víctima suya, él se aprovechó de su fragilidad y usó su poder económico para adueñarse de su vida y de su voluntad. Y Alicia tiene razón, seguir sufriendo es permitir que él siga presente en nuestras vidas. Tenemos que sepultarlo definitivamente.

—No digas eso mamá, tú no solo mereces mi perdón, tú ya lo tienes. Yo quiero que recuperemos el tiempo perdido, quiero a mi madre de vuelta; esa que me cuidaba cuando me ponía enferma, que me preparaba galletas, que jugaba conmigo, que me daba besos y me decía que me quería.

Ya no puedo contenerme más y empiezo a llorar. Nos levantamos las tres a la vez y nos abrazamos entre lágrimas.

—Pasaré el resto de mi vida intentando resarciros de todo el mal que os he hecho, os quiero mucho y siempre seréis mis niñas pequeñas.

Ahora las lágrimas son de alegría y se mezclan con risas nerviosas. Pero antes de cerrar este terrible capítulo tenemos que poner los puntos sobre las íes. Y está siendo terriblemente duro escuchar a Alicia relatar a nuestra madre lo sucedido. Ella está destrozada. Darse cuenta de que, debido a su abnegación, no fue capaz de detectar cambios en el comportamiento de su niña pequeña, está siendo demasiado doloroso. Temiendo por su salud, decido dar por terminada nuestra catarsis de hoy. Alicia también está en recuperación y tanto estrés tampoco es bueno para la lactancia. Nos despedimos y quedamos para almorzar todos juntos el domingo.

Mi madre ha estado todo el camino de vuelta llorando y aunque he intentado consolarla no ha servido de nada. Su conciencia la está torturando, necesitará un tiempo para perdonarse y curar las heridas.

—¡Hola! Ya estoy en casa —digo al entrar, pero no veo a nadie.

Mi madre se disculpa y se va directa a su habitación. Y yo me dirijo a la de mis tesoros, por mi comodidad todavía los tengo durmiendo en el mismo dormitorio, sin embargo ya va siendo hora de que se independicen. Entro sigilosamente para sorprenderlos, pero la sorprendida soy yo. José ha juntado las dos camas y se ha puesto en medio, al parecer con la intención de leerles un cuento, pero todo indica que se quedó dormido en la mitad de la historia. Me aproximo sin hacer ruido, le quito el libro de las manos y se despierta de momento.

—Hola —le digo con voz baja.

—Hola.

Me responde y mira a los lados comprobando a los nenes. Luego, con extremo cuidado para no despertarlos, se levanta. Y cogidos de la mano nos vamos a nuestra habitación.

—Cuéntame, ¿qué tal ha ido la reunión? ¿Habéis podido solucionar vuestras diferencias? —me pregunta con interés y se acomoda en la cama mientras espera mi respuesta.

Pero ese interés se va trasladando a mi cuerpo a medida que me voy desvistiendo.

—Ha sido doloroso, pero al final nos hemos entendido —le digo sin extenderme mucho, pues para que él entienda la situación tendría que entrar en detalles que solo pertenecen a mi hermana.

—Me alegro. Ahora nos toca a nosotros solucionar un problema muy gordo —me dice y me mira con desdén.

—¿¡Ah sí!?, ¿y cómo de gordo es? —le pregunto con la voz ronca, completamente dominada por la lujuria.

—Ven aquí y compruébalo por ti misma...

Capítulo 19

Finalmente, el misterio que José mantenía con mi madre ha sido desvelado. Él ha preparado una escapada romántica a Málaga con entradas al Circo del Sol incluidas. Es que no puede ser más perfecto, lo amo. Le había comentado que me encantaría verlos actuar en su nueva gira por España y él lo ha organizado todo rápido. Estos son los detalles a los que me aferro cuando la inseguridad decide adueñarse de mí.

A pesar de mi alegría, no estoy convencida de que sea apropiado dejar a mi madre sola. Ella está muy apática, ni los niños consiguen sacarle una sonrisa. Además, hemos quedado para almorzar el domingo en la casa de Alicia. Sin embargo, al comentar mis inquietudes con mi madre, ella no me permitió cancelar el viaje. Según ella, lo que la está manteniendo en pie son los niños y estar con ellos le devuelve las ganas de seguir luchando contra sus demonios.

Así que aquí estoy, preparada y deseando que José vuelva de la agencia para emprender nuestro viaje a Málaga. Lo han llamado hace una media hora y ha tenido que salir corriendo, espero que no sea nada grave. Antes de que saliera nos hemos despedido de los niños, ya que mi madre los llevaba al centro comercial. El sonido del telefonillo me trae de vuelta a la tierra, y corro para contestar:

—Bajo en un momento, José.

—Lo siento, señora. Soy el mensajero y tengo una entrega para Alicia Berlanga.

—Alicia Berlanga soy yo, espera un momento que bajo —le digo y me dispongo a bajar. Desde que Roberto me está amenazando no me atrevo a recibir a ningún desconocido en mi puerta.

Cuando las puertas del ascensor se abren veo a un chico alto y desgarbado hablando con el conserje. Los saludo y me identifico. El chico me extiende un sobre acolchado y por la forma que tiene al tacto parece una memoria *USB*. Doy la vuelta al sobre para mirar el remitente, pero está en blanco. Le doy las gracias y me despido del conserje antes de que empiece a hacerme preguntas.

Nada más entrar en el ascensor abro el sobre y, en efecto, es una memoria *USB*. Miro dentro por si hay alguna nota, pero el sobre esta vacío. Mi corazón se acelera, porque estoy segura de que es de parte de Roberto. Decido llamar a José, pero no me contesta al teléfono. Entro en casa y con las manos trémulas conecto el ordenador e inserto el dispositivo.

Hay dos vídeos grabados, además de fotos y documentos Word. Opto por un vídeo que tiene la fecha de ayer y doy a reproducir. Cuando las primeras imágenes empiezan a cobrar vida en la pantalla me quedo perpleja: es José almorzando con otros dos hombres de aspecto elegante y sofisticado. Están en el «Blueberry», un restaurante de lujo que está cerca del trabajo de José; lo reconozco de haber ido a comer allí con él en numerosas ocasiones y siempre ocupábamos esta mesa; y por el ángulo de las grabaciones soy capaz de apostar que las tomas se hicieron desde el jarrón de marfil que decora una elegante mesita rinconera. Conecto los altavoces para poder escuchar mejor y centro toda mi atención en el vídeo.

—José, ha sido una brillante idea hacerte pasar por guardia de seguridad de su hermana —dice el hombre moreno que está a la derecha de José.

Por un momento dejo de respirar.

—Sí, Alex tiene toda la razón. Has sabido aprovechar la oportunidad, y haberte convertido en su amante nos ha ahorrado meses de investigación, jamás habríamos accedido a estos documentos si tú no estuvieras viviendo en su casa —habla el otro hombre, el de pelo rubio y acento extranjero.

—El mandamás del laboratorio alemán ya no quiere que sigamos persiguiendo a Roberto. Hemos colaborado con la policía española y le hemos entregado todas las pruebas, que se encarguen ellos de darle caza. Ahora ya puedes volver a casa —vuelve a decir el moreno.

¿Cómo que volver a casa?

—No voy a volver a Alemania de momento —dice José con el semblante serio.

El dolor que siento en estos momentos es tan intenso que tengo que parar el vídeo. Todo ha sido una mentira, desde el principio. Nunca ha sido un guardia de seguridad, ha puesto la vida de mi hermana en peligro únicamente para investigar a Roberto. La habitación empieza a dar vueltas y me mareo. Enseguida unas náuseas de vómito me inundan y corro al cuarto de baño. Y después de haber vomitado hasta el desayuno me dejo caer laxa sobre el suelo y lloro con todo el dolor de mi alma. ¿Cómo has podido hacerme eso? Dios, no solo va con frecuencia a Alemania, vive y trabaja allí. Y ahora que lo pienso, su ex es alemana, seguro que es verdad lo que me contó Roberto. Otra ola de dolor me asola y nuevamente me dejo llevar por las lágrimas.

Tras un largo rato llorando, me levanto, y con los sentimientos entumecidos por el sufrimiento vuelvo al ordenador y doy *play* al vídeo.

—Tienes que volver inmediatamente. Ahora que Scotland Yard ha hecho públicas las detenciones y han nombrado nuestra empresa como colaboradora, te voy a necesitar más que nunca. No podré solo con todos los contratos que nos va a llover encima. —Otra vez habla el rubio, que todo indica que es el socio de José.

Dios mío, la noticia en la cadena de televisión CNN era sobre Roberto, y José era uno de los responsables de colaborar en el desmantelamiento de la red de falsificadores. No puedo respirar, me duele el pecho. Hubiera preferido que me pegasen un tiro a tener que enfrentarme a esta dolorosa verdad. ¿Cómo has podido ser tan cruel José? Yo te permití entrar en mi vida, en la vida de mis niños. ¿Cómo has podido hacerles esto? Otra vez las lágrimas bajan sin control por mis mejillas, empañando mi visión e impidiendo que pueda ver con claridad las imágenes, pero por desgracia a mi oído no se le escapa ninguna palabra.

—Ya te lo he dicho, Dustin, no me voy a ir. Tendrás que apañártelas solo —dice José de manera tajante.

—¡Joder! ¡Joder! Te has enamorado de ella, ¿es eso? —pregunta el de nombre Alex.

Me tenso en la silla y espero atentamente su respuesta, pero él no responde y lanza una mirada asesina a su compañero. ¡Claro que no responde! Nunca me ha amado, por eso nunca me lo ha dicho y seguramente su comportamiento atento y cariñoso era por cargo de conciencia. Todos los gestos que ha tenido conmigo eran parte de su papel, me ha usado de todas las maneras que ha querido y, lo que más me duele, ha usado a mis niños. Siento una pena tan profunda que deseo dejar de respirar para nunca más sentirla.

El vídeo se corta y lo siguiente que veo son fotos de José con su exnovia. El dolor es cada vez más intenso, tanto que siento como si un cuchillo afilado me atravesara el pecho y me desgarrara el corazón literalmente. Y cuando pienso en el sufrimiento que esta traición va a causar a los niños, todos mis sentimientos se transforman en odio. «Jamás te voy a perdonar José», digo en voz alta mirando su foto en la pantalla del ordenador.

Me seco las lágrimas y como una autómatas doy *play* al último vídeo.

Hola, Helena. Seguramente ya te habrás dado cuenta de que tu amante te estaba utilizando para obtener pruebas en mi contra, y gracias a que él ha robado unos documentos que había escondido en tu casa he tenido que huir de España. Cuando la situación esté bajo control me pondré en contacto contigo para que tú y los niños os reunáis conmigo. Espero que te hayas dado cuenta de que yo soy el único que te ama de verdad. Muy pronto volveremos a ser una familia.

Él ha entrado en mi casa con la única intención de espiar a Roberto. Yo nunca le he importado, mi seguridad nunca le ha importado, que Roberto me hiciera daño o me matara seguramente a él le daba igual. Y ahora que ya ha conseguido lo que quería no tardará en salir de mi vida. Seguramente la escapada a Málaga era una despedida, una última follada, sí, eso he sido para él, un cuerpo en el que desahogar sus necesidades mientras interpretaba el papel de su vida.

Apago el ordenador y guardo la memoria, ahora mismo no siento nada, es como si no tuviera corazón. Con una frialdad que nunca pensé tener en una situación como esta, llamo al conserje y le digo que no deje subir a José. Luego me voy a la habitación, cojo la maleta más grande que tengo y meto todas sus pertenencias en ella, procurando no olvidar nada, por más insignificante que sea. A continuación escribo la siguiente nota:

Ya sé toda la verdad, no hace falta que sigas interpretando el papel de hombre enamorado, perdona, en realidad estas palabras nunca salieron de tu boca; mejor decimos «papel de espía». No creo que tengamos nada más que hablar, pero si por acaso te falta alguna información de Roberto para tu investigación, ponte en contacto con mi abogado, él te la proporcionará. Y ni se te ocurra acercarte a mí o a mis niños, de lo contrario te denunciaré. Espero no tener que volver a verte en lo que me queda de vida. Te odio con la misma fuerza que un día te amé. Helena Berlanga.

Cuando estoy colocando la maleta en el ascensor me acuerdo de su regalo de navidad y me llevo la mano al pecho, cojo el relicario, lo abro y miro las fotos. Las quito y coloco el relicario dentro del sobre, junto con la nota y la memoria, por si le queda alguna duda de que sé la verdad. Enseguida vuelvo a llamar al conserje y le pido que le entregue la maleta y el sobre a José; también insisto en que, de ninguna manera, le permita subir.

Me quedo sentada en el sillón mirando al techo con los sentimientos totalmente adormecidos. Los recuerdos empiezan a torturarme y la desolación vuelve a apoderarse de mí. ¡Dios!, haz que se vayan, haz que lo olvide. No puedo soportar más, tengo que borrar de mi cabeza su risa, su boca, su voz, su olor, su cuerpo moviéndose sobre el mío mientras hacíamos él amor. Era todo mentira Helena, él nunca te ha querido, él nunca te ha hecho el amor, él te follaba, me dice esa voz sadomasoquista que habita en mi cerebro.

Necesito eliminar de mi mente todos los momentos felices que he disfrutado con él. Me levanto, voy hasta el mueble bar y escojo la botella de *whisky* recién abierta por José, y ahí mismo, sentada en el suelo, empiezo a beber directamente de la botella. Hoy voy a comprobar si es verdad que el alcohol es el mejor amigo de los corazones partidos. Tras unos tragos empiezo a notar un hormigueo en la cara. No debía de beber tanto, mi cuerpo no metaboliza el alcohol, pero ¿a quién le importa?, suelto con una risa amarga. Media botella después, la habitación empieza a dar vueltas y veo todo borroso.

El móvil empieza a sonar e intento levantarme para cogerlo, sin embargo no soy capaz. Lo escucho sonar una y otra vez, seguramente es José. Un lapso de lucidez me invade y pienso en mis amores, no puedo permitir que ellos me vean así. Dejo la botella en el suelo e intento llegar hasta mi habitación. Tras varios encontronazos con la pared que, por cierto, se negaba a quitarse de en medio, consigo mi objetivo y me meto, con ropa y todo, directa en la ducha. Me dejo caer en el suelo y ahí me quedo, inmóvil, bajo el chorro de agua caliente.

Mis ojos se están cerrando cuando siento que unos brazos fuertes me cogen y me llevan hasta la cama. No tengo fuerzas para abrirlos, tampoco es que me importe lo que me está pasando y mucho menos quien me está desnudando. La semiinconsciencia tienes sus ventajas.

Me despierto aturdida, he tenido una pesadilla horrorosa. Intento levantarme, pero la habitación se mueve. Y al instante tengo a mi madre a la cabecera de la cama.

—No te levantes, hija. Toma, bébetelo todo. —Me entrega dos pastillas y un vaso de agua.

—¿Qué haces aquí, mamá? —le pregunto confundida.

Pero al momento me viene a la memoria todo lo sucedido y cierro los ojos con fuerza, para que mi madre no vea la devastación que hay en ellos.

—Hija, no sé lo que ha pasado, pero por el aspecto que tenía José me imagino que habéis discutido de manera espantosa —me dice mi madre con un tono preocupado.

—¿¡Qué!?! ¿José ha estado aquí?

Al final no ha sido un sueño. Sentí que alguien me sacaba de la ducha y me desnudaba. Miro discretamente hacia abajo y para mi alivio llevo una camiseta puesta, pero al seguir con mi inspección descubro que no llevo nada más.

—Sí, me estaba preparando para acostarme, pero me di cuenta de que la luz de tu habitación estaba encendida, y cuando entré aquí casi me da algo al verlo sentado a tu lado, acariciándote la cara y sorbiéndose las lágrimas. Pensé que te había pasado algo.

—¿Qué te ha dicho él? —pregunto con un hilo de voz.

—No mucho, el pobre no estaba en condiciones de hablar. Lo único que me dijo fue que no te dejara pasar la noche sola y que tú ya me explicarías todo cuando despertaras. También me pidió que os cuidara mientras él no estaba. ¿Qué ha pasado, cariño?

No soy capaz de responderle a mi madre y le pido que me deje sola. Tras varios intentos para convencerla de que me encuentro bien, cede y sale de la habitación.

Mi corazón se empieza a ablandar, estaba aquí, cuidándome, llorando mientras velaba mi sueño. ¿Por qué no me has contado la verdad, José? Porque no te ama, Helena, me respondo secándome las lágrimas que caen sin mi permiso. Nunca volveré a caer en tu cuento, eres un mentiroso, quien ama no hace lo que me has hecho, querrás mi perdón para que tu conciencia esté tranquila, pero puedes ir olvidándote, porque no te voy a perdonar, quiero que el remordimiento te consuma, igual que el amor que siento por ti me está consumiendo a mí.

Me despierto a la mañana siguiente con un dolor de cabeza de mil demonios. Tomo una pastilla que seguramente me ha dejado mi madre y me ducho, después me preparo un café bien cargado y voy a la habitación de mis angelitos. Me sorprende a ver que no están, pero escucho sus risas en el dormitorio de mi madre.

—¡Mami, has vuelto! —exclama Fabricio saltando sobre mí.

Lo cojo al vuelo y lo abrazo con fuerza, embebiéndome de su olor, de su inocencia y de su muestra de amor incondicional.

—¡Yupi! Mami ha venido a por nosotros, abuela —dice mi niña y también salta sobre mí.

La abrazo con la misma intensidad, dedicaré mi vida a mis niños, por ellos intentaré no volverme loca.

—¿Dónde está José, mamá? —pregunta Sofía.

—Ha tenido que hacer un viaje muy largo, cariño. Pero me ha pedido que os dé un beso grande de su parte.

—¿Tan largos como los que hace papá? —pregunta Fabricio con los ojos vidriosos.

Cierro los ojos y un nudo se forma en mi garganta. ¿Cómo les voy a explicar que jamás volverán a ver a José? Un gemido involuntario sale de lo más profundo de mí y, por suerte, mi madre se da cuenta de que estoy a punto de desmoronarme.

—¿Os apetece ayudar a la abuela a preparar el desayuno?

—Sííí —responden los dos al unísono.

Me madre me da un cariñoso beso en la mejilla y sale con los niños cogidos de la mano. Un dolor lacerante me hace tambalear y tengo que apoyarme en la pared. Dios, cómo duele, ¿cómo voy a reponerme?, ¿cómo voy a olvidarlo?

José sigue llamándome y enviándome mensajes, y yo sigo ignorándolo. El lunes sin falta cambiaré mi número de teléfono. He intentado contarle a mi madre lo que sucedió, sin embargo no pude, una crisis de ansiedad me lo impidió. Mi madre me dio una de sus *pastillas de la felicidad* y pasé el resto de la tarde durmiendo. Agradezco tanto que esté aquí conmigo, no sé qué haría en estos momentos sin ella.

Procuró no procesar toda la información que Roberto me ha enviado, si no me volveré loca, bastante tengo con el dolor que estoy sintiendo. Tampoco quiero pensar en el mensaje que él me dejó, si antes tenía dudas sobre su estado mental, ahora estoy segura de que está como una cabra. Lo único bueno de todo esto es que ahora mi abogado conseguirá la patria potestad y ya no tendré que aceptar su horrendo juego.

Mis niños piensan que estoy enferma y junto a mi madre me miman e intentan que coma, pero soy incapaz de tragar, la comida no baja.

—Mami, «aaahhh» abre la boca, que el avión tiene que aterrizar —me dice Sofía con la cuchara de sopa delante de mi cara.

No me queda más remedio que abrir la boca y tragar sí o sí.

—Eso es, mami, tienes que comerte todo, si no te quedarás una semana castigada sin tele —me dice sería, en el mismo tono de voz que yo uso para recriminarla.

Me controlo para no reír, pero cuando mi madre suelta una carcajada no puedo evitarlo y me dejo llevar por la risa. Mi niña sigue con su juego unas tres cucharadas más, sin embargo, como todo niño, se aburre y me deja tranquila.

Consigno acabar el día, ahora viene lo peor, mi primera noche sin José, sí, la anterior no cuenta ya que no era dueña de mi cuerpo. Me siento tan sola, creía que por fin había encontrado mi media naranja, pero ha sido solo una ilusión. Y ahora estoy condenada a no amar nunca más, José fue y será siempre mi único amor. La almohada está empapada, no me había dado cuenta de que estaba llorando. Y así sigo hasta quedarme dormida.

Capítulo 20

Veo a José cruzar el restaurante en los brazos de Carla Blau. Desgraciado, no ha esperado ni dos minutos para volver con su ex. Roberto tenía razón, él siempre ha estado enamorado de ella, he sido una tonta por pensar que podía competir con una mujer así. Empiezo a temblar cuando ellos me ven y caminan en mi dirección. José la mira como si no existiera nada más en el mundo. Me cuesta respirar y me duele el corazón, duele mucho... Ellos se detienen delante de mí y ella me mira de arriba abajo. Luego le dice a él:

—Espero que el dinero haya merecido la pena. No sé cómo has podido acostarte con esto.

—No fue fácil, pero cerraba los ojos y pensaba en ti —le responde él mientras mi mira como si yo fuera una cucaracha.

—¡Nooo! Estás mintiendo. Tú me amas, lo que hemos vivido fue amor. Yo te amo —le digo y empiezo a llorar compulsivamente.

—Eres deprimente, no es de extrañar que tu exmarido te dejara por su secretaria —me dice él y empiezan a reírse los dos.

Me flaquean las rodillas y me desplomo en el suelo, envuelvo mi cuerpo con los brazos y empiezo a mecarme hacia adelante y hacia atrás. El dolor me sobrepasa y comienzo a gritar, a sollozar...

Me despierto llorando y con el corazón acelerado. Era solo un sueño, o tal vez un sueño premonitorio. Está claro que he sido apenas una mera distracción mientras él realizaba su trabajo. El dolor que me ha causado y el que nos causará a mis niños y a mí no importa, es solo un efecto colateral, no somos importantes en esa cadena de prioridades. Siento una punzada en el pecho. Tengo que encontrar las fuerzas para salir adelante, por la felicidad de mis hijos me repondré. Pero hoy toca llorar...

A las ocho de la mañana dos torbellinos entran a mi habitación.

—Mami, levanta. Tenemos que prepararnos para ver al primo Héctor —me dice Fabricio.

—¡Anda, mami! Daisy y Beth están deseando jugar con el bebé —dice Sofía y empieza a tirar de mi mano.

—Tranquilizaos, todavía es pronto. ¿Dónde está la abuela?

—Está preparando el desayuno —responden a la vez.

—Bien, primero vamos a ayudarla con el desayuno y después de comeros todo, directos a la ducha.

—Jooo, mami, ya me duché ayer —protesta Sofía.

—Has dicho bien, tesoro, ayer. Ahora vamos a ver qué es lo que nos está preparando.

Salen como unos locos, corriendo, riendo y gritando. Lucharé con uñas y dientes para que sigan así, felices e inocentes.

—Hola. Buenos días.

—Buenos días, hija. ¿Qué tal pasaste la noche?

—Regular, mamá —le digo cabizbaja.

—Sé que no quieres hablar de lo que pasó, pero a veces desahogarse ayuda, cariño.

—Ya lo sé. Gracias por estar aquí. Nunca te había necesitado tanto como en estos momentos. —La abrazo con cariño.

—Gracias a ti, mi amor, por darme otra oportunidad, intentaré no defraudarte. Y ya verás como el tiempo lo cura todo —me dice con los ojos empañados por las lágrimas.

El almuerzo transcurre sin contratiempos. He podido esquivar las preguntas de Alicia, todavía no estoy preparada para hablar de lo que pasó, duele demasiado. Me ofrezco para preparar café, en verdad es una excusa para dejarlas solas. Sé que aún tienen muchas heridas que curar.

Miro con atención la estrambótica cafetera de última generación de mi hermana, no tengo ni idea de cómo ponerla en funcionamiento, creo que necesitaré un manual de instrucciones, o sabe Dios que saldrá de esta cosa.

—No es tan difícil como parece.

Pego un salto al escuchar la voz de Héctor detrás de mí.

—¡Estás de broma! Esta cafetera tiene más botones que una nave espacial —le digo.

—Ves, con tan solo apretar este botón tendrás el mejor café que has probado en toda tu vida —me dice orgulloso de su nueva y cara adquisición, y para demostrar que tiene razón la pone en marcha.

—Habrás que probarlo —le digo sin querer admitir que conozco la fama de su superelectrodoméstico.

—Hablé con José ayer y me contó todo lo que ha pasado. Sé que estás dolida y que enterarte así de la verdad ha sido muy duro para ti, pero hay cosas que desconoces y creo que deberías darle una oportunidad para explicarse.

—No sé qué mentira te ha contado él, ni me interesa. Solo te pido que a partir de hoy no menciones más su nombre en mi presencia. José está muerto para mí —le digo y salgo de la cocina.

Me cuesta respirar. Tengo que esconderme en alguna parte, no quiero que mi madre y Alicia me vean así. Sigo caminando por el pasillo hasta el dormitorio de mi hermana y me meto en el servicio. ¿Qué más quieres de mí, José? Ya no me has hecho sufrir lo suficiente. Mi desolación es tanta que por un momento pienso que voy a desmayarme. Las lágrimas son mi único consuelo y lloro hasta quedarme floja. Después de haber recuperado la compostura me lavo la cara y rehago el maquillaje con los cosméticos de Alicia. Me miro en el espejo y repito varias veces en voz alta: «Tengo que ser fuerte por mis hijos».

Otra noche se presenta y aquí me encuentro sola y fría en mi enorme cama. Mi madre se ha marchado y ahora tendré que enfrentarme a todo sola. Me gustaría tenerla aquí conmigo más tiempo; en estos momentos necesito que alguien me cuide, me mime, necesito a mi madre. Me siento tan pequeña, tan frágil, tan inútil... Un gemido agónico sale de mi garganta. El sonido del teléfono me libera de mi estado de autocompadecimiento.

—Diga —contesto sin vitalidad.

—Hola, Helena. ¿Qué le ha pasado a tu móvil?

—Hola, Raquel, tengo el móvil estropeado —le digo, pero la realidad es que el viernes, tras las insistentes llamadas de José, apagué tanto el móvil como el fijo, y el móvil no lo he vuelto a encender.

—¿Va todo bien? Alicia me ha llamado para preguntar si yo sabía qué te pasaba.

Yo conocí a Raquel en la universidad y nos hicimos amigas, y cuando le presenté a mi hermana conectaron de una manera especial y se hicieron como hermanas. Al principio me sentí celosa, temía perder a mi amiga y a mi hermana. Pero luego llegaron los niños y tuve que volcar toda mi atención en ellos. Por suerte, mi hermana ha podido contar con el apoyo incondicional de Raquel. Y así seguimos a día de hoy, preocupándonos y protegiéndonos unas a las otras.

—José ha estado mintiéndome todo este tiempo, él me ha utilizado para investigar a Roberto —le digo y las lágrimas empiezan a picarme los ojos.

—¿Qué me estás contando? —pregunta Raquel sin dar crédito.

Me desahogo con ella y, a pesar del dolor que siento, soy capaz de contarle todo sin tener un ataque de ansiedad.

—Helena, tú sabes cómo soy. En otro momento te hubiera dicho que le cortásemos la cabeza, pero en este creo que deberías hacer caso a Héctor y escuchar su versión de los hechos. He visto cómo te miraba a ti y a los niños cuando nadie estaba mirando, y te juro que llegué a sentir un poco de envidia. Además, hasta que no lo escuches no vas a poder a seguir adelante con tu vida.

—Bueno, dejemos de hablar de mí. Cuéntame, ¿cómo sigue la situación con tu jefe? —le pregunto para cambiar de tema, y no tengo fuerzas para seguir hablando de José.

—Insoportable, cada día que pasa mis ganas de matarlo aumentan. Y para aplacar mi ira le escupo en el café todos los días.

—Estás de broma, ¿¡no!?

—No, y como me siga cabreando le prepararé el café con el agua del váter.

No puede ser verdad, Raquel es muy dramática, pero jamás haría daño a nadie. La situación se materializa en mi cabeza y empiezo a reír a carcajadas, creo que ese era su objetivo, hacerme reír.

—Estás completamente loca —le digo muerta de la risa.

Seguimos hablando de su jefe y por un momento me desconecto de todo. Raquel es increíble, con todos los problemas económicos que está pasando su familia, ella sigue riendo y haciendo reír a los que están a su alrededor. Tras despedirme de ella, me acuesto y sus palabras empiezan a resonar en mi mente, tal vez tenga razón. Debería escucharlo, pero no para perdonarlo. Lo escucharé para poder decirle en su cara que jamás lo perdonaré. Con esta nueva decisión tomada me dejo llevar por el sueño.

La mañana ha sido un desastre, estaba tan desconcentrada que no he sido capaz de contestar a una simple pregunta a uno de mis alumnos. Me he quedado como una tonta mirándolo como si me hubiera preguntado sobre la teoría del todo. Nunca he sentido tanto alivio al escuchar sonar el timbre.

Ahora me dirijo a casa tras haber cambiado mi número de móvil. Y antes de poner el coche en marcha empieza a sonar. Es un número que no conozco. Seguro que es una equivocación.

—Sí, dígame.

—Helena, soy yo, por favor no me cuelgues.

Dios mío, es José, empiezo a temblar y mi corazón late desbocado.

—¿Cómo es qué tienes mi número? Acabo de cambiarlo —pregunto con la voz entrecortada por la emoción.

—Necesito que me des la oportunidad de contarte toda la verdad. Por favor, Helena, escúchame —me dice con voz suplicante sin responder mi pregunta.

—Ya sé la verdad. Tú me has mentido, me has utilizado y lo peor, y por lo que jamás te perdonaré, es que hayas involucrado a los niños. Ellos te quieren y sufrirán mucho cuando sepan que te fuiste para no volver.

—No me hagas eso, Helena. Te lo suplico, dame una oportunidad —me dice y su voz se quiebra por el llanto.

Mi resistencia empieza a quebrarse. Siento su dolor como si fuera mío, sé que está sufriendo. Pero no puedo flaquear únicamente porque a él le ha dado un ataque de remordimiento, no puedo olvidar que él no me ama, nunca me ha amado.

—Te escucharé solamente porque quiero poner un punto final y seguir adelante con mi vida —le digo con la voz cargada de resentimiento.

Escucho un gemido de dolor. Luego, tras un silencio que me pareció eterno, me dice:

—¿Te parece bien si te recojo hoy a las ocho? —me pregunta con voz muy baja.

—De acuerdo, a las ocho te esperaré en el portal —le digo con firmeza intentando esconder el temblor de mi voz.

Corto la comunicación y el móvil se me cae de las manos. Todo mi cuerpo tiembla y siento el latir de mi pulso en mis oídos. No estoy en condiciones de conducir así. Me bajo del coche y respiro profundamente el aire frío y cortante del invierno.

La opresión que siento en el pecho se hace insoportable y las lágrimas empiezan a salir sin control. El frío es intenso y comienzo a titubear. En este instante me doy cuenta de que solo llevo puesto un raído jersey azul. Con los dedos adormecidos y sin tacto abro la puerta y me resguardo en el interior calentito de mi Audi, donde sigo llorando sin consuelo. No sé si soportaré verlo nuevamente, he intentado odiarlo; pero no soy capaz, lo amo con todo mi corazón.

—Mami, has tardado —me dice Fabricio al recibirme en la puerta.

Lo cojo en brazos y lo abrazo fuerte.

—Lo siento, cariño. Mamá ha tenido que hacer unos recados.

—No te vas a ir de viaje como José y papá, ¿verdad? —me pregunta y sus palabras entran en mi corazón como un cuchillo afilado.

—No, mi amor, mamá no se va a ninguna parte —le digo con la voz embargada por la emoción.

—¿Cuándo va a volver José? Lo echo muchísimo de menos —me dice con los ojitos lleno de lágrimas.

Me parte el corazón verlo así, pero no puedo permitir que ellos sigan viendo a José, porque él no nos quiere. Su único interés eran las pruebas que sustrajo de mí

casa. Estoy segura de que tarde o temprano desaparecería de nuestras vidas sin dar explicaciones. Así que para no mentirle ni darle falsas esperanzas, decido despistarle.

—Ya lo sé, cariño. Ahora cuéntame, ¿que habéis almorzado? —le pregunto mientras lo deposito en el suelo.

—Hemos comido albóndigas con patatas, pero Sofía ha dejado la mitad.

—No es verdad, mami, he dejado solo un poco de patata —dice enfadada y le saca la lengua a su hermano.

Eva decide intervenir antes de que empiecen a discutir.

—Hola, Helena. No te preocupes, ambos comieron lo suficiente.

—Hola. Gracias, Eva —le digo y espero a que los niños se aparten para preguntarle si tiene algún plan para esta noche.

Y cruzo los dedos para que no los tenga, no me gustaría tener que recurrir a Alicia.

Mi madre sigue pendiente de mí, acabo de hablar con ella y esta era su segunda llamada de hoy. Estuve a punto de contarle que me voy a reunir con José dentro de unas horas, pero me he mordido la lengua a tiempo. Mejor que no sepa nada o la tendré llamándome a cada dos minutos. Alicia también me ha llamado preocupada, y lo único que le conté fue que nos peleamos antes de que él se fuera de viaje. Sé que si empiezo a hablar me desmoronaré y no quiero que nada enturbie este momento tan especial por el que ella está pasando.

Capítulo 21

Tengo tantas sensaciones a flor de piel en estos momentos que no sabría explicar con palabras lo que estoy sintiendo. Respiro hondo varias veces y miro el reloj; ha llegado la hora y ya no hay escapatoria. Doy un último repaso a mi vestuario y bajo sin llamar la atención de mis tesoros.

Cuando el ascensor se detiene mis rodillas se aflojan y mi corazón se acelera, y al abrirse las puertas dejo de respirar por unos segundos. José está hablando con el conserje y miran instintivamente en mi dirección al escuchar el inconfundible pitido del ascensor. Fuerzo a mi cuerpo a reaccionar y camino a cámara lenta a su encuentro.

Me detengo a dos pasos de él, sin embargo no soy capaz de decirle palabra. Nos miramos fijamente el uno al otro, añorando un tiempo que ya no volverá. Observo los cambios que ha sufrido estos últimos cuatro días y son considerables: ha perdido peso, está ojoso, pálido y sin afeitar, pero a pesar de su apariencia consigue hacer que cada partícula de mi cuerpo se active.

—Hola, Helena —me dice venciendo la distancia que nos separa y me da un suave beso en las mejillas.

—Hola —digo con voz trémula.

—¿Te parece bien si vamos al restaurante de Héctor? —me pregunta y me guía hasta su coche con la mano puesta en mi espalda.

—Sí —le respondo con un monosílabo. Desde que lo he visto mis neuronas dejaron de hacer sinapsis.

—¿Cómo están los niños? —me pregunta y percibo desolación en su voz.

—Bien.

Su cuerpo se tensa y sujeta el volante con una fuerza desmedida. El resto del trayecto lo hace meditabundo. Y yo aprovecho para recuperar la compostura, necesito tener las ideas claras. No puedo olvidar que él me ha utilizado.

Me sorprende que al llegar al restaurante el metre pase de largo del lujoso salón y nos conduzca por un pasillo, y al detenerse en una puerta corredera me doy cuenta de que estamos en el famoso reservado.

—¿Está bien para ti que comamos aquí? Pensé que tendríamos más intimidad.

—Todo bien, no te preocupes. El lugar es lo de menos, José —le digo sin pensar, pero es la realidad, nada cambiará lo que pasó.

Tras tomar nota de las bebidas el camarero se retira, dejándonos solos. No soy capaz de mirarle a la cara y aprovecho este incómodo instante para hacer un reconocimiento del lugar. Y debo de admitir que si la situación fuera otra me dejaría llevar por esta atmósfera de romanticismo.

—Helena.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar su voz. Lo miro y en su mirada hay tanta pena...

—Esto no es fácil para mí. Pero prometo contarte toda la verdad.

—Soy toda oídos —le digo con un tono irónico.

Sé que mi actitud le está haciendo daño, sin embargo no puedo evitarlo.

—Lo que has escuchado en ese maldito vídeo es cierto. Mi empresa fue contratada por una importante empresa farmacéutica para investigar la falsificación de algunos de sus medicamentos.

—¿Y necesitabas dañarnos para conseguir tu objetivo? —le pregunto con el corazón sangrando.

—No fue así, Helena. Llevábamos dos años de investigación y teníamos a varios distribuidores de varios países fichados. Sin embargo, para la empresa farmacéutica esto no era suficiente. Ellos sabían que si interveníamos los culpables serían condenados, pero los medicamentos seguirían circulando. Ninguno de los investigados dejaba cabos sueltos, nos era imposible dar con el falsificador. Hasta que encontramos un patrón de actuación. Todos ellos trabajaban en la empresa antes de hacerse con ella y ninguno tenía los recursos económicos suficientes para adquirirla. Pero de la noche a la mañana conseguían un préstamo, la compraban y, tras unos meses, empezaban a introducir los medicamentos falsificados en el mercado.

Mi cabeza empieza a dar vueltas con tanta información y justo en ese instante entra el camarero para servir el primer plato: ensalada de escarola con jamón de pato y foie. La miro y, a pesar de su aspecto apetitoso, mi estómago se revuelve. No soy capaz de comer.

—¿No te agrada el primer plato? ¿Quieres que te pida otra cosa? —me pregunta solícito.

—No, gracias. La verdad es que no soy capaz de comer —le digo y veo cómo el dolor atraviesa su semblante.

—Tienes que comer, Helena. Has adelgazado en estos últimos días.

—Tú también —le digo y nos miramos fijamente.

—Duele demasiado estar lejos de vosotros, no os puedo perder, os necesito en mi vida —me dice con voz cansada, sufrida.

—No vayas por ese camino, José. Es demasiado tarde —le digo y desvío la mirada.

Pasado unos segundos vuelvo a mirarlo y observo como una solitaria lágrima baja por su mejilla. Cierro los ojos para no seguir viendo mi dolor reflejado en su cara. No voy a dejarme embaucar, no esta vez.

—Mejor sigue contándome lo que pasó —le digo a pesar de saber que nada de lo que él me diga conseguirá hacer que olvide su traición.

José baja los hombros en señal de derrota, y llama al camarero para que recoja la mesa y cancele el segundo plato. Tendremos que conformarnos con café. Casi mejor que nos traiga una cafetera, creo que la vamos a necesitar.

—Tras establecer el *modus operandi* de la red, le pedí a mi padre que investigara a varias empresas españolas, y en una de ellas detectó el mismo movimiento: un socio a punto de jubilarse y un trabajador sin los fondos necesarios interesado en hacerse con la empresa. A partir de este momento activé un 24/7 y desde entonces hemos sido la sombra de Roberto.

—¿Y eso no fue suficiente? Tenías que hacer cualquier cosa con tal de conseguir tu propósito, incluso acostarse con alguien como yo y, lo que es peor, fingir disfrutar de la compañía de dos niños inocentes que te aman con locura —le digo con rencor y trago las lágrimas que pugnaban por salir.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo —me dice alzando la voz.

—¿Vas a negar que te aproximaste a mí para espiar a Roberto?, ¿vas a negar que te acostaste conmigo porque era parte de tu trabajo?, ¿vas a negar que tu vida está en Alemania y ahora que has terminado tu trabajo volverás a casa sin mirar atrás? ¿Y mis hijos qué? ¿Te paraste un solo instante para pensar en ellos? —le digo a gritos, completamente descontrolada.

No quiero escuchar más sus excusas. Me levanto llorando y salgo disparada en dirección a la puerta, pero antes de que consiga tocar el picaporte dos brazos fuertes me envuelven y me retienen.

—Lo único que no voy a negar es que me he enamorado perdidamente de ti. Y no voy a desaparecer de la vida de los niños, los amo tanto como te amo a ti —me susurra al oído

Su declaración de amor me destroza todavía más. Tanto tiempo esperando y soñando con escuchar estas palabras, y ahora que las escucho me duelen en lo más profundo de mi ser, porque no estoy segura de si son sinceras. Seguramente será otra patraña suya para conseguir su objetivo.

—Suéltame. No quiero escuchar ninguna mentira más —le digo con un hilo de voz.

—No te puedo dejar ir, Helena. No antes de que me escuches. Por favor, te lo suplico —me dice con la voz sofocada por la emoción.

Apoyo la cabeza en su pecho y respiro hondo para tranquilizarme, me gusta tanto estar en sus brazos. ¿Cómo voy a vivir sin sus besos, sin sus caricias, sin su olor...? Ahora mismo daría lo que fuera por probar su boca, por sentir sus manos sobre mí. Un gemido sale de su garganta. La tensión sexual nos envuelve, nos aprisiona, sin embargo no puedo dejarme atrapar o estaré perdida. Con un esfuerzo colosal me escabullo de sus brazos y le digo:

—Te escucharé, pero no me digas más mentiras. —Y vuelvo a la mesa, no me atrevo a sentarme en el sillón. Tenerlo tan cerca me turba la mente.

—No te he mentado, Helena. Te he ocultado cosas, sin embargo he ansiado y disfrutado cada segundo que hemos estado juntos. Yo he venido a España porque no podía dejar de pensar en ti, necesitaba estar cerca.

Lo miro con la boca abierta, ¿qué mierda me está diciendo?

—Cuando mi empresa empezó a vigilar a Roberto, semanalmente me enviaban informes y fotografías. Y el día que vi por primera vez una foto tuya, algo se agitó en mi corazón y cada vez necesitaba saber más. Entonces empecé a demandar más información tuya que de Roberto. Mi obsesión era tanta que también activé un 24/7 para ti. Esto sucedió justo cuando Roberto te estaba engañando con su secretaria, casi me volví loco cuando ella te agredió, mientras Roberto presenciaba todo con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Me quedo lívida, siempre he intentado negar esa vejación. Cierro los ojos y las imágenes de este fatídico día inundan mi mente.

«Mi relación con Roberto se había enfriado y estaba decidida a encender la llama, así que ese día decidí pasarme por su trabajo para darle una sorpresa. Aunque la sorpresa me la llevé yo cuando la recepcionista de la empresa me informó, con una regodeante sonrisa, que Roberto y su secretaria habían salido hacia rato. Esta fue mi primera humillación, pues sabía perfectamente lo que me estaba insinuando la cotilla chica con cara de *putacienta*. Le devolví una de mis mejores sonrisas y me fui con la cabeza bien alta. Al volver a casa el universo quiso que, debido a un accidente de tráfico, tuviera que desviarme del camino habitual, y al hacerlo vi a Roberto saliendo de un hotel con su secretaria. Estaban cogidos de la mano y reían con complicidad.

En este momento me vinieron a la cabeza todos sus plantones, sus excusas y su total falta de interés sexual por mí. Con el resentimiento a flor de piel, y poseída por un impulso asesino, subí con el coche en el arcén, deteniéndome a escasos centímetros de ellos. Me bajé del coche enfurecida y dispuesta a borrarles esa sonrisita de la cara. Sin embargo, jamás hubiera imaginado que Roberto empezaría a insultarme y a descalificarme delante de ella, como si yo fuera la amante psicótica y ella la esposa ofendida. Me sentía tan ultrajada por los insultos que estaba recibiendo que no era capaz de pensar con claridad. Mi única reacción fue darle una bofetada cargada de odio, acto que enfureció a su amante e hizo que ella lo defendiera, devolviéndome el golpe con la misma intensidad. Y como colofón Roberto la besó apasionadamente delante de mis narices.

Me quedé petrificada mirando cómo Roberto destruía nuestro matrimonio, hasta que unos cuchicheos me sacaron de mi trance y, al mirar a mi alrededor, vi que había varios transeúntes disfrutando del espectáculo, y todos me miraban con lástima. Con las piernas trémulas caminé hasta el coche y me senté en el asiento del conductor en estado de *shock*. El dolor me sobrepasaba y comencé a llorar y a gritar como un animal herido, estaba tan perdida en mi dolor que no me di cuenta de que un hombre me había tomado en brazos y trasladado al asiento del copiloto. Solo fui consciente de su presencia cuando estábamos delante de mi edificio y él me preguntó si me veía en condiciones de quedarme sola».

¡Joder! Ahora caigo en la cuenta de que el ángel de la guarda que me llevó a casa no era más que un guardaespaldas contratado por José.

—El chico que me ayudó era tu empleado, ¿verdad?

—Sí. Y cuando él me envió un informe de lo ocurrido decidí que ya no podía estar lejos de ti. Cada día que pasaba estaba más convencido de que tú eras la mujer de mi vida y tenía que encontrar la manera de acercarme. Cuando mi padre me comentó que Alicia estaba siendo amenazada de muerte no lo pensé dos veces y me ofrecí para ser su guardaespaldas.

—Pusiste a mi hermana en peligro al pasar por guardia de seguridad —le digo en tono acusatorio.

—Jamás haría algo así, yo trabajaba como escolta privada en la empresa de mi padre antes de montar la mía propia —me dice y me mira con tal intensidad que mi cuerpo se estremece.

Saber que él sentía algo por mí antes de conocerme no cambia las cosas. No sé si algún día seré capaz de perdonarlo.

—Cuando te tuve delante de mí por primera vez me sentí como un niño en Navidad, pero enseguida vi los moretones que tenías en el brazo y me ofusqué. No podía soportar que siguieras viéndote con él ni que él siguiera haciéndote daño. Por eso me porté como un troglodita y todo se me fue de las manos. Tenía la intención de mantener una cierta distancia entre nosotros mientras duraran las investigaciones, sin embargo, cada vez que te tenía cerca perdía el control. Y cada vez que pasaba me decía a mí mismo que esa sería la última vez que me acercaba a ti sin que supieras la verdad.

—Puedo entender que no me contaras nada al principio, pero nuestra relación fue avanzando; yo confiaba plenamente en ti, te dejé entrar en mi vida, en mi corazón, y, lo que más me duele, te dejé entrar en la vida de mis niños. ¿Por qué no me contaste la verdad, José? —le pregunto dolida.

—Por miedo a perderte, Helena. Sé que he actuado mal, sin embargo tienes que creerme cuando te digo que este fin de semana en Málaga te lo iba a contar todo.

—Pero no fue así, José, me he enterado de la peor manera posible, y duele muchísimo, tanto que no sé si podré olvidar —le digo con lágrimas en los ojos.

—No habrá un solo día en esta vida que no lamente mi cobardía. Tienes que creerme, Helena. Nunca fue mi intención hacerte daño y mucho menos a los niños; vosotros sois lo más bonito que he tenido nunca. No os puedo perder, no lo soportaría —me dice con la voz embargada por la emoción.

Lo miro a los ojos y sé que está diciendo la verdad, no obstante estoy demasiado dolida para perdonarlo, mi corazón necesita un tiempo para curarse. Ahora es el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—¿Cuál es la implicación de Roberto en esa red delictiva? Que yo sepa él no ha comprado parte de la empresa.

—Te equivocas, Helena. Roberto ha sucumbido a la codicia como todos. Esta era la clave de mi investigación, seguir el rastro del dinero para dar con el responsable, y la documentación que Roberto escondió en tu casa nos llevó a una empresa india dedicada a los textiles, una tapadera perfecta, ya que el sector textil de ese país está en auge. A partir de ahí, y en colaboración con el Instituto de Seguridad Farmacéutica y Scotland Yard, hemos podido dismantelar una importante red que operaba a nivel mundial, tanto en el mercado negro como en el legal.

—¿Y por qué Roberto no fue detenido? ¿Él no formaba parte de todo eso? —pregunto sin entender.

—Ojalá fuera tan simple. Como te he explicado antes, la intención del laboratorio era eliminar a la fuente y eso ya lo ha conseguido, caso cerrado. Sin embargo, Roberto, además de introducir fármacos falsificados en el mercado, también se dedicaba a la exportación ilegal de medicamentos. Junto con la documentación encontré varias facturas sospechosas y, tras una minuciosa investigación, pude constatar que desde una pequeña farmacia de Sevilla se realizaban envíos a mayoristas por más de quinientos mil euros. Y esto era solo la punta del iceberg. De la trama de distribución ilegal de medicamentos también forman parte otras farmacias localizadas en Pamplona y Málaga, además de otros dos distribuidores ubicados en Navarra. Esta red utiliza un sistema denominado *distribución inversa*, cuyo objetivo es reintroducir el medicamento nuevamente en el mercado farmacéutico haciendo uso de la triangulación de facturas, para poder ocultar el verdadero destinatario final.

—Espera un momento —le digo, tengo todas mis neuronas haciendo sinapsis. Pero, a decir verdad, hasta ahora no he pillado el punto—. No entiendo, si ellos

compran directamente de los laboratorios, ¿qué sentido tiene comprar de las farmacias para después revender?, ¿dónde está la ganancia para justificar el fraude?

—Es muy simple. La venta de medicamentos en España desde los laboratorios que los fabrican hasta los mayoristas sigue dos vías: la primera es la de los fármacos de precio regulado por el Estado que, tras pasar por los mayoristas, llegan a las farmacias para ser vendidos con receta a los ciudadanos; en la segunda, que tiene unos precios libres y por tanto más elevados, los mayoristas pueden comercializar los medicamentos en el exterior. La ilegalidad y la ganancia están en desviar al mercado exterior, que es libre y más caro que el español, fármacos de precio regulado por el gobierno, para beneficiarse así de la diferencia de precios. Y esta operación se hace con la colaboración de las farmacias, que en lugar de vender con receta las medicinas a los ciudadanos, lo hacen a empresas mayoristas que luego los exportan. Además de ser una práctica ilegal, puede causar problemas de desabastecimiento y dejar a cientos de pacientes sin los fármacos que necesitan —me dice metido completamente en el papel de justiciero.

—¡Dios mío! Ya nada me sorprende de Roberto. ¿Y ahora qué va a pasar?

—La denuncia ya está hecha y la policía tiene todas las pruebas. Según mis contactos dentro de unos días empezarán las detenciones y las redadas, seguramente actuarán de forma sincronizada en todas las ciudades para poder pillarlos a todos por sorpresa.

—Roberto se ha fugado. ¿Crees que ha salido del país?

Capítulo 22

José me mira pensativo y un escalofrío baja por mi columna vertebral. Roberto estará esperando la oportunidad para venir a por mí y a por los niños como ha prometido en el vídeo. Y ya no me quedan dudas de que es capaz de cualquier cosa con tal de conseguir su propósito.

—Sí, mis hombres tienen constancia de que tomó una avioneta en Vigo con destino a Portugal, y todavía no hemos podido recuperar su rastro. Pero no te preocupes, en cuestión de días su cara estará estampada en todos los noticieros y le será imposible esconderse, daremos con él —me dice con voz pausada y serena.

—No fuiste a visitar a un posible cliente, te fuiste a Alemania. ¿Verdad?

Su cuerpo se tensa y cierra las manos en puño.

—Sí, cuando me enteré de que las detenciones se harían públicas me desesperé, tenía que impedirlo, no solo por miedo a que te enteraras de la verdad antes de que yo tuviera la oportunidad de contártela, sino porque sabía que, en el momento que todo saltara a la luz, Roberto se daría cuenta de que yo tenía en mi poder su documentación y huiría, y créeme Helena, no hay nada que me importe más que meter a este malnacido entre rejas. Y a pesar de tenerlo bajo vigilancia, el muy desgraciado ha conseguido escapar.

—No entiendo cómo ha conseguido la grabación del restaurante, no creo que esto se consiga de la noche a la mañana.

—Por supuesto que no. Hemos descubierto que él pagaba al camarero del «Blueberry» desde hace casi un mes para grabar todos mis encuentros. Por suerte, con la excepción de esta fatídica reunión con mi socio y mi amigo Alex, jamás había tratado temas sensibles en lugares públicos. Me imagino que él buscaba algo que pudiera dañar nuestra relación y cuando recibió el último vídeo lo usó al instante.

—Por eso aceptó de buen grado ir a mi casa para ver a los nenes, desconfiaba y quería recuperar sus documentos. Y solo por curiosidad, ¿dónde estaban escondidos y cuándo los encontraste?

—No creo que él sospechara de nada, de lo contrario hubiera huido mucho antes, seguramente se sentía inseguro con mi presencia y no quería arriesgarse. Se lo tenemos que agradecer a nuestra caja de juguetes, porque estaba buscando un escondite para ella cuando encontré un doble fondo en el armario del pasillo, un excelente trabajo de carpintería. Sin embargo, no lo suficiente para una persona como yo, acostumbrada a fijarse en todos los detalles.

Trago en seco al escucharlo mencionar nuestra caja de juguetes.

A continuación coge mi mano entre las suyas y traza círculos con el pulgar en la palma. El deseo recorre mi cuerpo como la pólvora, explotando caliente y húmedo en mi entrepierna. Retiro la mano asustada por mi intensa reacción, no puedo dejarme llevar por la pasión, mi corazón necesita tiempo.

—Ya es tarde, debo irme —le digo tras mirar la hora.

—No me apartes de tu vida, Helena, dame una oportunidad —me dice con voz queda.

—Necesito tiempo, José. Estoy muy dolida contigo —le digo con el corazón en la mano.

Agacha los hombros y hace un movimiento afirmativo con la cabeza. Y cuando su mirada se cruza con la mía veo cómo las lágrimas luchan por no caer. Su semblante está dominado por la tristeza.

—Por lo menos permite que vea a los niños, los echo tanto de menos —su voz se quiebra y las lágrimas corren sueltas.

Su dolor me corta el alma, lo reconozco, es el mismo que me asola. Pero tengo que pensar en mis nenes y no sé si es conveniente que los siga viendo. Sufrirán ahora, pero sufrirán todavía más si siguen estrechando lazos. Y no puedo olvidar que José vive en Alemania.

—No estoy segura de que sea una buena idea. Estoy muy confusa, José. ¿Qué pasará cuando te vayas a Alemania?

—No me voy a ir sin vosotros —me dice con un tono serio y decidido.

Lo miro estupefacta. Debe estar loco si cree que voy a dejar todo para seguirlo, en el caso de que lo perdone, por supuesto.

—Estás adelantando acontecimientos, José. Pero sugiero que conserves tu piso, lo vas a necesitar durante mucho tiempo.

—La esperanza es lo que me mantiene de pie, esperaré lo que haga falta, Helena.

Mi mente está frenética, las revelaciones de José han sido sorprendentes. La verdad es que me cuesta aceptar que él me ama. He deseado escuchar estas palabras tantas veces y él las guardaba en el fondo de su corazón. No lo entiendo, ¿por qué nunca me las había dicho? Tengo miedo de volver a confiar en él. El coche se detiene y me doy cuenta de que hemos llegado. Desabrocho el cinturón y me preparo para bajar, cuanto más rápido mejor.

—Espera...

Me sujeta por el brazo y siento cómo sus dedos me queman la piel, mi corazón late desbocado y mi respiración se acelera. Mi cuerpo clama por él y a cada instante que pasa va venciendo la batalla a la razón.

—Permite que te llame. Necesito escuchar tu voz, necesito tener esperanzas —me dice con voz susurrante.

—¿Por qué nunca me habías dicho que me querías? —le pregunto con un hilo de voz antes de responder a su petición.

—Porque cada vez que te lo iba a decir me venía a la cabeza todo lo que te estaba ocultando, me sentía un impostor. Tenía que contarte la verdad para liberarme y poder decirlo sin miedo y mirándote a los ojos. —Sujeta mi cara con ambas manos y se aproxima lentamente—. Te quiero, Helena, te quiero con todo mi corazón —susurra y firma sus palabras con un beso.

Intento resistir, pero la suavidad de sus labios y la insistencia de su lengua vencen mi frágil control, y me dejo llevar por el embriagador sabor de su boca. El beso se transforma y ahora somos bocas, lengua, manos, gemidos... Nos separamos cuando el aire empieza a faltar en nuestros pulmones. Él apoya su frente en la mía y así nos quedamos hasta recuperar la respiración.

—Te daré el tiempo que necesites, pero no seas demasiado dura conmigo. Me duele demasiado estar lejos de ti y de los niños.

«A mí también me duele, José, no tienes ni idea de cuánto, pero no voy cometer el mismo error. No puedo exponer a mis niños otra vez», digo para mis adentros.

—Adiós, José.

—Hasta pronto, Helena. No me has aclarado si te puedo llamar por teléfono —me dice y la angustia se refleja en su cara.

No soy capaz de decir que no.

—De acuerdo. Adiós.

Me bajo del coche sin mirar atrás, las lágrimas calientan mis mejillas. Tengo la sensación de que es un adiós definitivo, que jamás lo volveré a ver. Dios, lo amo demasiado. ¿Cómo olvidar un amor así? Conozco perfectamente la respuesta: no se puede, mientras respire lo amaré...

La semana se hace insoportable, me levanto sin ánimos y las aulas que tanto me gustan se han convertido en territorio hostil, los niños son unos pequeños diablillos dispuestos a volverme loca. Hoy es viernes y todavía no he tenido noticias de José, cosa que agradezco, necesito distanciarme para poner las cosas en perspectiva. Aunque la verdad es que no ha servido de mucho, porque sigo confundida y dolida. Escucho un grito de Fabricio y corro a ver en que lío están metidos esta vez.

—Eres una mentirosa, te odio —le dice Fabricio a su hermana.

Dios mío, nunca he visto a mi niño así, qué le habrá dicho Sofía.

—No soy una mentirosa, me lo ha dicho Laura y ella es mi mejor amiga. Pregúntale a mamá y ya verás que no miento —le dice Sofía con un gesto altanero.

—¡Hey! ¿Qué os pasa? —les pregunto severa.

—Mami, Sofía ha dicho que cuando los papás se van de casa es porque ya no nos quieren. Y eso no es verdad, José y papá van a volver, ellos nos quieren, ¿verdad, mamá? —me pregunta mi niño con voz dolida.

Me parte el corazón su tristeza, sé que ha llegado la hora de contarles un trocito de la verdad, es mejor que lo escuchen de mi boca a que lo vean en las noticias o, lo que es peor, que algún amiguito se lo diga en la escuela.

—Venid aquí, os tengo que contar algo. Vosotros sabéis que cuando un niño no actúa correctamente o miente, las mamás los ponen a pensar o les quitan la tele hasta que recapaciten y pidan perdón por su error, ¿verdad?

—Sí, es lo mismo que hago con mis muñecas cuando se portan mal —me dice Sofía muy seria.

Fabricio simplemente asiente con la cabeza.

—Bien, resulta que papá actuó muy mal y por miedo a decir la verdad ha huido. Las personas que lo están buscando, cuando lo encuentren, lo tendrán retenido hasta que recapacite.

—¿Y nosotros podremos ir a verlo mientras esté castigado? —pregunta Fabricio.

—Creo que sí, cariño. Ya nos lo explicarán las autoridades que lo custodiarán. Y respecto a José, él os quiere muchísimo, y estoy segura de que cuando llegue de viaje la primera cosa que hará es llamarnos. Así que tanto papá como José no se han ido porque hayan dejado de quererlos —les digo y los abrazo fuerte.

Dios, jamás desearía esta situación ni a mi peor enemigo. No quiero que mis niños sigan viendo a su padre, él no siente amor por ellos, nunca lo ha demostrado. Y algo dentro de mí me dice que Roberto es capaz de hacerles daño con tal de herirme. Ahora solo espero que José no tarde en llamar, porque si todavía tenía alguna duda sobre dejarle ver a los niños, esta acaba de esfumarse. Ellos van a necesitar a su amigo cuando su padre ingrese en prisión.

Por suerte, el mundo de los niños funciona diferente, ya han hecho las paces y el incidente anterior ha quedado atrás, como si nunca hubiera existido. Ahora ríen y juegan felices, ajenos a todo.

Aprovecho que la paz ha vuelto a reinar para llamar a mi hermana. Le debo muchas explicaciones y tampoco quiero que la noticia le explote en la cara.

—Hola, cariño. ¿Qué tal esta el tragoncete?

—Hola, acabo de darle el pecho y Héctor lo ha cogido para que eructe. Me está dejando seca, estoy más delgada que antes del embarazo —me dice.

—Pues tienes suerte, yo tardé cinco meses en perder los quilos del embarazo.

—¿Cuándo me vas a contar lo que te está pasando? Y ni se te ocurra negarlo, sé que te pasa algo —me dice tajante.

—Justo te llamaba para eso, pero creo que es mejor que hablemos en persona —le digo.

—Tengo una idea, trae los neños a mi casa, los dejamos con Héctor y nos vamos a un lugar tranquilo para que me cuentes todo. ¿Qué te parece?

—Me parece bien, en media hora estaré ahí —le digo y me pongo a ello.

Cuarenta y cinco minutos después estamos sentadas en una tranquila cafetería, situada cerca de su casa, disfrutando de un delicioso chocolate caliente.

—Bueno, empieza por el principio, suele ser más fácil. —Me lanza una sonrisa burlona.

—Graciosilla —le digo y le saco la lengua—. Pero solo para incordiar voy a empezar por el final.

La dejo con la boca abierta al contarle todo lo que me pasó con José y los motivos que lo llevaron a aproximarse de mí. Y cuando le desvelo que Roberto está a punto de ir a la cárcel se pone lívida.

—Dios mío, ¿cómo no me has contado nada?

—No quería preocuparte, después de todo lo que viviste merecías gozar de esta experiencia tan bonita en paz —le digo y le lanzo una sonrisa tranquilizante.

—Y los niños, ¿ya les has contado algo? —me pregunta afligida.

—Sí, los he preparado para lo que pueda venir. Por suerte son muy pequeños y solamente absorben lo que pueden manejar.

—Y José, ¿le vas a dar otra oportunidad?

—No lo sé. Lo amo, no te lo voy a negar, pero todavía estoy muy decepcionada con él —le digo y la tristeza me invade.

—Es cierto que él te mintió y no ha actuado bien, sin embargo eso no es nada comparado con el amor que sentís el uno por el otro.

—Él vive en Alemania y está dispuesto a llevarnos con él, pero yo no estoy preparada para dejar todo lo que tengo atrás, no quiero estar lejos de ti y de mi sobrino —le digo con pesar.

—Helena, vivimos en un mundo donde no existen las distancias y la vida es muy corta para que te aferres a pequeñeces. No dejes pasar tu oportunidad de ser feliz por orgullo —sentencia con una sonrisa.

Tras hablar con mi hermana me siento mejor. Sé que ella tiene razón en muchas cosas, no obstante no estoy preparada para dar el paso final. De momento hablaré con él por teléfono y le permitiré ver a los niños. Me dejo llevar por los recuerdos de los momentos felices que hemos vivido, ¡fueron tantos! Toco mi cuello y echo en falta mi relicario; el día que él me lo regaló fue el día que le declaré mi amor por primera vez. Justo en este instante me suena el móvil, es él, mi corazón se acelera y mis manos tiemblan.

—Hola —digo y me sale una voz de pito.

—Hola, ¿qué tal estáis? —me pregunta y se nota por su voz que está nervioso.

—Estamos bien. Los nenes te echan de menos y si quieres puedes venir a verlos —le digo.

—Es lo que más deseo. Y tú, ¿también me echas de menos? —me pregunta con voz baja.

—¡Ah! Sí —balbuceo.

—No sabes lo mucho que me alegra saberlo, ¿puedo pasar hoy por tu casa para veros?

—Sí, ven a cenar con nosotros, así tendrás más tiempo para estar con los chicos.

—Perfecto, dentro de unos minutos estoy ahí. Chao.

Cuelga el teléfono y me quedo atontada mirando el aparato, ¿Cómo que dentro de unos minutos?, ¿qué hora es? ¡Virgen santa! Son casi las ocho y media, estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no me había dado cuenta de la hora que era. Corro a la cocina para ver cuáles son mis opciones, por suerte soy precavida y siempre tengo mucha comida congelada. Saco una lasaña y la meto en el horno, Me voy a mi habitación, me cambio de ropa y doy un repaso al maquillaje. Luego aviso a los niños de que tendremos una visita sorpresa, y vuelvo de nuevo a la cocina para preparar una ensalada. Momento en que suena el telefonillo.

—Diga.

—Helena, soy yo. Abre —me dice animoso.

Mis piernas flojean, estoy más nerviosa hoy que la última vez que lo vi.

—Mami, la visita sorpresa ha llegado —dicen mis amores a la vez y juntos vamos a recibirlo.

Mis tesoros me adelantan y se pelean para ver quién abre la puerta, y entre empujones consiguen abrirla.

—¡José! —exclaman al unísono y saltan encima de él.

José viene cargado de regalos y casi se cae, y por increíble que parezca, los chicos no están interesados en sus obsequios. Intercambian saludos y expresan lo mucho que se añoraban. Ellos se aferran a José como si él fuera a evaporarse delante de sus narices, la escena es conmovedora. Me aproximo con timidez y digo:

—Tranquilizaos niños, dejad pasar a José.

Ellos obedecen y le sueltan para que entre. Nuestras miradas se cruzan y el mundo se detiene. Tengo ganas de saltar a sus brazos de la misma forma en la que lo hicieron mis hijos, aunque me contengo y lo saludo con dos besos, los suyos cerca de las comisuras de mi boca.

—Ven, José, quiero enseñarte el lego Ninjago Barco de Asalto Ninja, lo he construido enterito y sin la ayuda de nadie —le dice mi niño orgulloso de su hazaña.

—Y yo te quiero enseñar mi disfraz de bailarina y mi Kit Crazy Chic —le dice mi niña sin querer quedar atrás.

—Ve con ellos, cuando esté todo listo os llamo —le digo y veo cómo los niños lo llevan a su habitación sin parar de parlotear.

Me siento completa nuevamente, ahora todo tiene sentido, José es mi hogar. No quiero tener miedo, quiero cerrar los ojos y olvidar todo lo que pasó, quiero volver al día que lo estaba esperando para ir a Málaga, pero Roberto tenía que arruinarlo todo, como siempre.

Saco la lasaña del horno y termino de poner la mesa. Doy un último repaso a mi trabajo y, una vez estoy contenta con el resultado, me asomo al pasillo y digo en voz alta:

—Chicos, venid a comer, la cena está lista —les llamo, y escucho la voz de José diciéndoles que se laven las manos primero.

Segundos después aparecen en el comedor. Y yo me quedo en *shock* al mirar las manos de José: Sofía le ha hecho la manicura, tiene cada uña pintada de un color diferente y en algunas hay pegatinas de estrellas, corazones y purpurina. Pasada la primera impresión empiezo a reírme a carcajadas.

Capítulo 23

—Me alegro de que te haya gustado —me dice enseñándome las manos y moviendo la punta de los dedos.

—Te queda bien —le digo y sigo riéndome.

—¿A que sí, mami? —me pregunta Sofía contenta con su obra de arte.

—No es verdad, está horrible. Pintarse las uñas es cosa de chicas —dice Fabricio molesto.

—Mentiroso, la *seño* ha dicho que los niños y las niñas son iguales y pueden jugar con lo que quieran.

—Bueno, dejemos la pelea y vamos a sentarnos a la mesa antes de que la comida se enfríe —digo poniendo orden.

La cena transcurre como si José nunca se hubiera marchado, no hay duda de que nos compenetramos y formamos una bonita familia. Después de comer José sigue la rutina que teníamos antes: preparar a los niños para acostarse y leerles un cuento; mientras lo hace, yo recojo la mesa y limpio la cocina.

—Con estas pintas no puedo ir a ninguna parte —me susurra al oído.

¡Joder, qué susto! No sé cómo lo hace, pero nunca lo escucho venir. Termino de guardar los cubiertos y cierro el cajón del armario. Empiezo a sentir un calor en el vientre al notar su cuerpo pegado a mi espalda. No me atrevo a girarme.

—Tengo quitaesmalte en la habitación, espera aquí que ahora vuelvo y te lo quito en un instante —le digo e intento escaparme, pero su cuerpo me lo impide.

—La cena estaba deliciosa, gracias —me dice con voz insinuante.

—De nada. ¡Ah!, ¡eh...! Voy... a por eso —tartamudeo nerviosa y salgo disparada de la cocina.

Dios mío, respiro aliviada al estar en la seguridad de mi habitación, esto va a ser más difícil de lo que pensaba, no puedo estar cerca de él sin que mi cuerpo arda de deseo. Acalorada empiezo a buscar, ¿qué es lo que estoy buscando? ¡Ah!, el quitaesmalte. Cojo el neceser y al darme la vuelta choco contra su esculpido cuerpo. Retengo la respiración por un instante debido la sorpresa.

—¿Es que no te cansas de asustarme?! —le reprendo para no caer rendida a sus pies.

—No te veo asustada, Helena, nerviosa quizás. Creo que necesitamos la misma cosa para tranquilizarnos —me dice con esa sonrisa canalla que me vuelve loca.

Con determinación, y sin darme tiempo para reaccionar, pasa el brazo por mi cintura y pega mi cuerpo al suyo, acercando lentamente su boca a la mía. Miro hipnotizada como su lengua se mueve por sus labios y ese es mi último instante de cordura. Su lengua recorre mi boca, me mordisquea y chupa el labio inferior. Paso los brazos alrededor de su cuello y entrelazo una mano en su corto pelo. Gime. Entreabro los labios y saco mi lengua al encuentro de la suya, él la atrapa y empezamos un baile sensual y enloquecedor.

Mi cuerpo arde y necesito que sus manos calmen el fuego que corre por mis venas. Como si me leyera la mente, baja la mano por mi espalda hasta mi trasero, lo aprieta y me atrae todavía más hacia su cuerpo. Siento su potente erección presionando mi vientre y sin darme cuenta empiezo a balancear las caderas. Dios mío, ¿qué estoy haciendo? Un lapso de lucidez me permite dar marcha atrás a un acto del que estoy segura me arrepentiría amargamente, por más que mi cuerpo diga lo contrario.

—No digas nada, José. Solo vete, por favor —le pido con la respiración entrecortada por la excitación.

Mi mira con tristeza y resignación, y cabizbajo sale de mi habitación. Las lágrimas empañan mis ojos y por la visión periférica vislumbro el plateado neceser, lo cojo y grito su nombre.

—José.

Salgo al pasillo y veo cómo se detiene. Lentamente se gira y me mira expectante.

—Toma, el quitaesmalte. No creo que tengas nada de esto en tu casa —le digo con una leve sonrisa en la cara.

—Supongo que no. —Me lanza una sonrisa que me quita el aliento—. Siento lo de antes, bueno... en realidad no lo siento, lo deseaba, lo necesitaba. Es muy difícil

estar cerca de ti sin poder tocarte, pero intentaré no presionarte.

—No te disculpes, tampoco es que haya opuesto algún tipo de resistencia —le digo con sinceridad—. ¡Anda! Dame el neceser, te voy a quitar el pintaúñas antes de que se fije permanentemente.

—¿Qué?! —me dice y mira las uñas horrorizado.

—Es broma, tonto. Ven.

Ya han pasado tres días desde la cena y me muero por verlo. Estar sin él es cien veces peor que la decepción que sentí cuando me enteré de la verdad. Sin él la vida es en blanco y negro. Prefiero superar el engaño a su lado, le gritaré cuando me saque de quicio, lo mandaré al infierno cuando intente controlar mi vida y le diré te amo cuando me haga el amor...

Con la decisión tomada suspiro aliviada. Estoy feliz y llena de energía, así que decido sacar a los niños para dar un paseo en bicicleta. Ellos saltan de alegría con la noticia, llevábamos tiempo sin pedalear. A pesar del frío hace una tarde preciosa, el cielo está azulado y sol brilla dando vida al invierno.

Llevamos pocos minutos pedaleando y mi cuerpo acusa mi falta de forma física. Aprovecho que estamos cerca del parque para hacer una parada y mientras ellos disfrutan jugando con sus amigos yo me siento a tomar el sol.

—Hola, perdone que la moleste. ¿Podría por favor hacernos una foto? —me pregunta una chica con acento extranjero y apunta con la mano a otras dos que están a mi espalda.

—Claro —le digo. Cojo su cámara y les hago un par de fotos.

Me da las gracias y, tras responderles algunas preguntas sobre sitios de interés, nos despedimos cortésmente. Me doy la vuelta e intento ubicar a los niños. Sofía sigue en el mismo sitio, pero no localizo a Fabricio. Mi corazón se acelera y desesperada salgo corriendo en dirección a mi pequeña.

—Sofía, tesoro. ¿Has visto a tu hermano?

—Está jugando en la casita de madera —me dice mi niña apuntando con su dedito.

La cojo de la mano y juntas vamos a por Fabricio, pero él no está. Empiezo a gritar su nombre con un tono histérico en la voz, cosa que llama la atención de los demás padres, algunos de los cuales son conocidos nuestros, y ellos también me ayudan a buscarlo. Cojo a mi niña en brazos y la aferro a mi pecho, como si ella también fuera a desaparecer en cualquier momento. En ese mismo instante aparece José.

—¿Qué ha pasado?, ¿dónde está Fabricio? —me pregunta sujetándome por los brazos.

—No lo encuentro, José. Estaba jugando allí. —Le señalo con la mirada a la casita—. Una chica me pidió que le hiciera una foto a ella y a sus amigas, y cuando me giré ya no estaba. José...

Se me quiebra la voz y un temblor invade mi cuerpo, no puedo respirar. José me abraza y asume el control de la situación, pero antes de que tenga la oportunidad de llamar a la policía escuchamos a varias personas llamarnos, para decirnos que Fabricio está en el supermercado que está situado frente al parque.

Vuelvo a nacer y con una energía sobrenatural corro con Sofía en brazos al encuentro de mi niño. José me sigue y al entrar veo a mi pequeñín con la carita asustada y las mejillas mojadas por las lágrimas. Nada más verme se escabulle de las manos de la trabajadora y viene a mi encuentro. Se me aflojan las piernas y tengo que arrodillarme en el suelo para no caerme. Abro los brazos y, sin soltar a mi niña, lo recibo, pegándolo a mi cuerpo y llenándolo de besos. José también se arrodilla y nos envuelve a los tres con sus protectores brazos.

—Chiss... no llores, cariño mío. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has venido solo al supermercado? —pregunto con voz dulce.

—Estaba jugando con Manu y él me pidió que lo acompañara al súper, me dijo que su papá estaba aquí y que nos iba a comprar chuches —contesta mi niño entre lágrimas.

De momento me conformo con esta contestación. Ahora lo más importante es tranquilizarlo y quitarnos de en medio, estamos obstaculizando la salida. José coge a Sofía en brazos, que le envuelve el cuello con sus bracitos. Enseguida le dice que no le gusta este parque, que quiere irse a casa y que quiere su muñeca.

Todavía con el susto metido en el cuerpo recogemos las bicis y volvemos a casa. Después de una ducha revigorizante y un buen cuenco de sopa caliente, los acuesto en sus respectivas camas. Sin embargo, esta noche en lugar de cuento toca interrogatorio; aún quedan muchos puntos por aclarar. José es el primero en empezar.

—Fabricio, ¿dónde estaba tu compañero Manu?

—No lo sé, empezamos a jugar por los pasillos y me perdí —le dice soltando un gran bostezo.

—¿Manu era de tu misma edad? —pregunto.

—No, él me ha dicho que tenía ocho años —me responde con una vocecita somnolienta.

Pobrecillo, está que se cae de cansancio, sin embargo tenemos que seguir preguntándole cosas. Miro a Sofía y ella duerme plácidamente abrazada a su muñeca.

—Sé que tienes sueño, tesoro. Solo unas preguntas más y te dejamos descansar —le digo y le paso la mano por su suave pelo castaño.

—¿Llegaste a ver a su padre? —le pregunta José.

—No, Manu se fue por un pasillo y yo por otro. Empecé a llamarlo y no me contestaba, entonces me dio miedo y comencé a llorar, luego me acordé de que si no sabía dónde estaba debía de hablar con algún trabajador o con el guardia. ¿Lo hice bien, mamá?

—Sí, tesoro, lo hiciste genial. Pero cuando un amiguito te diga que hagas algo o que vayáis a jugar a otro sitio, tienes que comunicármelo primero, así yo sabré dónde estás y no me preocuparé. ¿De acuerdo?

—Ajá... —dice con un susurro y de inmediato cierra sus ojitos.

Me quedo velando su sueño, no soy capaz de separarme de él, los minutos que ha estado desaparecido fueron aterradores, nunca había vivido nada así, no podría seguir viviendo si le pasara algo.

—Ven, cariño. Dejemos que descanse tranquilamente —me dice José y, tras darle un beso en la frente, me coge de la mano y salimos del dormitorio en dirección al salón.

—No sé qué habría hecho si le hubiera pasado algo, me siento tan mal por haberme despistado. Te juro que fue solo un instante, cuando me giré ya no estaba —le digo tragándome las lágrimas.

—No te sientas así, no fue culpa tuya, y lo importante es que no pasó nada —me dice y se sienta en el sillón conmigo en su regazo.

—¿Y qué hacías tú por allí? —pregunto desconfiada.

—Estaba mirando un piso para alquilar en tu edificio, quiero estar cerca de ti —me dice con la voz enronquecida.

Cambio de postura y me pongo a horcajadas sobre él, apoyo las manos a la altura de su corazón y siento como late desbocado. Nuestras miradas están conectadas y la intensidad de la suya hace que el mío también se dispare. Sus ojos pasan del avellana al verde intenso y el brillo ardiente de su mirada me calienta, me quema... Subo las manos por su pecho, le envuelvo el cuello y me pierdo en la pasión reflejada en sus ojos.

—También quiero estar cerca de ti —susurro acercando mi boca a la suya.

—¿Qué me estás diciendo? No juegues conmigo, Helena.

Me sujeta fuerte por la cintura y siento cómo su miembro cobra vida.

—No juego, José. Quiero que vuelvas a casa. Te he echado mucho de menos —susurro.

—¡Dios, Helena! No tienes ni idea de lo mucho que he soñado con este momento. Tenía tanto miedo de que no me perdonaras. Te quiero, te quiero como nunca imaginé que fuera posible querer a otra persona, eres todo para mí —me dice con la boca pegada a la mía, con su aliento mezclándose con el mío.

Sus palabras me conducen a un estado de puro éxtasis, ahora me siento completa, la vida ha vuelto a tener sentido.

—También te quiero, José. Te quiero con todo mi corazón —le digo mirándole a los ojos, hipnotizada por las llamas del deseo que arden en ellos.

Las llamas estallan y la lujuria nos consume. José me sujeta con firmeza por la nuca y me invade la boca sin piedad, su lengua voraz explora cada rincón, y yo le respondo con la misma entrega, con la misma locura.

Su mano se adentra bajo mi camiseta y gimo al sentir la palma presionar mi pezón hipersensible. Él no pierde tiempo y me quita la camiseta, exponiendo mis pechos a sus enloquecedoras caricias. Envuelve un mechón de mi pelo con la mano que está todavía en mi nuca, y tira de mi cabeza hacia atrás, exponiendo mi cuello a su sediento deseo. Su boca hambrienta desciende el camino hasta mis pezones y me estremezco de placer cuando se apodera de uno, lo lame, lo succiona y lo mordisquea hasta casi el dolor.

—José... —gimo su nombre.

—Mejor vamos a la habitación. Rodéame con las piernas —me dice con voz queda.

Hago encantada lo que me pide y en un segundo estamos desnudos en mi cama. José me cubre con su cuerpo sin delicadeza y, con un movimiento preciso, entra en mí. Su miembro me extiende, me dilata, grito por la brusca invasión.

—Necesitaba estar dentro de ti, necesitaba esta conexión —susurra entre dientes.

Se mantiene inmóvil un instante, esperando que mi cuerpo lo acepte. A continuación empieza a moverse con una cadencia larga, lenta y profunda, hecha para enloquecerme. Cruzo las piernas sobre sus caderas y lo siento en lo más profundo de mis entrañas. Gimo en el momento que cierra los labios en torno a mi pezón y lo succiona. El placer me trastorna y clavo las uñas en su espalda. Gime e intensifica los embistes, entrando y saliendo, una y otra vez. Cada vez más rápido y más profundo.

—Helena... mi amor...

Empiezo a sentir las primeras oleadas del orgasmo. Siento cómo mis entrañas tiemblan y se contraen alrededor de su miembro. Él lo nota y gira las caderas cambiando el ángulo, creo que me desmayaré de placer.

—No te contengas, cariño. Dámelo —susurra.

Mi cuerpo obedece y estalla en un orgasmo devastador. José me sofoca los gritos con su boca y sigue embistiéndome descontroladamente una y otra vez, hasta que un sonido visceral sale de su garganta y empieza a derramar su semilla en mi interior. Sus gemidos y gruñidos me provocan un escalofrío y toda mi piel se eriza.

—Por Dios... ¿Estás bien? —pregunta tras haber recuperado el aliento.

—Perfectamente —le digo con voz melosa.

—Creo que no tienes idea de lo mucho que te quiero, de lo mucho que te necesito. Prometo que nunca más te ocultaré cosas, quiero que vuelvas a confiar en mí —me dice y me atrae a sus brazos.

Me acurruco en su calor y reparto besos desde los pectorales hasta la nuez, después hundo la nariz en su cuello y me embriago con su olor, una mezcla de sexo, colonia y José.

—Yo confío en ti, José, te confío mis niños a ti, sé que jamás nos harías daño de manera intencionada.

—Prefiero morir antes que haceros sufrir, sois lo más importante para mí Helena —me dice y me besa apasionadamente.

Nos separamos cuando el aire se hace necesario. Me siento plena, saciada y llena de ganas de vivir.

—Vamos a comer, estoy hambriento. Además, tenemos que recuperar fuerzas, eso solo ha sido el principio, cariño. Quiero oírte gritar mi nombre toda la noche.

Y así lo hizo, nos amamos salvaje y lentamente, de todas las formas posibles. Terminamos extenuados el uno en los brazos del otro murmurando palabras de amor.

Capítulo 24

Me despierto con un cosquilleo en la oreja. No soy capaz de moverme, me duelen músculos que ni siquiera sabía que existían.

—Buenos días, mi amor. Hora de levantarse, dormilona. Ya he preparado a los niños y les he dado el desayuno. También he preparado café como a ti te gusta —me dice con voz suave al oído.

—Hmmm... ¿Qué hora es? —pregunto somnolienta.

—Cariño, son las siete y media.

—¡Virgen santa! —Pego un salto de la cama y por poco no me caigo de cara contra el suelo—. Voy a llegar tarde.

José me sujeta y me da un suave beso en los labios.

—No vas a llegar tarde, yo me encargo de llevar a los niños. Apúrate. Te esperamos en la cocina —me dice y me come con la mirada.

Justo en este instante soy consciente de que estoy completamente desnuda y al mirar hacia abajo me quedo petrificada por las marcas que hay en mi cuerpo: tengo chupetones por todas partes, mis pezones todavía están hinchados y sensibles, y siento un escozor en mis partes íntimas. Me meto en la ducha y el agua caliente me calma la piel, pero los recuerdos de la noche anterior siguen vivos en mi memoria. Nunca había tenido un orgasmo tan intenso, tener un vibrador en mi vagina y su miembro en mi ano a la vez fue asombroso. Gimo con solo imaginarlo.

Salgo de la ducha y me visto con lo primero que encuentro. Maquillarme hoy es imposible, tendré que conformarme con un poco de colorete, rímel y brillo labial. Termino de arreglarme, cojo el portátil, mi cartera y el bolso. Enseguida me dirijo a la cocina, donde mis tesoros me esperan vestidos impecablemente y con una sonrisa en la cara.

—Hola, mami —me dice Sofia.

—Buenos días, mamá. José nos ha vestido y nos ha dejado comer galletas rellenas de chocolate y tomar batido de vainilla —se apresura en decir mi niño.

José me mira con las cejas arqueadas, como diciendo «yo no he hecho nada malo». Tomo mi café, le doy las gracias y deposito un beso en sus labios.

—Vamos chicos o llegaremos tarde.

A pesar de mi felicidad parezco un zombi. Estoy deseando que terminen las clases para llegar a casa y dormir toda la tarde, ya no tengo edad para maratones de sexo. Intento ser profesional y me concentro en el aula, sin embargo a cada instante miro las agujas del reloj, que a mi parecer no se han movido en las últimas dos horas. Por fin suena el timbre y los niños salen con una inusual lentitud; suspiro aliviada cuando el último alumno sale por la puerta. Recojo mis cosas y rezo para que no haya ninguna madre esperándome afuera. ¡Uf! , me libro por los pelos.

No me gusta hacerme la loca despistada, pero estoy segura de que la madre de Raúl solamente quería saber cómo se ha comportado su hijo hoy. Su niño es muy conflictivo y según sus padres su comportamiento es fruto de la ira contenida que siente al ser rechazado por la mayoría. Sin embargo, tras observarlo interactuar con los demás he detectado que el enfoque de sus padres está distorsionado de la realidad. Su hijo más bien es un pequeño y consentido dictador, y como no hagamos todos lo que él quiere, yo incluida, monta un espectáculo. Sus padres, al victimizar su comportamiento, están acrecentando su tiranía. Para ellos su niño nunca tiene la culpa, los que se equivocan son los demás, que además de malos compañeros tienen que cambiar su comportamiento para que su hijo esté contento y se porte bien. Un despropósito. Raúl lo que tiene que aprender es a convivir y a aceptar opiniones contrarias a las suyas. Si pudiera decirles a sus padres lo que realmente pienso, les diría que el mayor problema de su hijo son ellos.

Normalmente tardo unos cuarenta y cinco minutos en llegar a casa. Por suerte tengo a Eva, que se encarga de recoger a los niños en la escuela. El día que decidí contratar a una persona que me ayudara con los niños y con las tareas del hogar me enfrenté a una auténtica odisea: encontrar a alguien que quisiera entrar a las diez de la mañana y salir a las cuatro de la tarde era casi que imposible, pero mis ángeles de la guarda me enviaron a Eva y ya no puedo vivir sin ella.

Un bocinazo me libera de mi ensimismamiento y miro con mala cara al conductor incívico que tengo pegado a mi coche. ¿Qué quieres que haga, criatura? ¿Volar por encima de los demás vehículos? ¡Ojalá pudiera! Con las ganas que tengo de llegar a mi dulce hogar. Estoy ansiosa por saber si lo encontraré bajo mi techo. La noche pasada estábamos muy ocupados y no concretamos detalles. Un calor me inunda las entrañas, mejor aparte estos recuerdos o me mojaré las bragas.

Salgo del ascensor con las llaves de mi piso en las manos. Estoy tan nerviosa que me cuesta acertar con la cerradura.

—Hola. ¡Ya estoy en casa! —exclamo expectante.

Mis niños al momento corren a saludarme, los abrazo y miro con atención al salón y al pasillo que comunica con la cocina, sin embargo nadie más aparece para recibirme. Nos dirigimos a la cocina y encuentro a Eva terminando de poner la mesa.

—Hola —le digo con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Me voy a cambiar y ahora vengo.

Ella asiente con la cabeza y acomoda a mis tesoros a la mesa. Le dedico una última sonrisa antes de retirarme. Basta de torturarse. Saco mi móvil del bolso y lo llamo. Al segundo toque responde.

—Hola, cariño. ¿Dónde estás que todavía no has llegado?

—¿Cómo que no he llegado?

Abro la puerta de mi habitación y lo encuentro recién salido de la ducha con una escasa toalla anudada a la cadera. Lo miro con la boca abierta, como si lo estuviera viendo por primera vez. Él disfruta de mi embobamiento y me lanza una sonrisa *desintegrabragas*. Enseguida se quita la toalla y se queda completamente desnudo. Mis neuronas entran en *shock* y no soy capaz de decirle nada.

—Si no nos estuvieran esperando para comer, te dejaría disfrutar de las vistas —me dice con suficiencia antes de empezar a vestirse.

—Hola. No esperaba encontrarte aquí. Bueno, quiero decir, deseaba encontrarte aquí, pero como no habíamos hablado más del tema, no... eh... —me enredo con las palabras.

Él se aproxima con pasos felinos y me toma en sus brazos. Su boca se apodera de la mía, pero me sorprende la exquisita ternura con la que me besa.

—No podía correr el riesgo de que cambiaras de idea, ahora no habrá poder en este mundo que me eche de aquí —me dice con la voz ronca y nuevamente toma mi boca, aunque en esta ocasión el beso es ardiente, necesitado, enloquecedor... Gimo y él se aparta con la respiración entrecortada.

—Tengo algo aquí que está deseando volver a su sitio —me dice y coge un estuche de terciopelo negro.

Observo atentamente cómo lo abre y me alegro cuando veo que es mi relicario. Lo coge y se coloca a mi espalda para ponérmelo. Recojo mi pelo con la mano para facilitarle la tarea.

—Este es mi corazón, Helena y en él está todo lo que más amo. Cuidalo y llévalo siempre contigo —me susurra con voz ronca al oído.

Sus palabras me emocionan y me causan una explosión de felicidad, esto es lo que he ansiado toda mi vida. Me giro y mirándolo a los ojos le digo:

—Te amo, José.

Me coge en brazos y otra vez nos besamos con ardor.

—¡Dios, Helena! Vámonos o te quitaré la ropa y te haré lo que llevo deseando toda la mañana —me dice y me extiende la mano.

Por un momento deseo que lo haga, mi cuerpo prácticamente me implora, sin embargo vence la razón. Lo cojo de la mano y lucho por apagar las vívidas imágenes que bailan en mi mente.

Paso los siguientes días en la más completa felicidad. Todo es perfecto y no sé si es posible, pero creo que estoy todavía más enamorada que antes. Como siempre en la vida, hay un pero, y el mío es mi exmarido, Roberto. La noticia de su implicación en la red de venta de medicamentos se hizo pública ayer, y su cara salió en todos los noticiarios, ahora se encuentra en busca y captura. Ha sido un escándalo, mi teléfono no ha parado de sonar y los medios me siguieron a todas partes a la caza de información. El acoso ha sido tal que he tenido que pedir unos días de baja.

Además, José está muy preocupado por nuestra seguridad. Pese a saber que Roberto está fuera del país, ha decidido activar una serie de medidas preventivas: me está terminantemente prohibido salir sola, cuando empiece a trabajar me pondrá escolta, y él si encargará de llevar y recoger a los niños. Creo que es un poco exagerado, porque Roberto no es tonto ni está loco; bueno, su estado psicológico es cuestionable, hay momentos en que estoy segura de que está como una cabra. De todos modos, la policía está al acecho, cualquier acercamiento a mí o a los niños será su fin. Suena el teléfono y es un número que no conozco.

—Sí, dígame.

—Helena, soy Roberto. No me cuelgues y presta bastante atención a lo que te voy a decir. Espero que te haya quedado claro como es de fácil hacer desaparecer a un niño —me dice y en el tono de su voz hay una cruel satisfacción.

Me quedo perpleja, no puede ser verdad. Tiene que ser un farol de Roberto.

—¿Cómo te has enterado de lo que le pasó a Fabricio? Estás en España, has estado aquí todo ese tiempo, ¿verdad?

—Sí, tu amante se cree muy listo, pero yo lo soy mucho más. Espero que no te haya quedado ninguna duda de lo que puede pasarle a los niños si no sigues mis instrucciones —me dice tajante.

Mi corazón deja de latir por un instante, pero al momento recupero el control. Roberto no está en condiciones de amenazarme, no voy entrar en su juego.

—No te tengo miedo. La policía te está buscando por todo el país y no tardarán en dar contigo —le digo sin aparentar miedo.

—No estoy bromeando, Helena. Quiero que te reúnas conmigo mañana a las tres de la tarde en la antigua casa de tu hermana. Si no lo haces, te juro que haré desaparecer a los niños y puedes estar segura de que no los volverás a ver en lo que te queda de vida —me dice con una voz desquiciada.

Lo tengo claro, ni loca me reuniré con él, prefiero esconderme en una cueva con mis niños el resto de mi vida a ir a su encuentro.

—Mejor que esperes sentado. Jamás me reuniré contigo.

—Te arrepentirás, Helena. Te voy a hacer pagar donde más te duele —me dice con odio y cuelga.

Mi valentía se esfuma en el aire cuando pienso en los niños y en José. Dios mío, él está aquí en Sevilla, tengo que llamar a José. Lo intento una y otra vez, pero no coge el móvil.

—Helena, ya es la hora de recoger a los niños, ¿quieres que los recoja yo? —me pregunta Eva.

Miro la hora y es verdad, vamos con unos minutos de retraso.

—Gracias, Eva, pero mientras esté de baja los recogeré yo y después se encargará José, estaremos así hasta que Roberto sea detenido.

Me despido, cojo el móvil y las llaves del coche, y salgo corriendo.

El colegio de los niños está cerca, se puede ir perfectamente caminando, pero como le he prometido a José seguir sus instrucciones, cojo el coche. Nada más salir del garaje mi coche muere y no hay manera de encenderlo. No me queda más remedio que ir caminando y lo hago casi corriendo para no llegar tarde. Mientras lo hago vuelvo a llamar a José, no obstante él sigue sin contestarme. Decido dejarle un mensaje:

José, llámame cuando puedas, estoy preocupada. Roberto está en Sevilla. He salido para recoger a los niños. Te quiero.

Llego justo a tiempo y cuando veo la carita de mis amores un alivio me inunda el alma.

—¡Mami!, has venido a recogernos —dicen los dos a la vez.

—Hola, mis tesoros. Mami no trabaja hasta el lunes, así que mañana también vendré.

El camino de vuelta lo hago en un estado de angustia y alerta, cualquier persona que se aproxima a mí hace que mi corazón se dispare.

Nos aproximamos a un semáforo conflictivo, ya que los que doblan desde la izquierda pasan en ámbar y no todos respetan las normas. Agarro a los niños por las manos, cada uno a un lado, y me preparo para cruzar. Casi estamos en casa.

—Podemos cruzar, mamá, ya está en verde —me dice mi niño orgulloso de sus conocimientos viales.

Ponemos los pies en la calzada y tras haber caminado dos pasos todo se vuelve confuso. Escucho un chirrido de ruedas, bocinazos y a alguien gritando. Me giro en la dirección de los sonidos y a partir de ese instante todo sucede a cámara lenta. Primero veo cómo un coche se salta el semáforo y viene a toda velocidad hacia nosotros. Al mismo tiempo aparece otro coche por la izquierda e impacta de lleno con el Mercedes plateado que no había respetado la señal. Luego escucho un estruendo y me muevo por instinto; sin embargo, no soy lo suficientemente rápida y siento cómo la mano de Fabricio se suelta de la mía, mientras yo me caigo al suelo con Sofia. Mi cabeza choca con el bordillo y por un momento me encuentro aturdida. El llanto desesperado de Sofia y las sirenas de la policía me traen de vuelta. Después de comprobar que mi niña está bien me levanto con ella en brazos y voy hasta Fabricio. Mis piernas flaquean y mi visión se nubla al verlo inmóvil sobre el suelo, con una horquilla peatonal encima de sus piernas. Suelto un grito agónico y me arrodillo cerca de su carita, me agacho y le imploro bajito al oído:

—Tesoro, mamá está aquí, habla conmigo. Abre esos ojitos lindos para mí.

Mi niño no reacciona. Dios, por favor, no me lo arrebates. Como si el universo hubiera escuchado mis plegarias, Fabricio abre los ojos y me mira asustado.

—Mami, me duele la pierna —me dice con una vocecita quejumbrosa.

Sin pensar si es lo correcto o no, le quito la horquilla de encima, y mientras la deposito a un lado escucho una voz enérgica:

—Señora, no lo mueva, mejor que se encarguen los de Samur —me dice un señor mayor que se aproxima para prestarme auxilio.

Mis niños lloran desconsolados y yo agradezco a Dios por habernos librado de una muerte segura. Los servicios de emergencia no tardan en llegar y, tras una evaluación inicial, diagnostican una posible fractura en la pierna izquierda de Fabricio y un enorme chichón en la parte parietal de la cabeza de mi chiquitina. Mis ojos se llenan de lágrimas al pensar en la suerte que hemos tenido.

Mientras los acompaño hasta la ambulancia miro a mi alrededor y me quedo conmovida con el desastre que tengo delante de mis ojos. El Mercedes que nos embistió está empotrado contra el semáforo, el impacto ha sido tan fuerte que ha doblado el poste. El otro coche se encuentra volcado de lado en el arcén sobre las horquillas peatonales, una de ellas ha sido arrancada de cuajo, justamente la que golpeó Fabricio.

Antes de entrar a la UVI móvil lanzo una última mirada al caos que se ha formado: hay policías, bomberos y paramédicos por todos lados; además, la zona ha sido acordonada y tras el cordón una multitud de curiosos observan las labores de rescate. Las puertas se cierran y una incómoda sensación me invade. No, no puede ser, es demasiado monstruoso hasta para Roberto.

—¿Sabéis qué ha pasado con los otros conductores?

—No tenemos información, ellos han sido atendidos por otra unidad —me responde uno de los sanitarios.

Le doy las gracias y cojo mi móvil. Después de mirar y constatar que no hay ningún mensaje de José, vuelvo a llamarlo y otra vez no me lo coge. ¿Qué le habrá pasado? José siempre está pegado al teléfono y cuando, por motivos de trabajo, no puede contestar las llamadas las desvía a la agencia. Ahora toca llamar a Alicia, la pobre se llevará un buen susto.

—Hola, ¿qué tal estáis?

—Alicia, eh..., antes de nada, decirte que no es nada grave y que nos encontramos bien, pero estamos de camino al hospital, Fabricio posiblemente tenga una fractura en la pierna.

Mejor avanzamos con la noticia poco a poco.

—Dios mío, pobrecillo. ¿Y cómo ha sucedido? —pregunta asustada.

—Se le ha caído encima una valla de protección, ya te contaré los detalles. Pero ahora tengo que cortar, estoy en la ambulancia y acabamos de llegar a urgencias.

A pesar de mis negativas Alicia insiste en venir, dejará el bebé con la enfermera y vendrá con Héctor.

Capítulo 25

Tras un rato de espera, los niños son atendidos. Sofía es atendida al momento, pero a Fabricio todavía le toca aguardar un ratito más. Me parece extraño que mi hermana todavía no haya llegado, con lo empeñada que estaba en venir. ¡Dios, Eva! La pobre estará desesperada, pero, ahora que lo pienso, es inusual que no me haya llamado ella. Marco el número de casa y nadie me contesta, qué extraño. Una sensación de angustia me domina, siento que algo se me escapa. Insisto en localizar a Eva y la llamo a su móvil.

—Hola Helena, siento mucho lo que ha sucedido. Si necesitas cualquier cosa, sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, Eva ¿Cómo te has enterado del accidente? —pregunto.

—Estaba preocupada. Cuando empecé a escuchar el vaivén de sirenas decidí bajar y el conserje me contó lo que había pasado. Pero cuando llegué al lugar vosotros ya no estabais —me dice con pesar.

—¿Ya te has ido a casa?

—No, todavía estoy aquí, y me cuesta entender cómo un ser humano puede ser tan malvado. Si no fuera por el conductor que doblaba por la izquierda, no quiero ni pensar lo que hubiera pasado. Pero Roberto ha tenido su merecido. Por los comentarios que he escuchado, su estado es crítico.

Me negaba a creer que Roberto fuera capaz de matarnos, ¡Dios!, son sus hijos, ¿cómo ha podido? Su amenaza me viene a la memoria y me falta el aire al pensar lo cerca que ha estado de conseguir su propósito. Mis niños no se merecen un padre así, nunca he deseado mal a nadie, pero quiero con todas mis fuerzas que Roberto no sobreviva.

—Au, mami. Deja de apretarme. —Lloriquea mi niña.

Pobrecilla, la he estrujado en mis brazos al escuchar las palabras de Eva. Me disculpo y la beso en la frente. Hora de hacer la pregunta cuya respuesta no quiero escuchar.

—¿Sabes algo del otro conductor? —pregunto con voz trémula.

—He visto cómo lo sacaban inconsciente del coche, pero no te puedo decir nada más.

Gracias a Dios no es José. Tendría que sentirme aliviada, sin embargo sigo sintiendo ese vacío profundo en el alma. No entiendo por qué no me coge el teléfono. ¿Dónde estás, amor? Te necesito.

La enfermera vuelve con Fabricio y me comunica que el médico ya viene de camino. Me apoyo a Sofía en la cadera y empujo la silla hasta la salita de espera. Mi móvil suena y la esperanza se apodera de mí, pero la sensación de alivio dura poco, no es José.

—Hola —le digo sin poder esconder el tono de decepción.

—Estoy aquí, ¿dónde estáis?

Le explico donde nos encontramos y al instante la veo aparecer por el pasillo. Tiene la cara congestionada, como de haber estado llorando.

—Gracias a Dios estáis bien, me he enterado de todo mientras estaba, estaba... —me dice y empieza a sollozar.

—¡Hey! No te pongas, así. Estamos bien, ¿verdad niños?

—Sí. Mira, tita, me han regalado un bolígrafo por portarme bien —le dice mi niño.

—A mí no me han regalado nada, tita, pero yo también me estoy portando bien —le dice Sofía celosa.

—Claro que sí, preciosa mía —le dice y se arrodilla delante de la silla de Fabricio. Enseguida abre los brazos para Sofía y cuando ella se acerca envuelve a los dos en un abrazo emotivo.

—¿Y tú cómo estás? —me pregunta.

La aparto lo suficiente para que podamos hablar sin que los niños escuchen.

—Roberto casi nos mata, Alicia, nos hemos salvado de milagro —le digo y cierro los ojos—. ¿Tú sabes algo de él?

—Sí, su estado es grave. Me han dicho en el hospital que si sobrevive no volverá a caminar.

—¿Cómo? ¿Has ido a verlo al hospital?

—Quería esperar a que atendieran a Fabricio para contártelo. —Mi hermana me mira y sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Qué le ha pasado a José, Alicia? Por favor, dime que sigue con vida, dime que está bien —le digo con un tono elevado de voz.

—Roberto le disparó antes de que fuera a por ti y los niños —me dice con voz conmovida.

—Nooo —murmuro y siento cómo todo gira a mi alrededor.

Alicia me abraza y se apresura a decir:

—Tranquila, cariño, los médicos dijeron que su vida no corre peligro. Cuando salí del hospital lo estaban preparando para una intervención quirúrgica, le van a extraer el proyectil que se quedó alojado entre la última vértebra lumbar y el hueso sacro.

—Dios mío, Roberto casi me arrebató todo lo que más me importa en esta vida; no lo puedo perder, Alicia, lo amo demasiado. Sé que no podré vivir sin él —digo con un hilo de voz y empiezo a llorar de forma descontrolada.

—Chiss, tienes que ser fuerte, los niños te necesitan. Y no lo vas a perder, él es joven y fuerte, ya verás como todo va a salir bien. —Me abraza fuerte y repite una y otra vez que todo va a estar bien—. Cuando acabemos aquí, me llevaré a los niños a casa y te dejaré en el hospital. Héctor está con él y sus padres ya están de camino.

Justo en ese instante llaman por megafonía a Fabricio. Intento controlarme y centrarme en la consulta; el médico que nos atiende es joven y simpático, y al darse cuenta del estado de nervios en que me encuentro me tranquiliza y me comunica que mi niño tiene una fractura leve de peroné. Seguramente la valla impactó primero con el suelo, para luego rebotar en su cuerpo. Una vez más nuestro ángel de la guarda intervino.

Tras explicarme en qué consiste el tratamiento me comenta que dentro de unos días, cuando baje la inflamación, deberemos volver para una nueva evaluación y en el caso de ser necesario le pondrá una bota de yeso. Antes de que el doctor termine la charla me levanto y tengo que controlar el impulso de salir corriendo por la puerta para estar con José. Cojo los informes y salgo apresurada.

Me hermana me deja a las puertas del hospital Universitario Virgen del Rocío y salgo disparada, con el corazón sangrando por tener que dejar a Fabricio llorando y clamando por mí.

Entro a la sala de espera y veo a Héctor hablando con los padres de José, venzo la distancia que nos separa y me tiro a los acogedores y extendidos brazos de la madre de José. Su cálido recibimiento me desestabiliza y todo el horror vivido en estas últimas horas me impacta con fuerza, y no hay palabra de consuelo que consiga traerme de vuelta a la razón. Héctor decide intervenir, me sujeta fuerte por los hombros y con una voz enérgica me dice:

—Helena, José acaba de salir del quirófano, la cirugía ha sido un éxito y no le quedará ninguna secuela.

Finalmente recupero la cordura, me relajo, me dejo abrazar por Héctor y nuevamente lloro, sin embargo, ahora son lágrimas de alivio.

—Tranquila, cariño. No tardarán en subirlo a planta. Gracias a Dios, ese desgraciado de tu ex no consiguió lo que se proponía.

Tres horas de espera y por fin puedo verlo, me visto con la ropa de protección y espero expectante a que su madre salga para poder entrar.

—Pasa hija, como no entres rápido el loco de mi hijo es capaz de levantarse para buscarte —me dice su madre al salir.

Respiro hondo y entro en la habitación.

—José... —le digo y mi voz se quiebra.

—Helena..., gracias a Dios que estás bien, pensé que te había perdido —me dice y empieza a llorar.

—Chiss, estoy aquí, estamos bien, él no ha conseguido su propósito. Creía que me moriría cuando me enteré de lo que él te había hecho. Te quiero, José —le digo y le seco las lágrimas con mis besos, o por lo menos lo intento, ya que las mías se mezclan con las suyas.

—Dime qué pasó, estoy seguro de que Roberto fue a por vosotros después de dispararme.

—No pienses en eso ahora, lo importante es que estamos todos bien, tienes que descansar, amor —le digo y no hace falta que insista, al instante se queda adormecido.

Una semana después...

Miro mi cama y la emoción me sobrecoge, ahí está todo lo que más amo en esta vida. José se encuentra en el medio, con Sofía a un lado y Fabricio al otro, mi niño lleva la bota de yeso puesta, la tendrá que llevar otras dos semanas más. Los primeros días tras el alta hospitalaria no fueron fáciles, José es un paciente detestable y ha habido momentos en los que he deseado atarlo a la cama. Se cree con superpoderes y hace justo lo contrario de lo que le dicen los médicos.

Mi madre, nada más enterarse de lo sucedido, cogió el primer vuelo a Sevilla y gracias a su apoyo he podido sobrellevar los primeros días. También gracias a su insistencia he dejado mi odio a un lado y he permitido a los niños ver a su padre en el hospital, todavía sigue ingresado y su estado es grave, si sobrevive quedará en estado vegetativo para siempre. Los niños merecen despedirse de su padre, ellos son pequeños y no entienden la maldad, y por más que yo quiera no puedo ocultarles su estado de salud ni su fallecimiento si llegara a producirse.

Roberto por poco no nos destruye a todos. Nos hemos enterado que en el mismo momento que salió la noticia en la tele él emprendió su venganza. Sin embargo, sus planes fueron truncados cuando la policía detuvo a uno de sus secuaces y este confesó que sus órdenes eran secuestrar a los niños y llevarlos a Portugal, donde se los entregaría a una familia norteamericana; y para mí tenía reservado presenciar cómo Roberto mataba a José. Y mi ex, al sentirse acorralado por la policía, decidió ir a por todas, y su primer objetivo fue mi amor, que en ese preciso momento salía desesperado de la agencia para impedir que yo saliera de casa. A partir de ahí todo fue dolor y sufrimiento, que solo cesó por la intervención de nuestro ángel de la guarda. De lo contrario no estaríamos aquí para contarlo.

Sofía es la primera en despertarse y al hacerlo me mira con una sonrisa somnolienta y estira sus bracitos en mi dirección. Ella asegura con total convicción que también le duele la pierna, la cabeza, el brazo, la barriga, o cualquier otra cosa que llame mi atención, así que tengo dos pacientes y medio necesitando mis cuidados.

—Hola, mi amor. —La cojo en brazos y lleno sus mejillas de besos.

—Hola mami, he cuidado a Fabricio y a José mientras tú no estabas —me dice con su dulce vocecita.

—Muy bien tesoro, ¿qué te parece si aprovechamos que están dormidos y preparamos la merienda?

—¡Yupi! Yo quiero magdalenas de fresas —grita entusiasmada y yo le hago un gesto de silencio.

—Y yo galletas de chocolate con batido de vainilla —me dice Fabricio abriendo sus ojitos.

—Y para mí, una magdalena de nueces y otra de fresa, un zumo natural, y café con leche con una cucharada de azúcar —me dice José con una sonrisa que hace que mi corazón se acelere y mi vientre se contraiga.

—¿Algo más, vuestra majestad? —me río y le hago una reverencia.

—Sí, me duele aquí. —Me señala los labios—. Y necesito un beso para que se me pase el dolor.

Yo, más que gustosa, le deposito un suave beso en los labios.

—Te quiero —susurra.

—Yo te quiero más —le digo y nuevamente mi boca va al encuentro a la suya.

—Imposible —sentencia con otro beso.

—Dejaos de tanto besuqueo que yo tengo hambre —protesta Sofía con las manos en la cintura.

Esa es mi niña en estado puro.

Epílogo

Tres meses después...

Alicia finalmente se ha trasladado a Málaga y hoy estamos en su casa para celebrar el bautizo de mi sobrino y ahijado. José y yo somos sus padrinos. Parece que, finalmente, el universo ha decidido darnos una tregua, todo está funcionando en perfecta armonía. José me ha pedido en matrimonio y, por supuesto, he aceptado encantada. Él es el amor de mi vida, con él todo tiene sentido.

Los niños estuvieron unas semanas apáticos tras la muerte de su padre, él no superó las lesiones y falleció un mes después del accidente. Sin embargo, con el amor y la seguridad que les transmitimos no tardaron en recuperar la alegría y la vitalidad. Pero como en la vida real nada puede ser tan perfecto, tengo que enfrentarme a mi dilema «Alemania»: José tiene su empresa allí y de momento va cada quince días, no obstante sé que esta situación no podrá alargarse en el tiempo y, tarde o temprano, tendré que darle una oportunidad a este país. Mientras tanto seguiré disfrutando de las ingeniosas tentativas de José para convencerme.

—¡Helena!, ¡Helena! —Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me di cuenta de que Alicia estaba llamando mi atención—. ¡Oye! ¿Me estás escuchando?

—Perdón, ¿qué me decías? —le digo mirándola atentamente.

—Te preguntaba si no querías ayudarme a traer el parque de juegos de Héctor. —Por suerte, el parquecito se encuentra en la primera planta.

Tras cruzar el salón en dirección al pasillo, empezamos a escuchar voces alteradas que vienen del despacho de Héctor, justo adonde nos dirigimos. Y, al aproximarnos, comprobamos que son de Raquel y de su odioso jefe.

—No debía de haber consentido la entrada de este hombre —me dice Alicia preocupada.

—Vas a coger tus cosas y te vas a venir inmediatamente conmigo —grita el insufrible de su jefe.

—Ni loca vuelvo a trabajar para ti —dice Raquel con determinación.

—Esto es lo que le pasa a las personas como tú, que cuando huelen el dinero no leen la letra pequeña —dice con desprecio.

—Eres un impresentable, fuera de aquí —le grita Raquel con odio.

—No me gusta perder mi tiempo, y para que no te fundas el cerebro pensando a qué me refiero, te voy a explicar con todas las letras tu actual situación. Cuando aceptaste mi oferta firmaste una cláusula de permanencia de seis meses y en caso de que no cumplas el contrato tendrás que reembolsarme los gastos generados por tu estancia. Y, por si no sabes, el alquiler de mi ático en Chelsea es de ocho mil euros mensuales. Espero que te haya quedado claro, no me gusta repetirme —le dice con un tono de cruel satisfacción en la voz.

—Eres un desgraciado, te voy a matar —grita Raquel fuera de control.

—Creo que es mejor que entremos —digo a mi hermana y sin hacer ruido abrimos la puerta. Y de la misma manera que entramos, salimos. Y al hacerlo nos encontramos con nuestros maridos, bueno, en mi caso, con mi *casi marido*.

—¿Que está pasando? Creo haber escuchado gritos —dice Héctor y abraza a mi hermana de forma protectora.

Ella me guiña un ojo, luego da un suave beso a su marido y lo conduce a la zona de la piscina donde están reunidos los demás invitados. Yo me estoy preparando para hacer lo mismo cuando un gemido placentero me mantiene inmóvil. José me mira de ese modo que me hierve la sangre y me dice con voz insinuante:

—Creo que nadie nos echará de menos en los próximos minutos.

—¡José!, no podemos —digo entre risas mientras subimos la escalera de dos en dos.

—Respuesta equivocada, amor mío...

El amor es así, no pide permiso para entrar, aprovecha cualquier brecha, cualquier debilidad, y cuando se instala arrasa todo a su paso. Y ya no eres dueño absoluto de tu voluntad, de tu aliento, de tus lágrimas, de tu risa, de tus gemidos, de tu corazón...

Fin.

Saludos querido lector:

Si has llegado hasta aquí, espero que sea porque hayas leído la historia, y lo más importante, que te haya gustado y disfrutado con ella. Esta es mi segunda historia y es muy importante para mí conocer tu opinión, esta me ayuda a mejorar y a saber si sigo en el camino correcto. Por eso me atrevo a pedirte que no te vayas sin dejar tu comentario en Amazon, pero por favor no me haga desaparecer de un plumazo, je, je, je. Te espero en mi siguiente novela. Un abrazo grande.

A. M. Sila

Biografía

A.M. Silva es una romántica empedernida y una lectora compulsiva. Actualmente vive en Sevilla. Está casada y es madre de un niño de nueve años que es su mayor tesoro. De niña, soñaba con escribir novelas románticas que cautivaran a los lectores. Finalmente reunió el valor para escribir su primera novela.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

cuandodejesdehuir@gmail.com

<http://amsilvacuandodejesdehuir.blogspot.com.es>

<https://www.facebook.com/alexamsilva>

<https://twitter.com/amsilva15>

Serie Cuando Dejes de Huir

Cuando Dejes de Huir (Primera entrega: La historia de Alicia y Héctor)

<http://www.amazon.es/dp/B013YZLZEM>

El amor no pide permiso (Segunda entrega: La historia de Helena y José)

Próximamente: Tercera entrega: La historia de Raquel y Bastian Drake

Sinopsis

Helena es la madre de Sofía y Fabricio, dos mellizos que son sus tesoros más preciados. Ella es una mujer fuerte y luchadora que, tras haber estado casada durante seis años con un hombre egoísta, despótico y manipulador, finalmente se ve libre para ser ella misma.

José es el guardaespaldas de su hermana Alicia, un hombre decidido y obstinado al que, cuando tiene un proyecto entre manos, no le importa emplear cualquier tipo de artimaña para lograr su objetivo.

Pero ninguno de los dos contaba con que el amor es caprichoso y no pide permiso para entrar, y bastó una sola mirada para que ambos cayesen rendidos a su poderosa fuerza.

Sin embargo, en la vida todo error tiene consecuencias. ¿Podrá el amor vencer al engaño, a la mentira y a la constante presencia de un exmarido nocivo y dañino?

¿Te quedaste con ganas de conocer la historia de Helena y José, dos de los entrañables secundarios de *Cuando dejes de huir*? ¿Te apetece saber que ocurrió la primera vez que se vieron?

Una novela llena de encuentros y desencuentros, con una gran historia de amor, llena de pasión, de deseo, de intriga, de odios y...

Si quieres saber más, tendrás que adentrarte en las páginas de *El amor no pide permiso*, cuyos protagonistas te seducirán.

